

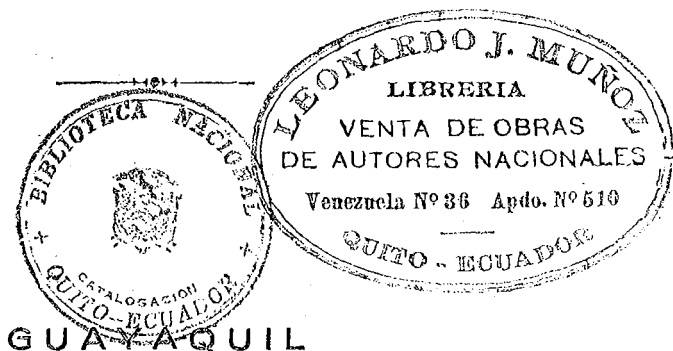
861
Fal

F. J. FALQUEZ AMPUERO.

En posesión de las Palmas Académicas de Francia desde 1927.

HOIAS DE ACANTO

(Verso y Prosa)



1929

IMPRENTA Y TALLERES MUNICIPALES

Una carta más

Guayaquil a 2 de noviembre de 1929.

Al Señor Doctor Don Francisco J. Bolaña.

Ciudad.

My dear Francis,

Te ruego que excuses la obertura fúnebre de esta carta, porque acabo de regresar de una piadosa romería a la *cita dolente*, homenaje anual que les tributo a mis difuntos queridos, mis padres y mis hijos que allí reposan en más blando sueño y de visiones más bellas que el en que me agito por las noches entre dolorosas angustias. Además, todo lo que después viene no es triste y antes bien he procurado rociarlo con polvillo de azúcar entreverado con el mordicante de no desagradables especias. Hubiera deseado escribirte esta misiva que servirá de prólogo a mi nuevo libro en otra data que no fuera la de hoy; pero qué quieres tú que yo haga, si de la breve plática con mis *ausentes* he salido confortado a base de fe en la redención por el trabajo personal que el hombre no debe abandonar sino *in-extremis* y convencido—¡con cuánta pena!—de que no anduvo muy descaaminado el gringo Hobbes cuando dijo: *homini hominibus lupus*.

Todo lo que va brotando de mi pluma es fresco, de hoy

mismo, de esta tarde melancólicamente franjeada de oro y amatista, en que los rivos se transportan al cementerio, más por vanidosa costumbre que por tiernos imperativos del corazón. I he tenido la ocurrencia de llenar estas cuartillas con las ideas que acuden a mi mente, descuidando la búsqueda en la no muy mal abastada guardarropía del estilo de un traje modernizado que relieve elegantes contornos, o ese otro más sencillo que el buen gusto de Banville le da a la muchacha fresca y alegre de *music-halle*, que sonriente corre tras de las mariposas vestida de muselina, con el invencible delantal de seda y los tirantes rosa. Pero tú eres benévolo conmigo y me lo has probado más de una vez, de manera que el *introito* triste y la frase vocativa que abre esta misiva me los habrás de perdonar, el primero, por la razón antedicha, y la frasesita inglesa, porque, habiéndola encontrado en una carta de la señora de Stael a Chateaubriand, cuando el padre de René estuvo en Roma, me pareció que, por su concisa expresividad afectuosa, bien la podía yo emplear al dirigirme por escrito a un amigo tan considerado como tú.

Verlaine se quejaba de que casi todos sus libros no saliesen de la casita de campo propia, soleada y alegre como un nido, sino de esos que él en su habla pictórica y regocijada llamaba los *palacios de invierno*: así yo me veo obligado fatalmente a los trabajos forzados de la pluma entre las cuatro paredes de cemento de mi buhardilla para no pasarme los días en flores, como le acontecía a menudo a nuestro señor Don Quijote, ya que, durante toda mi vida, no he podido por falta de aptitudes especiales asegurarme el *otium cum dignitate* de Cicerón, tranquilidad de la casa y reposo bien ganado que, sin envidia de mi parte, veo que otros, los más, se los han procurado hasta sin esfuerzo o, cuando la obra ha ofrecido algunas dificultades, haciendo un poco de gimnasia sobre la cuerda floja.....

Pero sea lo que fuere, el nuevo libro, como un animoso muchacho de buena salud, está ya en el mundo, donde si no se lo papan duelos, conseguirá relativa ventura y después desaparecerá en el inmenso río del olvido junto con dioses, hombres y cosas, porque en la tierra y en cualquier otro planeta todo es nada o cuando más es símbolo y sueño, como pensaba Renán. De lo que estoy cierto, querido amigo, es de que mi hijo no se inclinará ante el arca santa de la rutina: la Mediocridad, por no tener el billete perpetuo de circulación al través de la ignorancia humana, legado de familia que yo no heredé y que él, por lo tanto, no carga encima.

Personas que dicen estimarse y hasta quererme, achacan mi situación a mi entusiasmo por las gayas letras y han llegado hasta decirme que el abogado que hace versos no es abogado ni es nada..... Yo que tengo por norma no contradecir a nadie por más infeliz que sea, les dejo que piensen sobre esta materia lo que se les antoje, bien entendido que no participo de tan mezquina opinión que si me presenta como víctima del horóscopo adverso que se les atribuye a los poetas, admitiéndola, no dejaría bien parado el prestigio de una sociedad a la que no sería posible considerarla sino como un ingrato conjunto de fenicios. Idéntico cargo le hizo la *crítica gorda* al señor doctor César Borja, brillante hombre de letras y médico sabio, cuya pérdida es todavía una verdadera calamidad para nuestra mal herida patria que, desde largo tiempo, es cada día menos fecunda en alumbrar prole de eficiencia espiritual capaz de conservar el renombre de la maternidad ilustre.

Por mi parte, creo que cumplo con los dictados indeclinables de mi conciencia manteniéndome dentro los fueros de esta honrosa pobreza que no deja de atraerme la censura de los que, como dices con tu habitual franqueza en la carta que me escribiste el 25 de abril de este año, me lanzan a quemar ropa el reproche de *tú tienes la culpa*, porque encuentran más cómoda la crítica sin análisis que el estímulo generoso. Creo una dicha no pertenecer a la numerosa manga de los campeones de la audacia ni a las selectas dísticas de los que, como Rodrigo Borgia cuando estaba haciendo méritos para asaltar la tiara, se presentan en público con el semblante empalidecido por los excesos de la orgía que el fanatismo toma por la manifestación patente de las mortificaciones voluntarias de la disciplina ascética. Yo encuentro más agradable y decente ganarme el pan cotidiano hasta con sudores de sangre, hacer el escaso bien que puedo a quienes lo han menester sin valerme de platillo y bombo, y emplear mis ratos de ocio y también los que no lo son, en departir con mis amigos de adentro, como tú, en la lectura de mis autores favoritos y en ese delicioso trabajo por las noches, en que la inspiración del hombre al modo de la ninfa se encierra en su sepulcro de oro y seda que la oculta a los ojos de todos, para surgir luego en forma de ágil libélula sitibunda del rocío de los nectarios. Así me place mucho ser y te prometo que así seguiré siendo hasta que se haga trizas lo que me resta del viejo caparazón que debo pasear todavía vestido por el mundo. Por lo demás, me tienen sin cuidado lo que han dicho o vayan a decir de mí la crítica literaria y la mordacidad

social, a las que les sentaría mejor ocuparse en lavarles los cascos con agua de rosas a sus ídolos, que perder el tiempo en anotar los ripios de mi vida y de mis estrofas. Los escrúpulos de ciertos censores me hacen recordar estos versos de Boileau en su agresiva, pero llena de buen juicio sátira sobre las mujeres:

*Ainsi, pleine d'erreurs qu'elle croit légitimes,
Sa tranquille vertu conserve tous ses crimes.*

Por chimécillos que circulan en el ambiente con la tenacidad de la ráfaga, cargada de vahos y regueldos mefíticos, me he informado que una parte del público no gusta de mis versos y que entre mis colegas jóvenes, de media vida y viejos, los hay que me niegan la calidad de poeta. Nada de esto me sorprende y hasta lo considero la cosa más natural del mundo, porque, como decía alguien refiriéndose a la hostilidad de sus enemigos, yo no tengo la culpa de no ser libra esterlina..... Pero es necesario que sepas que la porción de público que no me favorece con su estima literaria es aquella que, por inveterada costumbre y también por tradición de familia, quisiera que todos los que pasan o se hacen pasar por poetas estuviesen en perenne disposición de cantar al amor y los enamorados, ni más ni menos que esos pájaros de la selva que se llevan todo el día fatigando los ecos con una sola tonadilla. Ahora, respecto de que ciertos camaradas me hayan descalificado *ex cathedra*, tampoco me llama la atención ni menos me indigna, porque el ejercicio de esa nueva infalibilidad no he sabido que le haya hecho mal a nadie, y además han compensado el desconocimiento de un oficio que yo creía tener con la concesión gratuita del título de hábil joyero que trabaja bonitas preesas. Ya ves, pues, que si algún daño me han pretendido causar esos señores han sabido a tiempo repararlo, lo que es mucho hacer en estos días turbios y calamitosos en que la sanción se ha refugiado en la esquelética figura de un chino que fonéticamente se llama así, y justicia, reparación, equidad, son palabras que alguna voz de sochantre ganguea ante un tribunal de jurados cuando se trata de ajustarle cuentas a un malhechor vulgar.

Lo que te puedo decir con toda verdad es que mi entusiasmo por el Arte es sincero y consciente, no irreflexivo y menos de pega. Escribo en verso o en prosa, más para gusto mío que para el del público, que respeto mucho, pero al que no soy tan necio que me proponga imponerle mi cri-

terio personal. Venero a los maestros que lo son en realidad en todas las literaturas del mundo, y prefiero su trato y enseñanzas al comercio con amistades peligrosas, cuando no quebradizas. Te debo confesar sin ambages que no me apearé de Pegaso sino para tenderme cuán largo soy en el amplio y amoroso regazo de la tierra; mientras esto no suceda, a sus lomos conocidos de pelaje rubio seguiré cantando al través de la vida, que es preciso tomarla como esa golosina de que nos habla Benavente, mordida a un tiempo de dos bocas enamoradas, más por el gusto del besuqueo que de la golosina Que no se desesperen, que tengan paciencia, que ni el canto ni el cantor serán eternos. Cuando el fardo de los años le va mermando al cuerpo hasta la agilidad que hace agradable el acto de arrojar una flor al paso de una dama, es lo más cuerdo hurtar el bulto al ridículo y olvidarse de los beneficios de la primavera que, por desgracia, duran poco Si *éllas* ya no me aman, yo no les pago en la misma moneda: cada día las quiero más. Amo todo lo que se les parece, todo lo que tiene algo de sus gracias, de sus fragilidades, de esa transparencia como un velo de tramos áureos que las cubre para darles aspecto de diosas. Sólo les pido que alguna vez, al aspirar el perfume de una flor, cuando miran que aparece en un vestíbulo de nubes semioscuras la estrella de Venus, mientras oyen de labios trémulos de emoción esas palabras tan dulces y maravillosas que nos abren las puertas del Paraíso para gozar a la sombra del árbol divino e inmortalizar las delicias que saborearon nuestros primeros padres, que se acuerden de alguno siquiera de mis versos y lo repitan con su voz de arrullo..... A este precio viviré contento, con el hechizo de una promesa así tendrán un bello atardecer mis días, y la memoria de la ventura pasada será un alivio de las angustias presentes, aunque Dante crea lo contrario:

*Nessum maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice |
Nella miseria..... (1)*

Te estrecha cordialmente la mano,

F. J. FALQUEZ AMPUERO.

(1) *Infierno*—Canto V.

Qu'autour du vase pur, trop beau pour la bachante,
La verveine mêlée a des feuilles d'acanthé
Fleurise.....

Th. de Banville.—“Les Exilées”.

POEMAS Y VERSIONES

HOJAS DE ACANTO

Al lozano verdor de la enramada
de colgantes sarmientos, haz de acantos,
para tejer corona a los encantos
de mi Musa, arranqué con mano osada

y a su cabeza la ceñí, cargada
con la flexible cesta de mis cantos.
Es la nueva Canéfora. Los mantos
de oro no oprimen su beldad delgada.

Con niveos pliegues de volante túnica
envuelve el paros de su belleza única
que pide base de rotundo plinto;

y la pagana levedad del traje
relieva la figura en el paisaje
con las eternas hojas de Corinto.

EL CRISTO DEL BOHEMIO

A ALFREDO GÓMEZ JAIME

De púberes ramos de grácil arbusto
las pomas fragantes de róseo color
agítanse, mientras las come con susto
un pájaro negro de pico cual hoz.

El vino no alegra el final de la orgía,
se extinguen la risa y la roja canción;
¡el sol es un ópalo que deja una estria
de esplín en el cielo y en el corazón!

Circulan las ánforas. Moriscas guitarras
sollozan pesares y un bardo bohemio
de bucles profusos, debajo las parras
irguiendo la copa, le dice a su gremio:

«Salud, hermanos! Con latir sonoro
sangró el racimo como arteria rota;
y hoy truena en lodo cañonazo de oro
el bacarat donde el champán borbota.

«Tiene el ondeo de un palmar del Líbano
la garrida mujer de las aceras,
y un perfume sensual, como el olíbano,
se desprende al vaivén de sus caderas.

«El Verso, que es un tímido cocuyo,

busca el frondal para mejor lucir,
o si es una agua de fugaz murmullo
deja su plata por el campo huir.

«Brindemos por el Cristo del Futuro,
filósofo, valiente y versallesco,
capaz él solo de escalar un muro,
una montaña o el balcón montesco;

«por ese Cristo de jubón y estoque,
elegante, chispero y trovador,
que en momento feliz sacó del bloque
de Cyrano, el escoplo del Amor;

«por el bello galán que cuando brilla
en la solumbra juguetona luz,
ve que lo siguen, tras de una mantilla,
los negros ojos que miró en la cruz;

«por el que ungió en los piés la Magdalena,
por el de fuste de Conquistador,
y por el que estuvo en su última cena
sentado cerca de amigo traidor!»



REFINAMIENTO

A F. CALDERÓN PÉREZ, amistosamente.

Yacente sobre lecho de mórbidos cojines
CONVALECE, en su alcoba, DE UN EXQUISITO MAL;
atento cual si oyera de las vibrantes cines
cadencias que agitaron
el crótalo sonoro, la ajorca de metal.

Estuvo en el Oriente, donde es la danza araña
que borda sus esguincees con fervoroso amor,
y en vez del zumo gélido del vino de champaña
probó la pasta dulce
del cáñamo y la pipa de trémulo vapor.

I de retorno al suelo, donde sus padres duermen
en sopor de mandrágoras eterno, con afán
echa a perder el alma, sin recelar el germen
de que es vivero el libro
en bella prosa escrito por Ernesto Renán.

Pero en el rojo ambiente de nocturnas orgias,
cuando giran las hembras en lascivo turbión,
busca el ángulo quieto de apacibles bujías
para leer muy pasito
un capítulo triste que está en la Imitación.

Fue el Arte su pecado, la corrupción dilecta;
Sulamita, un ensueño de mirra y cardamomo;
y Salomé la bruna, con la mamila erecta,
la visión turbadora
del sexo que palpita bajo el caliente domo.

LA REINA MARGOT

A CARLOS A. FLORES

Et vera incessu patuit dea

VIRGILIO.

I

El bronce anuncia el trágico degüello
que, implacable, se extiende hasta el Palacio
de los Reyes. Retumba en el espacio
el arcabuz de lúgubre destello.

Por los vastos y oscuros corredores
va un hugonote de infantil figura
perseguido de cerca: en su pavora
llama a las mudas puertas con clamores.

EN ANSIA DE VIVIR se precipita
a la estancia en que vela Margarita,
que ante el joven herido se conmueve:

ella abandona, con terror, el lecho
y él abrazándose al turgente pecho
tiñe de rojo la batista leve.

II

Ebrio de amor y tristes conjeturas,
de hinojos adorándola en la alfombra,

ve proyectarse la divina sombra,
escultórica cifra de ternuras.

La Princesa, con mano delicada,
la faja rosa del cendal descorre,
porque el beso que toda la recorre
la agite como fruto en la enramada.

Con la tarde expiró el encantamiento....
La muerte precedida del tormento
sobrevendrá con bárbara presteza;

y, vestida de negro y sollozante,
la Reina mirará cuando el tajante
gladio destronque la gentil cabeza.



EL NIÑO DESCALZO

(Tema de Azorín)

A EDUARDO A. GALLARDO

Por un caminito de la montaña
va Don Juan. A lo lejos
se satinan las sombras, se enmaraña
con amorosa intensidad la fronda
que ilustra con auríferos reflejos,
la luz que por momentos es más honda....
Junto al hombre provecho,
sigue un niño cargando un haz de leña.
Apena verlo encorvadito, escuálido,
semejante al insecto
que, bajo un cielo cálido,
lleva al soto de mentas, gusanillo
que entre los juncos de budial distante
en las noches regó su fugaz brillo.

Camina muy pasito,
doliente, silencioso;
—el callado sufrir con gusto ensalzo—
le habla Don Juan: su acento cariñoso
hace que irga la faz el pesaroso,
mas le sangran los pies y está descalzo. ...
Entonces, el buen hombre trizas hecho

ante el rudo penar inmerecido,
 toma esa ave sin nido
 y la poné al abrigo de su pecho.
 Con mano que tuviera la costumbre
 de camitas mullir y secar lloros,
 Don Juan, con amorosa dulcedumbre,
 de los dos piececitos desgarrados
 limpia las manchas rojas.
 El niño que no sabe de blanduras
 y desvelos así, muéstrase hurao,
 temiendo siempre un daño,
 al protector que el Cielo le depara;
 pero sensible al bien, con embeleso
 le presenta sonriendo ya la cara
 para que el hombre deposite un beso.

¿Qué dolores tan grandes en su espalda
 carga ese dulce infante?
 ¿Son acaso las negras injusticias
 que se cometen con los pobres niños
 que en el arroyo nó, sino en su falda
 la caridad social debe portarlos?
 Lo que tenéis delante
 son los tormentos del rapaz inermé,
 de esa flaca caterva mendicante,
 enferma y andrajosa,
 que en el tugurio o en la calle duerme;
 es el infierno de la Infancia, rosa
 que sus pétalos mustios va dejando
 a lo largo del hórrido camino
 en que marcha llorando
 empujada por bárbaro destino

El niño encarcelado, sin padres ni juguetes,
 el que es burla en la escuela;
 el que perdió a la abuela
 y en las noches heladas,
 entre risas de torpes mozaibetes,
 la llora en el vetusto cementerio,
 es el niño que abrumba
 un haz de leña con su enorme fardo;
 el que alza en vilo en ademán gallardo
 el caballero que lo lleva—mudo

de ver sufrir al débil huermanito—
a la ciudad que lejos se destaca,
en cuyo cielo azul la tarde opaca
con rico terciopelo se reviste,
y pule su perfil al infinito
la torre de la iglesia, sola y triste!

LA CASA VIEJA

En la barriada triste de la ciudad antigua,
muy cerca del enjambre en acción de la ribera,
en la calleja sucia del duende y la estantigua,
al suave batir tibio de una gentil palmera;

allí, cómoda, baja, la tolda al viento, blanca,
con patio alegre y claro y su zaguán umbrío,
está el solar de donde mi mustia vida arranca
con parva primavera y largo invierno frío.

Mi madre está en su hamaca con gesto de odaliscas,
pilla en la mesa restos zebruna gata arisca,
la abuela, ante una imagen, reza sus oraciones;

y un coronel de Urvina—tronco de la familia—
leyendo Vidas santas con Dios se reconcilia,
mientras sus oros riega la tarde en los balcones.



CONSUMATUM EST

(Tema de Eugenio de Castro)

A GUILLERMO VALENCIA

Laconteció mientras el sol caía
hacia los valles del Cedrón polvosos:
iqué imponente la trágica agonía,
al mismo tiempo, de los dos colosos!
De un mundo cráneo ofrece la figura
el mustio cerro en su destino aciago,
y la caliza peña, de su hondura,
deja brotar el triste jaramago....
Allá, en la cima de la loma-escuela,
del fúnebre crepúsculo a las luces,
extiende su silueta
el monte de las cruces.
Llevados por los densos nubarrones
que presagian la lluvia,
van con tardo volar los quebrantones;
y la postrera vez, mística y rubia,
la embajada del Cielo
desciende al moribundo atribulado,
tierno le enjuga el tórax perforado
y le ofrece la paz de su consuelo.

Trajinan por las ásperas laderas
del yerto como en púvidas hileras

los curiosos. Ingratos mercaderes,
 sus viles bujerías,
 con ávido ofertorio
 hacen comprar a impúdicas mujeres;
 la retreta de trompas el cimborio
 romano llena de marciales truenos;
 y las santas amigas de la muerte,
 con gesto dolorido
 que conmueve la esfera de sus senos,
 lloran el fin del Salvador perdido.
 A lentos intervalos se destaca
 estóico legionario,
 y en el livor del labio aridecido,
 alargando la caña de agonía
 pone el húmedo hisopo. Sanguinario
 clamor se eleva de la turba impía
 que hierve en torno de la cruz más alta;
 y, el Mártir del Calvario,
 cumpliéndose implacable profecía,
 sólo tiene en el grupo que solloza,
 el maternal amor que nunca falta
 y el de mujer del pueblo, linda y moza.

De pronto, el aire se enrarece y sopla
 un viento huracanado
 que hace crugir los frágiles maderos;
 gruesa lluvia con golpe acelerado
 bate el metal de cascos y armaduras,
 y en las tierras distantes o aledañas
 rueda un carro invisible en las alturas
 y tiemblan corazones y montañas.....
 Entre pálidas hembras soñadoras,
 jovencillo viril se acerca al leño
 en que Jesús de Nazareth expira
 bajo aguda corona de ludibrio,
 con las llagas sangrantes y en desgreño
 las crespas ondas del cabello de oro.
 Es Juan que sin perder el equilibrio
 moral de su alma pura, rige el coro
 de las grandes mujeres dolorosas;
 entre tanto, la faz se torna cárdena
 las miradas, vidriosas,
 y el magro cuerpo níveo desfallece
 en contracción suprema.
 Habla, y su voz apenas es murmullo

débil de un hilo de agua que estremece
la brisa de la tarde con su arrullo.....

Desde abajo, mezclada en un gemido,
la palabra muriente
se dirige al discípulo querido
para encargarle a su divina madre
que entre unas blancas piedras, inconsciente
yace cubierta por el manto roto
en las angustias del dolor horrendo.
Después, calla Jesús..... El alboroto
crece en el pueblo, mientras baja huyendo,
en misera gavilla,
la comisión del Saliendrín odiosa
con la túnica verde y la tablilla.
I entonces fue también, cuando en su cueva,
en un postrer arranque de entusiasmo,
a la trémula luz del horizonte,
desmadejada y loca,
la voz que no le hablara sobre el monte
Magdalena la oyó dentro su roca.....

LA LUNA

(DE VICTOR HUGO)

Sobre la hierba, pensativa, Juana,
grave y rosada, al cielo sonreía.
—Dime: te dije, una feliz mañana,
lo que quieras te dé, querida mía:
porque encuentro delicia inenarrable
en complacer sus gustos, sus amores.
Yo los sigo de cerca en su adorable
cabecita de bucles en hervores
de oro. Juana me respondió:—Quiero
yo ver una animal cualquiera. Al punto
le presenté una hormiga,
pero la niña pronto se fatiga
de mirar lo pequeño,—lo barrunto—
y razonó:—Las bestias son hermosas.
A estos frágiles seres les seduce
lo inmenso, lo solenne. El Océano
con su robusto grito prometeano
efusión más intensa les produce
que el lago azul que por las noches clama.
El niño, yo no sé, por qué es que ama
el espanto y el vórtice, el prodigio.
—No tengo un elefante que ofrecerte,
le respondí; mas pídemelo otro objeto
y lo conseguiré por complacerte.
¡Juana su dedito dirigía
al espacio que fosco se tornaba,
al mismo tiempo que, cual hostia inmensa,
la luna hasta el zenit, lenta, se alzaba.

A UN AMIGO

Para ver resurgir la Primavera,
a la que todo rinde vasallaje,
los seres y las cosas buscan traje
nuevo, sino elegante. La palmera,

la rosa, el mirlo, la montaña, el cielo
mismo, con sedas, plumas y colores,
saludan los magníficos albores
de la rubia estación que enflora el suelo.

Verlaine pedía a su editor Vanier,
no de las fiestas clásico, *jaquet*,
sino hasta el triste harapo que se pierde

de un pobre diablo muerto en media calle:
mándame ropa vieja de mi talle,
ya que no puedes la CASACA VERDE. (1)

(1) Distintivo de los académicos franceses.

LA CANCION DE LAS PALMAS

A LEOPOLDO IZQUIETA PÉREZ, fraternalmente.

LA ESTATUA DE GUAYAS

I

Viril emblema de su estirpe noble,
de ojos henchidos de candente rayo,
sin la pálida sombra de un desmayo
en el rostro. Gigante como el roble

que en la selva los vientos desafía;
largo el cabello en trenza vagarosa;
recia y ágil la pierna, poderosa
la diestra que en su dardo sólo fía:

tal es el Héroe que este bronce encierra,
producto de su tiempo y de su tierra,
epónimo Varón de augustas calmas;

benévolo en la paz, grande en la lucha,
tal vez su esencia espiritual escucha
mi entusiasta canción bajo las palmas!

II

LA CIUDAD

Celebrada por Pan en el estío
con flauta de suavísimos amores,

como ninfa que huyese los ardores
solares, buscas el frescor del río.

En las noches magníficas de plata,
envuelta en gasas de colores claros,
los céfiros no dejan de besaros
en los ceñidos labios escarlata.

Para decir tu elogio, flor de fuego
que celas dentro el búcaro un tesoro
de belleza y valor, del numen griego

quiero la estrofa pulera y lapidaria,
con el sonido de medalla de oro.
y el perfume de viola solitaria.

III

EL POETA

Para cantar las glorias de la Grecia
el verbo se hizo carne en un Homero,
el triste Jeremías fue el vocero
del pueblo que su oráculo desprecia.

La tierra de los hijos de la Loba
prestó a Virgilio su clarín vibrante,
y al través de los siglos, delirante,
oyendo sus exámetros se arroba.

La epopeya del Cielo, Milton canta
con voz del arpa que David pulsó:
Tasso en ave de luz fué a Tierra Santa,

y Guayaquil a Olmedo, su poeta,
en recuerdo de bronce eternizó
al fulgor de un crepúsculo violeta.



EL PALACIO

Aere propius civitas extruxit.

Fábrica digna de una eterna gloria,
que en alas de un destello de topacio
del sol, alzas tu mole hasta el espacio
hecha con oro que no tuvo escoria.

En tus atrios circula mansa brisa
del perenne chocar de verdes lomos
de las olas. El vidrio de tus domos
quiebra la luz y con amor la irisa.

Yo te saludo como hogar y templo
de este pueblo en el que eres maravilla,
y del poder de su riqueza ejemplo!

Cual Partenón que el Tiempo no le arreara,
cuando la antorcha de los bardos brilla,
en mármol jonio trócase tu piedra!

9 de Octubre de 1929.



AL PIE DE TU REJA

(Serenata)

I

Si yo pulsara la guzla tierna
de los lejanos cielos de Oriente,
bajo la palma que en la cisterna
copia, elegante, su forma externa
y arrulla el sueño del moro ardiente:

Yo te dijera, Herlinda,
cosas tan suaves,
que de pensar en ellas,
como tú sabes,
tal vez me amaras
con la pasión hirviente
de hembras preclaras.

De un fresco sotillo, de la tierra siria,
do imitan las brisas suspiros de hada,
tu esbelta figura de joven Valquiria
salió con la aurora gentil, nacarada.
Un mago que tuvo su gruta en el Líbano
te dió vaticinio feliz en amores,
y en lánguidos giros, regueros de olíbano,
dejaba tu carne danzando primores.

I allá en la tarde, cuando la tierna
guzla desgrana su voz doliente,

yo te contara mi angustia eterna,
como acostumbra el lejano Oriente,
bajo la palma que en la cisterna
copia, elegante, su forma externa
y arrulla el sueño del moro ardiente.

II

Como avecilla que en largo vuelo
va por las ondas tremante el ala
con la fatiga de hender el cielo,
busca la costa y al viento exhala
blando sollozo de íntimo anhelo:

así llegaste un día
con la mañana,
suelos los rizos,
ágil, lozana;
y las palomas
te mandaban sus quejas
desde las lomas

Me impuso respeto tu porte gallardo,
mas, luego cobrando valor, con saludo
rendido, te dije:—Señora, soy bardo
que canta sus duelos llevando un agudo
puñal que clavó la traición en mi pecho;
si fueras tan buena, como eres hermosa,
arráncalo pronto.—No tiene derecho
al dictamo noble la herida alevosa.

Era de noche. ¡Cómo la tierna
guzla dejara su voz doliente
oír al borde de la cisterna,
donde flexible palma de Oriente
copia, elegante, su forma externa,
del aura esnecha la enita eterna
y arrulla el sueño del moro ardiente!

III

Es el invierno. Todo sombrío.
Ya no departen silfos y estrellas,
y éstas, borrando su faz del río,
buscan las nubes, muertas de frío,
para ocultarse como las bellas.

Salvas, nerviosa, el puente
de la piragua
que con lento balance
tiembla en el agua;
y en sus azules
lomos fingen las olas
sus Estambules.

Conozco la vida de muchos harenes
y los dulces nombres de sus odaliscas:
tras las rejas de oro de aquellos edenes
desgajó el alfanje cien testas ariscas,
cayeron los bucles del cabello rico,
y feroz sultana, con perverso orgullo,
cuando por pereza cerró su abanico,
de un sólo mandoble rodaba el capullo.

I al eco grato de guzla tierna
yo te contara del rojo Oriente
lindas historias de fama eterna
bajo la palma que, en la corriente
límpida y mansa de la cisterna,
copia, elegante, su forma externa
y arrulla el sueño del moro ardiente.

IV

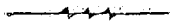
Hay en tus ojos negro de noche,
carmín y nieve en la tez de raso,
y cuando ríes haces derroche
de tu lasciva gracia que al paso
pone en las almas infracto broche.

Tienes a más el brinco
de las gacelas,
cuando tomas el TAXI
dentro el que vuelas,
y hay caballeros
que por tí desnudaran
ya los aceros.

Por ser hechicera cual rosa de Francia
y estar conformada de fúlgidos rayos,
no hay quien no ambicione aspirar tu fragancia,
sanar con mil besos de amor tus desmayos.
Tu amor es un muelle diván que convida

al sueño *calino* que filtran tus ojos;
quisiera en tus brazos perder yo la vida
y sentir la fiebre de tus labios rojos.

Sí yo tuviera la guzla tierna
en que sus penas canta el Oriente,
yo te contara mi cuita eterna
bajo la palma que en la corriente
clara y profunda de la cisterna
copia, elegante, su forma externa
y arrulla el sueño del moro ardiente.



ITALIA

AL SEÑOR RICARDO DESCALZZI.

Tierra fecunda del placer y el Arte,
palestra en que esforzados justadores
con gajo alterno de laurel y flores
de Venus, galardonan tu estandarte.

Bajo el plafondo azul rico de estrellas,
prestan tus héroes de perfil ceñido
el fatal juramento del escudo
que el griego hiciera a sus mujeres bellas.

Como impone el dilema dannunzziano,
renovarse o morir debe lo humano
a costa de un acibar sin medida;

y, el bardo de los círculos eternos,
te da horror de suplicio en sus infiernos
y al lado de Beatriz, amor y vida!



EN LA CIUDAD DOLIENTE

Una antigua amistad quiso que fuera,
pobre romero, a visitar tus muros,
donde la pompa mundanal espera,
de los dictados del amor en nombre,
los despojos del hombre,
¡triste mansión de présagos oscuros!
Allí están, en el plácido repecho
de la santa colina,
juntos, el bello y nítido sepulcro,
en que el escoplo del artista pulcro
abrió las alas, en la estela fina,
del ángel de la paz y del olvido,
y la tumba cavada a flor de suelo,
que recibe al humilde convencido
de que es la fosa el pórtico del Cielo!

¿Qué debo hacer en la *ciudad doliente*,
al lado de la cruz, cifra sublime
de las congojas del dolor humano
y bajo el árbol de verdor muriente,
del hombre vivo o muerto, noble hermano?
¿En qué ocupar los lúgubres instantes
que debo estar aquí, sobre este banco
que mullen con su felpa las gramineas,
y mirando el cristal del firmamento
atenuar su color rojo violento
hasta el místico esmalte de lo Blanco?

Iré a las tumbas viejas y queridas,
do reposan los pálidos marfiles
que revistieron carne de los seres
que sumaron sus vidas,
para dárme la férvida y robusta,
y a las cinéreas urnas de mis hijos,
que la sentencia injusta
del Hado condenó con implacable
saña a extinguirse, como el lampo rosa
del alba seductora y adorable.

Después de repetir, en mente, el verso
de quien dijera ante recién sellada
huesa, al dejar de polvo una puñada:
blanda le sea, si la sienta encima;
volví los pasos por la blanca senda
que conduce al modesto rincón
en que duerme el amado viejecito
que fue mi padre, aquél que en la contienda
por el pan que humedecen llanto y sangre,
supo hacer del primero cordial dulce
y, con segura mano,
contener el impulso del desangre.
I no la hallé, porque el *invierno cano*
borró las letras del sagrado nombre,
y tres veces pasé frente a otras criptas
que en claros caracteres
descubren el difunto a la mirada
del deudo amante y los piadosos seres.

¡Oh, carne que dijera te derrumbas
en un abismo tétrico sin calma,
si hay de tu vermes átomo en las flores,
el rico mineral y hasta el lucero,
eres, a tu pesar, frágil joyero
del diamante magnífico del alma!
Por eso levanté la vista al hondo
piélago azul, donde los astros giran
y las serenas vidas errabundas
en nítidas bandadas invisibles,
al amor de las tardes apacibles
por los vivos suspiran.....
I si la planta detener no pude
ante el lugar bendito,

para decir la súplica llorosa
que sentía mis labios invadiendo,
porque el Destino me ocultó la fosa,
mi padre desde *allá* me estaba viendo!....

—

Regresé por la ruta polvorienta
que aventaba sus locos remolinos
a perderse girando en los caminos
que llevan al dolor del Cementerio.
Fugaz encanto de la humana vista
el de esa larga y anchurosa franja
tendida del celaje en el misterio,
en que alternaba el límpido amatista
con amarillo suave de naranja.
El sol, como custodia de esplendores
que el Creador retirase del espacio,
sus postreros latidos de topacio
lanzaba sobre el mundo;
y yo con paso lento en el creciente
langor de aquella tarde silenciosa,
volví muy triste a la ciudad gozosa
en la quietud enferma del poniente!



A LA MANERA DE PETRARCA

(DE JOSÉ M. DE HEREDIA)

Salías de la iglesia con gesto compasivo,
tu mano en la del pobre consuelo derramaba;
y viéndote tan cerca, su gratitud tomaba
por oro de los cielos el de tu rostro altivo.

Me dirigía tu enencuentro con un saludo esquivo,
que siempre temeroso de contrariarte estaba,
y, con violento impulso que tu desdén marcaba,
bajaste el largo velo flotando al aire estivo.

Pero ese Dios que doma del corazón más fiero
el odio y la venganza, no permitió que impía
lo fueras por más tiempo para mi amor sincero;

y cuando me privabas de tu mirada bella,
temblaron tus pestañas, como la fronda umbría
que filtra el tibio rayo de la remota estrella.

UNA MUJER DEL TROPICO

No hay más bello fulgor que el de tus ojos,
ni arpegio dulce cual tu voz de arrullo,
tu faz morena tiene del capullo,
de la rosa los púdicos sonrojos.

A tu rítmico paso, los abrojos
de la senda que cruzas con orgullo
se tornan en jardines, y en murmullo
de amor convierte el mar grandes enojos.

Incensario de hipnótica fragancia
que esparce sus volutas en la estancia
es tu cuerpo que un beso inflamaría;

y si otra vez asunta virgen fuera,
el cielo en calma, como azul vidriera,
para dejarte entrar se partiría.

LA ORACION ANTE EL SOL

[Cántico del Seráfico de Asís en verso francés por la Condesa de Noailles]

A LA SEÑORA DOÑA ROSA BORJA
DE ICAZA CARBO.

Inmenso disco rútilo que estallas en corola,
como rosa de fuego del prado en mediodía,
Héroe de ardientes ojos que una mirada sola
es dardo en que concentran mil orbes su energía;

eterno foco móvil de vida desbordante
que espléndida alegría difundes con anhelo,
arcángel que costodias un pórtico brillante
con tu espada de rayos en la mitad del cielo;

vívida esencia ingente que complicados hilos
tejes con tus estambres en torno de las yedras,
que melíficas pomas y dejás en los tilos
el reflejo saudoso de zafirales piedras:

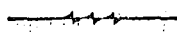
¡Oh, sol, colmena fúlgida y címbalo de lumbré,
ferviente latir rítmico que por flautares de oro
sales, para los mundos, en ígnea muchedumbre,
infunde en mi voz trémula tu espíritu sonoro.

Un cántico infinito, con alma estremecida,
modulo en homenaje de amor a tu hermosura:

¡la Antígona de Sófoles no fue más conmovida
que yo que rodillas adoro tu luz pura!

Al través de los tiempos de molicie y orgullo,
sólo yo he celebrado tu potencia sagrada
en canción sibilina, cuando no con arrullo,
¡haz de espigas radiantes entre sombra rosada !

Vuela a tí mi plegaria, mientras bate en mi pecho,
como un águila, el Verso, que es amor de las cosas,
y discurre en m¡ sangre, confundido y deshecho,
¡bello sol, cuando surges, el ardor de las rosas!



NAVIDAD DE HOSPITAL

A MI PRIMA ROSAMIRA AMPUERO MACÍAS.

«Un niño de seis años que se en-
contraba en estado agónico en el
Hospital, se inanimó para reci-
bir un pito d
que se lo llev
niño, al coge
existir».

iva
El
de

Telegrama de
diciembre de 1929.

Di-

Como avecilla que la artera bala
del cazador le fracturase un ala
en la oquedad del bosque conocido,
mas, por desgracia, lejos,
muy lejos siempre del materno nido
así, yacente en su camita humilde,
mullida con lavados linos viejos,
las heces bebe de letal acibar
un mustio niño que la atroz miseria
dejó confiado a la piedad cristiana,
esa que tiñe con sabroso almíbar
los límites del vaso que la pócima
contiene; esa que suavemente
mo un rayito de abrilño encanto
le abriga la crudeza del tugurio,
, a la vez, regazo donde cabe

el gran dolor que se desborda en llanto,
y ese que apenas es flébil murmurio
en el labio hechicero de la infancia,
que se extingue cual ráfaga de un canto
o en el lento expirar de una fragancia.

Allá, en la sala pálido, intranquilo,
el chiquitín delira.
Junto al lecho, la «hermana» que suspira
de pesar. En el fondo está el retablo
con su dulzura cándida y sublime;
la escena del pesebre que redime
y fue cuna de un niño miserable;
allá, en medio de rosas y destellos,
hacia el fulgor alegre y perdurable
de la estrella simbólica, los bellos
ojos del enfermito taciturno
convergen agrandados, misteriosos,
y afuera estalla el frenesí nocturno
entre pitos sonoros y cohetes:
los «grandes» con insanos regocijos,
los «pequeños», sus hijos,
entre el piélago azul de los juguetes....

I la Muerte, la eterna desdeñosa
del que la llama a gritos
que trasuntan penares infinitos;
esa que yerra en su corcel oscuro
derribando en la fosa,
sin detener el galopar seguro,
al hombre fuerte y la mujer hermosa;
mientras la gracia pía
de una dama, sin duda, de una madre,
queriendo interrumpir esa agonía
que otra quizás igual le recordaba,
al niño que al verla incorporaba
su diminuto cuerpo enflaquecido:
una modesta flauta le ofrecía;
la Intrusa descendiendo
de su cabalgadura,
sin retirar su descarnada mano
ante la blanca mano de ternura,
arrebató, invisible,
este sér delicado y pudibundo

a la vida, al amor y la esperanza:
¿oh, Dios, tu brazo a proteger no alcanza
al niño inerte entre el dolor del mundo?
¡Señor, nunca permita
tu voluntad que en mi pequeña casa,
ni en la que mi enemigo
implacable y feliz, a un tiempo, habita,
se produzcan desgracias tan complejas
como ver la ración de pan escasa,
que el colmenar olvidan las abejas,
que el prado por abril no tiene flores,
que en la jaula no hay trinos
y mueren, con los hijos, los amores....!



EL BESO

[Imitación de Cátulo Méndez]

Mendiga por la orilla del camino,
un harapiento y dolorido anciano
que en la crudeza de su adusto sino
sostiene con la mano,
amarillenta y ósea,
la frente que de pródigos mechones
blancos se cubre. Pincelada rósea
pone la luz en el confín lujoso
del Ocaso. Las aves con sus dúos
acompañan del Angelus moroso,
los ecos, que en la torre carcomida
la banda ahuyentan de los viejos buhos.

I pasa luego un rico
que rodean sus criados
vestidos de brocados.
Alguien mueve fantástico abanico
de regias plumas para darle viento
al hombre demacrado y opulento
que va al baño de mármoles vistoso,
tallado con artísticos primores
bajo elegante pabellón de sombra
de un bosque antiguo que desgrana flores
para que sirvan de mullida alfombra.
—«Una limosna, por piedad, si os place,
dijo el pobre. En un tiempo ví mis arcas

repletas de joyante pedrería,
y hoy no puedo extinguir mis hambres parcas,
pues no hay pan en mi alforja todavía.

El pálido magnate enternecido,
en la nerviosa garra dejó su oro...
y añadió con tristeza el desvalido:
—«Esta moneda con vibrar sonoro
me hará pensar en mi esplendor pasado,
y la ilusión que el tiempo ha destruido
al imán del recuerdo habré gozado».

Por la polvosa ruta
ostentando en el busto
esponjoso y robusto
sus placas y alamares,
con el mirar audaz que no se inmuta
ante la Guerra que devasta hogares,
viene un garrido militar al frente
de la escolta que el ritmo de su paso
ciñe al épico són de la trompeta.
En la diestra gloriosa se estremece
un fresco gajo de laurel que reta
a la brisa chancera que lo mece.
I así el mendigo habló con voz humilde:
—«Una bendita caridad os pido.
En ese ayer que se llevó la suerte
fui un vencedor que no temió a la muerte,
para ser, como soy, triste vencido.
Con la robusta voz de sus tumultos
el pueblo me aclamaba delirante,
y la magia voluble de la gloria
cubrió con su estandarte de victoria
mi cabeza que sufre sus insultos».

El valiente soldado con ternura
le dió una rama floreciente al holgazán
que prosiguió con dejo de amargura:
—«Gracias, señor. Por este beneficio
incomparable soñaré más luego
con los brillantes triunfos de otros días;
cuando, orgulloso de mi noble oficio
y dueño de adorables simpatías,
sólo alentaba la pasión del fuego».

Una joven pasó regando aromas,
con el ágil triscar de la gacela,

asido el brazo mórbido a su amante
 que escuchaba el arrullo de paloma
 de aquellos labios de rubí sangrante.
 Mas, no quiso el anciano que le diesen
 limosna, y sólo articuló muy bajo,
 moviendo la cabeza, cual si hubiesen
 aquellos dulcés ojos
 desatado el ciclón de los enojos
 cautivos en su pecho:

--«En un tiempo feliz, era yo amado,
 por mujeres, tal vez, las más hermosas,
 de estirpe que en su mirra se consume.
 He aspirado en sus senos palpitantes,
 y en el silencio de las noches cálidas,
 como en pulido búcaro, el perfume
 que sólo tienen al ponerse pálidas.
 En medio de mi estéril decadencia
 ya no conozco la febril esencia
 que calcinó la médula en mis huesos,
 cuando en tropel mis abejas locas
 el dardo hincaban por robar los besos»

La hechicera criatura,
 con permiso del novio
 que al viejo contemplaba
 llegó a brindarle con piedad gozosa
 el beso que en la fina comisura
 del terciopelo rosa,
 como hálito de Venus se agitaba.
 Con profundo pesar habló el mendigo:
 --«Guarda ese dón celesté, bella joven,
 para el que es digno de tan alto premio,
 mientras tus gracias púdicas le arroben
 en deliquio de amor. Yo te bendigo
 por tus nobles bondades. La moneda
 de oro y la rama de laureles rojos
 pueden hacer que tímidas renazcan
 las ilusiones de opulencia y mando;
 mas, tu caricia virginal de seda
 no es eficaz a retemplar los flojos
 nervios del hombre para amar inerte.
 No quiero oír vuestras alegres risas,
 porque al que duerme en el recinto grave
 de la fosa que lánguido sombrea

un sauce en melancólico misterio,
nada es más cruel que en las nocturnas brisas
el canto distinguir que lanza el ave
desde una cruz del blanco Cementerio».



HOMENAJE

(A la Provincia de "El Oro")

Atalayas los límites borrosos
de horizonte de présagos fatales,
y el soplo de los grises arenales
no arredra tus arrestos animosos.

Almáciga y crisol: eso es tu suelo!
De las manos de Ceres, la semilla
rueda hasta el surco, del que se alza y brilla
la espiga airosa, bendición del Cielo.

En paciente labor, pules y acendras
dentro el frágil estuche las almendras;
dibujas arabescos en los cuarzos,

y, en los playones de tus lavaderos,
despiden los magníficos regueros
la luz cambiante de unos ojos garzos.



HOM

Gajo de ciprés

(En la traslación de los restos de la señora Josefina Pareja de Rosales, de París a Guayaquil)

En cuna de marfil y oro, la vida
la recibió al nacer, y fue su estrella;
hasta apagarse en el sepulcro, bella
lumbre de paz que a bienestar convida.

Como del Santo Libro las mujeres,
del noble corazón-arca preciosa-
sacaba con sonrisa bondadosa
la joya espiritual. ¡Bendita eres!

Plantel de rosas místicas y gayas
en explosión magnífica, las playas
son que baña y fecunda nuestro río;

y la flor que marchita vuelve al suelo
que la viera brotar, abre en el Cielo
nuevo cáliz de aromas al rocío.

Lápida

(Para la tumba de la señora Zoila Andrade Flor de Paulson)

A ALFREDO ANDRADE FLOR.

Aquí viven, si vida los despojos
tienen del sér que por el mundo pasa:
ceniza de una flor que era en su casa
gala de amor de corazones y ojos!

Carácter que no dió jamás enojos
y sí, con gozo, su bondad sin tasa,
cual linfa dulce cuando el sol abrasa,
o brisa fresca en medio a los abrojos.

Era feliz en el hogar querido,
y entre la tierna prole y el marido
ángel fue de la guarda, vigilante.

Hoy, al fulgor de la Verdad despierta,
a los umbrales de lejana puerta
mira muy triste, pero siempre amante.....



EL POLICHINELA

A MI HIJO ALBERTO.

Del barrio obrero en infeliz tugurio
y en los trémulos brazos de la abuela,
delira con un gran polichinela
abierto el labio por vital murmurio,

Es Navidad. En blasonado coche
los hijos de la torva aristocracia,
cargados de juguetes, la desgracia
del niño pobre ofenden esta noche.

Mientras nace Jesús en un pesebre,
el ardor calcinante de la fiebre
le presenta el muñeco al enfermito

que, oyendo el estallido de un petardo,
se estremece y doblega como el nardo
que el viento arroja al barrizal, marchito!

CUATRO ESTAMPAS

AL SEÑOR DON GONZALO ZALDUM-
BIDE, EXIMIO HOMBRE DE LETRAS.

EL PAYASO

Bajo la móvil lona de la carpa
que al viento helado de la noche cruge,
se oye a la fiera que en su jaula rugo
y en los barrotes púlese la zarpa.

Mucha luz en la pista y los «tendidos»;
rige su potro el *jockey* elegante,
y por el aro de papel brillante
asoma el *clown* de gestos divertidos.

En los palcos, así cual de un tesoro,
corre un inmenso resplandor de oro
que laten joyas y brocados de *ellas*.

¡El payaso, en el vértigo de lo alto,
como el descrito por Banville, de un salto
va a parar, sin aliento, en las estrellas.

EL TORERO

Arde el espacio con poder de fraguas
que su esplendor derrochan por do quiera;

suenan el clarín y sale la torera
gente luciendo clámides de aguas

que rielan con pomposa pedrería.
Picadores y capas, raudos, llegan
al «bicho», que sus ímpetus sosiegan
con primores de arrojo y valentía.

Luego, un banderillero, inquieto, pone
el «par de lujo» en el morrillo gordo
y a repetir el «golpe» se dispone.

Por fin, hecho ascuas, ágil y risueño,
sale el espada entre un aplauso sordo
y hunde el estoque en temerario empeño.

UN FRAILE

Con las primeras brumas de la aurora
que invaden las arcadas del convento,
abandona su celda el macilento
fraile, como espectro de esa hora.

Gime el bronce en el viejo companario;
en el jardín los pájaros gorjean,
moscas áureas la sombra agujerean
del anchuroso claustro solitario.

Con la capucha sobre el rostro, sigue
el monje flaco, tal como persigue
su visión el sonámbulo tranquilo;

y, al llegar al pequeño cementerio,
de rodillas solloza en el misterio
del alba junto a rumoroso tilo.

UNA BOLSICONA

Puebla el ámbito hirviente de la feria
rumor de voces y gemir de flautas;
circulan plebes tímidas y cautas
y, en fogosos caballos, «gente seria».

Aquí y allá «el comercio» se amontona;
se cambian frutos con mantones rojos,

y, en un grupo, destella el par de ojos
de garrida y coqueta «bolsicona».

Alta y hermosa; con el «guango» al viento
en dos serpientes negras que el impulso
de la comba cadera en movimiento

mantiene. Toda es hecha de malicia;
le toma el talle un mozárrón de pulso
y, colorada, cede a la caricia.



L'EMPEREUR A LA BARBE FLEURIE

En el bellissimo estudio sobre Byron, dice Macaulay, que las hadas se dieron cita al rededor de la cuna del sublime poeta para colmarle de sus dones; nobleza de primera clase; ingenio precmi-nente; hermosura apolínea, en todo fue rico este mago prodigioso que echaba a borbollones el raudal de su divinamente siniestra poesía. Relaciones con los ángeles, familiaridades con los demonios, quéhaceres con los espectros, este hombre extraordinario tenía que ver con todo el mundo; y luego era tan hurano que sólo andaba en la calle a la hora de apagarse el último lampo del crepúsculo. Entonces, comenzaba su vagar entre las sombras aterciopeladas, misterioso, cabizbajo, taciturno. Se diría que era Mefistófeles en busca de almas que ganar. No bien caían las primeras migajas de luz, que el nigromante exéptico estaba ya metido en su escondite, que las gentes juraban haber oído resonar con ayes de terrífica armonía, y en donde honestidad o belleza eran sus platos favoritos, en el sentir de sus difamadores; o en donde también apuraba el brebaje de pesadumbre de los que infundieron envidia con el canto supremo: Homero, Milton, Tasso, Camoens, en opinión de quienes le comprendían y admiraban. Byron fue desgraciado, porque una hada maléfica concurrió furtivamente a su nacimiento, le deformó uno de los pies y le puso en el corazón; del vicioso y del blasfemo, del hipocondriaco y del iracundo. Nadie fue como él adorado con tan ciega idolatría, ni aborrecido con encono tan injusto....

¡Qué delicada y expresiva es la ficción de que se vale el grave escritor inglés para decirnos que Byron fue herido por el infortunio al nacer! La vida del ilustre padre de Childe Harold es un expediente precioso que confirma esta profunda observación de Paul Bourget en uno de sus aplaudidos ENSAYOS DE PSICOLOGÍA CONTEM-

PORÁNEA: «De la clase de amor que ha unido a nuestros generadores, depende, con nuestra herencia psicológica, el valor moral de que es capaz nuestra alma, al mismo tiempo que nuestra condición en la sociedad. Creemos, y la calidad del amor que sobrevive a nuestro nacimiento entre los que nos dieron el sér, trae consigo la floración o el aborto de una gran parte de nuestro ideal. Somos hombres, y de la especie que es nuestro primer amor, qué de consecuencias se derivan para nuestro desarrollo sentimental, o saludables o irreparablemente funestas! Somos padres, y de la suerte de amor que nos merece la madre de nuestros hijos, depende el que aumenten o disminuyan las expectativas de desviación o de recta existencia para aquellos a quienes inflijimos la vida.....» De manera que a lo largo de nuestros años venimos sufriendo el influjo sano o mórbido de esta pasión soberanamente benéfica o destructora, y podemos asegurar que entre caricias y sonrisas,— como en copa de bordes almibarados se puede administrar un veneno,— es preparada, casi siempre, la bancarrota de una descendencia.... Aquí y no en otra parte está la causa de la antinomia que ofrece Byron en su corta, pero brillante y tormentosa peregrinación de hombre y de vate.

A Víctor Hugo, tan alto poeta como lo fue Byron, no le estragaron el alma pasiones miserables, ni una deidad envidiosa afeó su hermosura varonil. Muy por el contrario, parece que las musas quisieron a porfía dotarle generosamente de todos los estros. En el santuario del hogar, recibió junto con las piadosas enseñanzas de una madre abnegada, el culto épico de la «leyenda del Aguila»; y, desde entonces, persistió en su imaginación privilegiada ese pasional deslumbramiento que se nota en todas su obras por aquella legión de bravos cimados que a las órdenes del más egregio capitán de la historia, llevaron hilo durante quince años de ganarse las cumbres del cielo a fuerza de brazos..... El crecimiento de este NIÑO SUBLIME, tuvo lugar en una zona propicia a los arrebatados vuelos de la fantasía y a las estrictas modalidades del honor medioeval. De su paso por la ardiente tierra española conservó huella perdurable su carácter. Esos horizontes fastuosos y esa cautivadora gallardía de los corazones le dieron rumbo al natural vivo e impresionable de Hugo, la educación y el medio hicieron el resto. Después vienen el establecimiento del joven en la familia, los grandes anhelos de gloria, la lucha por el bienestar de la nueva y deliciosa sociedad formada por el amor que, a semejanza del paraninfo en las bodas atenienses, canta el dulce epitalamio en que rueda con sonos de argentinos cascabeles el popular estribillo: «He trocado mi suerte por otra mejor.....»

I el poeta, feliz a despecho de cuanto haya inventado la calumnia, continuó siendo un producto de lo que fueron sus padres, y su amor se magnificó, se hizo histórico y ejemplar en las hojas

tiernamente inspiradas de sus cartas, a esa encantadora Adela, blonda y esbelta como una valquiria o como las vaporosas creaciones que la poesía germana se complace en colocar a orillas del viejo Rhin, al temblor del lucero de Venus.... ¡Qué hermoso espectáculo es el de la unión inefable de marido y mujer! Aulo Gellio lo simbolizó, tal vez sin pensar, en las dos liras latiendo unísonas al ser tocadas por la nocturna brisa.

Byron, como Rafael, como todos los organismos atacados de la consunción del placer, murió temprano. Fue un vino generoso que se agotó en una noche de festín, y cuyas dulces heces persisten en los vasos de oro en que lo sirvieron. Víctor Hugo encendido en afectos nobles, vió prolongarse sus días fecundos para el himno, en una vitalidad creadora sorprendente. Genio como Shakespeare y Calderón no se apea en «ochenta y tres años» de la cumbre, y cuando a otros se les entumescen las alas y los cunde la sombra de la decadencia, él se está en su puesto, soborbio, tieserguido, clavados ojos y pensamiento en la bóveda celeste, libro gigantesco donde se stampa en luminosos caracteres la poesía de la eternidad. Primavera eterna y eterno canto le fueron concedidos de antaño a los castas que nacen con grandes fines; por eso contemplamos a Hugo, como poseído de una divinidad, lanzar en grito heroico elogios, imprecaciones, anatemas, consejos, que están resonando en las edades con los ecos espantables de las profecías que cuarteaban murallas o paraban el curso de los astros.... Pero si el espíritu de la paz conmovía su alma dulcísima, era de escuchar las blandas cadencias de frescuras idílicas que manaban de las fauces del león, a donde habían ido a hacer su nido las abejas del Hime-to.... El vate mismo lo ha dicho: «soy de vidrio para sentir el dolor ageno....»

Nadie como él en ser tan rebelde. Su política era la rectilínea y estaba condensada en estas palabras de su hermosa carta a las mujeres de Cuba: *el carácter es la columna vertebral del alma*. ¡La de este varón insigne nunca estuvo de rodillas! Cuando todos se achicaron hasta el punto de andar a gatas en esa larga noche de dolor que sucedió al crimen del 2 de Diciembre de 1851, nuestro indomado poeta se negó con entereza a reconocer el gobierno autoritario del hombre a quien en un momento de inspiración cívica le clavó en la frente ese terrible guijarro que todavía conserva la triste figura del vencido de Sedán: NAPOLEÓN EL PEQUEÑO!.... El picotazo del buitre prometeano en el corazón de Aristides, destierro voluntario para no contaminarse de la lepra moral de la época, lo sufrió el patriota abnegado y orgulloso, batallador y centelleante, mientras la canalla de los bulevards, como la chusma de Roma, pedía PAN y circo en recompensa de las inútiles hecatombes de Sebastopol y Méjico....

Nadie como él en ser tan magnánimo. El delicado cantor de

la infancia, el padre del pequeño Pablo y de Agnus el rozagante duquesito que un bárbaro degolló en los bosques rumorosos de Escocia; el abuelo de Juana acurrucada como una paloma en el pecho del anciano, mientras estallaban con férreo ruido las bombas prusianas; el Hugo de los débiles y de los miserables, congregaba al rededor de su modesta mesa de Hauteville-house a los niños que se morían de hambre y de frío; y estos ángeles pálidos y severos jugaban con el nuevo San Nicolás, con el viejo sonriente de cabeza hirsuta, con el titán del siglo XIX, que tenía la noble ambición de ver vasallo y servidor: vasallo de una reina, su conciencia, y servidor de sus hermanos, los humildes....!

El alma del poeta lo abarca todo: es un trasunto rutilante y armonioso del alma de la humanidad. Alguien la llamó águila de infatigable vuelo que se encumbra con la volutuosidad de lo empíreo. Michelet la deifica en Esquilo que es la grandiosidad tenebrosa, la dilatación formidable del Derecho humano, la protesta triunfal cuajada en versos devastadores como rayos. No hay quien perciba como él vate los conciertos inefables de la naturaleza. Cualquiera cosa por intangible que sea se enciende y acendra en su cerebro hasta llegar a idea concentrada y fulgida que el verbo hace viable entre las gentes. El poder de su intelectualidad obra verdaderos milagros. Volcán en ignición continua es la cabeza de este vívido serafín de Klopstock que se pasea por lo abierto en la actitud inapeable que asumen los seres magestuosos. Tal es Hugo que llena todo un siglo al modo de una inmensa claridad de sol. Su «arpa gigante y extraña» es capaz del cálido yambo revolucionario y de la oración dulce y alada. El prodigio de Orfeo lo están repitiendo todos los días esas cuerdas que parecen arrancadas de las tiorbas del paraíso.... Los ríos suspenden su curso, las alimañas abandonan sus cubiles, y los árboles se van tras el viejo sonriente de canto de mirlo; los árboles que son tan sensibles a los hechizos de la melodía, que tiemblan de entusiasmo cuando el músico viento se enreda por los cabellos en sus ramas!....

Los enemigos de Víctor Hugo, gente ruin y deslayada, le motejaban de transfuga, le echaban en cara su pasado realista; pero los tiros de la maledicencia a sueldo no lograron nunca empañar esta alma honestísima. Hugo conservó siempre inéolome el corazón, brillante el cerebro, alta y limpia la frente. El cambio operado en sus ideas y principios fue una ascensión, un progreso, el paso de la sombra a la luz.... En las «Odas y Baladas» y en: «Religión y Religiones», campean el mismo andor generoso por lo bueno y lo bello que fue el polo magnético de su vida. Arriba, centelleaban sus aspiraciones, le sedujeron irresistiblemente, y voló hacia ellas a todo el poder de sus alas hechas a prueba de rayos y huracanes. ¿Si el joven ardoroso celebró las glorias de Ivry y de

Rocroy en versos puros como el oro, el hombre en la plenitud del genio y de la fuerza no cantó en estrofas bronceadas el sublime arranque de la Columna? La envidia no ha llegado todavía a salpicar con el negro de su escupitajo inmundo famas cándidas como las cimas de nieves eternas.

El odio de los fanáticos ha sido en todo tiempo el pedestal de la grandeza de los hombres superiores. Como Lutero, Voltaire, Rousseau y todos los civilizadores de la humanidad, Hugo sufrió la dentellada de esta raza nefaria, gestuda, feroz, que contribuye, contra lo que ella se propone, a la apoteosis de sus víctimas excelsas. En la plaza pública guiando a los rebeldes a la protesta, en la tribuna del parlamento defendiendo los sagrados derechos del pueblo a la vida, a la honra y a la libertad: en el teatro triunfando espléndidamente en el arte noble de Corneille y de Racine, y hasta en su hogar que era un trasunto del cielo, fue perseguido con zaña el ilustre poeta por los sicarios del oscurantismo que se enronquecían calumniando a Hugo con los epítetos de ateo, inmoral, tráfuga, ingrato.... Pero el vate transformado en apóstol, no se inmutaba con la tremenda vocería de los curas, y cada vez más entusiasta, elocuente y arrestado, seguía aventando su verbo luminoso, como un haz de rayos, a las masas absortas que honraban y pedían esta palabra de verdad y de vida.... Poco a poco la luz que irradiaba aquel cerebro convertido en crisol de las más elevadas ideas, se fue difundiendo en las capas sociales cargadas de espesas nieblas, y al fin el abuso y la intolerancia derrotados por el viejo sublime de acentos proféticos, huyeron a los abismos de la degradación y del olvido, sucio y revuelto el plumaje, rotas las alas, desmochados los picos, sangrientos, iracundos.... Era un tropel de buhos puestos en fuga por una águila indignada que los veía marcharse desde la eminencia en que tenía su nido....

Sentir intenso, pensar justo, decir magnífico, obrar decidido, prendas son que distinguen a Víctor Hugo que, por ellas, es el príncipe de los génius de la última centuria. Sus ideales no eran todavía para su tiempo, por eso le perseguían los abyectos, por eso le vemos andar sobre riesgos y asperezas, como por vías que llevan los pasos del hombre a la inmortalidad. Ningún escritor ha dispuesto de un poder más evocador que el suyo. Al conjuro de su voz inspirada, comparecen generaciones muertas: los héroes más gallardos, los tiranos más atroces, la mujer más seductora, las divinidades más respetables.... Todo lo cantó, desde Dios hasta el gusano; todo lo sondeó, desde el Alma hasta el Átomo. ¡Gloria, pues, a este heraldo del evangelio eterno de los libres que, de pie sobre el más alto cretón del Sinaí de la poesía, lanzó a los «cuatro vientos del espíritu» un salmo viril a la Vida que resonará por los siglos de los siglos en medio de la suprema desolación de las cosas creadas!...—Paris—1911.

PABLO VERLAINE

A. CARLOS SAONA.

*Nul n' est poète, s' il ne l' est sous
les deux espèces, qui sont la force
et la Grâce.....On peut tout
attendre de votre noble esprit
L' émotion, les larmes, la sym-
pâthie, c' est là qu' arrivera,
après tant de pages excellem-
ment poétiques, votre jeune et
fier talent. Être inspiré, c' est
beau: être ému, c' est grand.....*

VICTOR HUGO—"Lettres de l' Exil".—A Verlaine, 16 avril 1870.

Un día del que no quisiera acordarme, se me acercó con zalemas de gato casero, un cristicastro apergaminado y enfadoso, diciéndome en son de consejo:

—Usted no debe perder su tiempo traduciendo a esa cáfila de chiflados que con los nombres de Verlaine, Baudelaire, Mallarmé, Tailhade y más entes del jaez, les están volviendo también locos a muchos jóvenes de bellas y lozanas facultades poéticas de esta asendereada república en que, por desgracia, la imitación de lo malo es una enfermedad endémica. Si, pues, le ha dado a usted el naípe por ejercitarse en el arduo oficio de traducir en que sobresalieron los Luis de León, los Jáuregui, los Mor de Fuentes, los Bello: allí tiene usted a la mano, en su selecta librería, a Virgilio, Tibulo y Horacio, entre los antiguos; a Racine y Bossuet, entre los del gran siglo de Luis XIV, y al popular Beranger, Lamartine, dulce y límpido como un manantial de

nuestra imponente cordillera, al enérgico Delavigne, cuyas *Mesenianas* rebosan ardor tirteo y poesía de subidos quilates. Hasta con el diabólico Byron se le permite a usted que trabé relaciones; pero darse así, con fruición malsana, a cultivar amistades peligrosas, al fetichismo literario de ciertas cabezas de chorlito que recuerdan al ídolo aquel de la Biblia que, al romperse, dejó salir un nido de ratones, esto sí que no se lo perdonamos a usted en nombre del arte decente y de la razón equilibrada. Verlaine, sobre todo, este sátiro escapado de los desórdenes del aquellarre, este dipsómano incorregible, es quién echará a perder la robusta inspiración de usted, amigo mío. Los versos insonoros y estrafalarios de este poetastro decadente huelen a festín de arrabal. Queme usted lo que adora y adore lo que ha quemado. Vuelva a las fuentes puras del clasicismo, que ellas dan la sana alegría del vivir discreto y fomentan los suaves transportes del estro.

No sé cómo pude contenerme después de esta ristra de insultos: a la «católica majestad» del liróforo celeste que orquestó las suntuosas armonías verbales de *Fêtes Galantes* y *Poèmes Saturniens*; Yo que desde mi adolescencia estoy acostumbrado a respetarle como al más genial de los «poetas malditos»; yo que siempre me he acercado al arca santa donde se guardan sus versos húmedos de óleo para aspirar con delectación el perfume que los hace adorables; yo que he osado verter a mi lengua pobre, terrenal, impura, su poesía llena de emoción mórbida, sinceridad pronta a esparcirse en tiernas o díscolas manifestaciones que duraban «el espacio de un ajenjo»; poesía rica de encanto íntimo, espiritual, trascendente; poesía que es más que un haz de ritmos hondos y bellos, una exhalación sutil y penetrante de esa embriagadora y sugerente esencia parisina que, según Augusto de Armas, se compone de fresas, de polvos de arroz y de champaña; yo que en las grátas veladas de mi hogar, al amor de la lumbre que lo abriga, mientras arrullan las torcaces en la jaula que el aura fresca de la noche mece con el suave balanceo de la hamaquita de un hada de Andersen, he leído con voz alterada por la emoción sus breves poemas hechiceros que no son otra cosa que lamentos y sonrisas fugitivos de su alma divina y miserable; yo que he llegado a pelearme con amigos y maestros, por haberlos oído maldecir de esta cabeza cónica y calva de Sumo Sacerdote, de este cráneo—ánfora guardador de la ambrosía lírica, tuve que hacer un esfuerzo supremo de ánimo para no echarme sobre el impío y dejarle allí en holocausto del nuevo dios Pan que vino a la tierra precedido de una inmensa sinfonía en la naturaleza, haciendo sangrar, bajo sus callos de oro, las rosas que alfombran su camino, arrancando a su flauta sonos inspirados que detenían el vuelo de las águilas negras, hartas de presa, y la marcha perezosa de los osos ebrios de las uvas de fuego de la Jonia

¡Paul Verlaine! ¡Pauvre Lélian!

Toda la fuerza sentimental del altísimo *aeda* galo está en la doble facultad poética que trajo a la vida bajo el signo funesto de Saturno: el dolor y la alegría, dón de lágrimas y dón de gozos. De allí es que sus libros-cofres, sus libros-manojos, nos ofrecen ya preseas de mágicos efectos de luz, prodigios de precisión y firmeza de la forma sonora; ya místicas flores de perfume ultra-espiritual que recuerdan al tomillo y al romero sagrados de los tiempos bíblicos. Toda esta vida armoniosamente infeliz estaba gobernada, como él lo dice en el prólogo de una de sus obras,

par la logique d' une Influence maligne.

Verlaine es uno de esos genios atacados de la neurósís ascética que pasan la noche bebiendo y blasfemando en el café, y que luego salen, ojerosos y oliendo a vino, para ir ante el altar de una iglesia de suburbio abierta al rayar el alba, a recibir la hestia pura que «borra los pecados del mundo»..... Por ser todo esto a la vez—niño inocente y sátiro temulento—es que su canto nos seduce como el de la sirena o nos exalta como una clarinada bélica. Quien se lo figura envuelto en un viejo gabán, abrigado el cuello con el inseparable «foulard de soie de teintes douce», tal vez el mismo que le obsequió Rachilde una mañana de invierno, cuando el poeta convalecía en casa de la gran mujer, con aspecto de trasnochador de oficio, humeando su larga pipa entre la barba canosa de dios Término, armado de su bastón—maza, cojeando por el boulevard desierto marqueteado de relumbrantes aristas de hielo, entre un grupo de amigos y de guardias, como en el proyecto de fresco de Cazalz. Quien se lo imagina en su «Palacio de invierno», el «día de recepción», dispuesto siempre al sacarme pintoresco, empalidecido por los insomnios, recitando con elusión ya los versos injustamente olvidados de los *grôtestôs* que exhumó Gautier, o las majestuosas estrofas de ese hierático y señorial Leconte de Lisle, tan dado a los soberbios paisajes de islas y a los cuadros de animales, y del cual, en una semblanza picantísima, dice Verlaine, que «el diente acerado brilla y muere con seguridad, entre el monóculo y el cigarrillo».....

Pero estas «poses» no eran las que le seducían con tintes de aurora tropical, con estremecimientos de seda perfumada rozando su piel seca y rugosa de bebedor voluptuoso; Verlaine, como lo sabe quien algo haya leído de su vida, no era malo, vivió enfermo, nació predestinado al dolor. Ni el hotel, ni la cárcel, ni el hospital fueron los sitios de donde quiso que volaran las cándidas palomas de sus trovas, no estuvo nunca ufano de que se lo tomase por un Homero de café, por un rey de ta-

berna, y muy claro lo dejó entender cuando en una de sus pláticas con Gómez Carrillo exclamó con acento dolorido: «Ninguno de ellos (hablaba de sus libros) ha salido de la casita de campo en la cual me hubiera sido dulce trabajar, vivir y morir». El vagabundo sublime que suspiró en los días grises de su prisión las entrañables confidencias de ROMANCES SANS PAROLES, tenía una alta idea de lo que vale la insigne caballería de la pluma; era tan grande su respeto a la sagrada carrera de las letras, y, al mismo, tan infantilmente ingenua la repelencia que le inspiraban lo ordinario, lo plebeyo, los formulismos de la vanidad pretenciosa, las cadenas doradas del «medio», que una anécdota recogida por el mismo jovial autor del libro sugestivo ALMAS Y CEREBROS, nos dará idea de esa incorruptibilidad quijotesca que lo protegió en vida de la influencia de la atmósfera antipática, saturada de olor de feria en que respiran las almas menores; protección envidiable, privilegio celestial acordado sólo a ciertos espíritus de *élite*, como el de aquellas impalpables nubarradas que en las epopeyas antiguas ocultaban a los héroes amados de las diosas, en medio del furor de las espadas.....

Un empresario inglés invitó a Verlaine para que hablara en un teatro en nombre de la generación de intelectuales jóvenes. El poeta recibió mil duros por dos horas de palabra, de esa palabra familiar y pictórica, ya móvil como una oleada fosforescente del Archipiélago, ya esculpida en bajo-relieves de colores, ya vaporosa como copos de espuma que deshace la mano, ya polvorienta como el «azúcar níveo y bien cernido» que se adhiere al bello de los frutos maduros; palabra que era también una red de hilos multicolores, verdadero mantón de Manila ceñido al talle de avispa de la musa parisiense.....La conferencia estaba anunciada para las nueve de la noche, un cuarto de hora antes, el pobre Lelían le había manifestado al empresario que por no tener frac, y más que todo, por comodidad, se presentaría con su habitual «americana». Figúrese el lector la impresión que semejante excentricidad del vate causaría en el ánimo del contratista británico..... ¡Cambiar de traje Verlaine! era algo así como que el sol apareciese un buen día, sin trastorno geológicos o estelares, con otra faz ante el orbe estupefacto. El autor de SAGESSE irguióse en toda su dignidad de hombre de una sola pieza, de caballero «sin miedo ni tacha», «de raro» sublime, y echó a la cara al turbado fenicio estas nobles palabras: «¿Por quién me ha tomado usted? Yo me presentaré como le he dicho, como me ve todo el mundo, o no habrá conferencia». ¡Lo cumplió. Londres le aplaudió sin frac, a la democrática, con el mismo gabán usado en los cafés de París, con la «tenue» clásica que inmortaliza su estatua entre los viejos árboles frondosos del parque del Luxembourg. Cuando Verlaine refería a sus amigos el suceso le daba suelta a su vena sarcás-

tica, reía maliciosamente como pudiera haberlo hecho un fauno al que se le hubiese querido obligar a vestir las piezas exageradas de un lechuguino, y terminaba diciendo:

—Si quieren enseñar poetas, que no se fijen en las levitas..... Después de todo, el hombre feliz es el que no tiene camisa....., y el poeta verdadero, siempre es feliz.....

¿El poeta verdadero, siempre es feliz? ¿Tenía razón Verlaine cuando así hablaba, o sólo fue ésta una paradoja amarga, una ironía en esos labios armoniosos que a veces traicionaban los dolores de «un corazón devorado vivo por los gusanos?» Lamentable tragedia fue la vida de Pablo Verlaine: horrible desenlace, su muerte, cuyo horror se acrecentó por la indiferencia de la tierra que ilustró con su genio y de los menesterosos que vivieron a costa de su médula poética. Cuando penetré por la selva oscura de esta existencia atormentada en la que apenas filtran rayos pálidos de dicha, me convencí, una vez más, de que su borrachera sagrada era un esfuerzo perenne para escapar de la influencia del ambiente que lo ahogaba. La maldición bíblica del «mors morieris» no es más fatídica que la que inspiró no sé cual nigromante diabólico al personaje de Poe que, exclama en EL GATO NEGRO: «¿Qué enfermedad es comparable con el alcohol?» El alcohol lo mató. «Su organismo estaba carcomido hasta los huesos, aquí se hallarían todos los casos imaginables», tal fué el diagnóstico del médico que lo vió a poco de expirar, cuando en el lecho, rodeado de algunos discípulos fieles, acariciado por la mano suave de Eugenia Krantz, su último amor, aún oprimía un haz de diarios de la tarde.....El alcohol lo mató como el háshid a Baudelaire, con fascinaciones de crótalo-serpiente que inunda el cuerpo de su víctima del producto de sus vesículas estallantes. Pero mientras vivió, mientras aletearon las ilusiones al rededor de su frente pálida como una hoja de otoño, Verlaine se creyó feliz porque se sentía poeta de verdad, grandioso. A solas con su miseria pudo percibir cómo se alzaba de su pecho el himno, antes de desbordarse por el labio, purificándole con santos ardores. Atento siempre a este rumor melodioso que les conmueve las entrañas, los vates pasan por el mundo abstraídos, soñolientos, imponderables. Así son felices, muy felices, porque habitan el mundo luminoso de la fantasía; porque se crean un paraíso de delicias inagotables, de sensaciones extenuadoras, de imágenes exentas de la vulgaridad circundante; y esto sí, que es vivir, gozar a su modo, ser poeta.

Creerse dichoso cuando la miseria, la enfermedad, el dolor épico, a la manera de aves de rapiña iracundas no se apartan del hombre, en espera de que sus pupilas se vidrien, de que su corazón estalle, de que la sangre se hiele en las arterias; creerse di-

choso cuando se entra en la cárcel por tentativa de asesinato y al hospital por tener el cerebro ataraceado por el «delirium tremens»; creerse dichoso cuando los amigos y los discípulos pasan de largo mohinos o indiferentes, viendo al pobre bardo tambalearse por efecto de la embriaguez, quizás de hambre, el mismo día en que París cantaba con entusiasmo los versos áuricos de LA BONNE CHANSON; creerse dichoso cuando materialmente no se es dueño de una camisa, revelando está en quien así siente una potencia creadora de goces espirituales que bien podemos llamar divina..... No es Verlaine una muñeca irónica, más bien es una convicción, una verdadera sensitiva. Como los mártires al circo, hay almas sagradas que el destino arroja a la vida con la aptitud del infortunio. En vano luchan para desarmar el hado, en vano invocan a Mefistófeles para que les abra sus perspectivas doradas y efímeras a trueque de una presa más que hundir en sus pozos de azufre; el hado no deja de llevar su víctima al ara con la crueldad de un sacrificador, y el diablo ha perdido sus arreos aventureros que lo conducían antaño de caza por el mundo. I Bryon, Poe, de Musset, Baudelaire, Verlaine se ven obligados a salir de la torre de marfil en busca de pan y vino, de amor, de aire, huyendo tal vez del aspecto trágico de la locura compungidos, sedientos de ideal; sólo los reciben «afuera» la misma madrastra: la sociedad, para escarnecerlos; el mismo amigo falaz: el alcohol, para victimarlos. Como el excelso predestinado griego Padre de Prometeo,

*P'aigle pour le briser, du haut du firmament
sur leur front déconvert lachera la tortue,
car ils doivent périr inévitablement.*

Pero considerándolo mejor, todas estas cosas, así brillantes o azules, hasta cierto punto tienen su razón de ser, puesto que nos evitan ver de frente a la verdad desnuda, vieja y física, regañona y fanática que se muere de envidia por las obras de esa otra fémica hermosa y principesca, la Mentira, artista delicada, piadosa amiga del hombre, que eternamente está pintando al fresco ese cielo bordado de estrellas y nubes lindas, que es más para una asamblea de dioses, que para los pobres diablos que aquí abajo nos reventamos de gritar, ni más ni menos que la cigarras en la estación de las fiebres de la tierra..... ¡Bendita sea esta clase de mentira que con poca cosa nos consuela; bendita, porque nos conserva la esperanza, porque nos dora la píldora que ha de matarnos, porque sabe prolongar nuestro sueño y anestesiar el dolor! ¡Ah, Verlaine, tenías razón!

¿I este hombre será olvidado? Esta voz que cantó el ayer y el hoy, que supo traducir sugestivamente los anhelos del mañana;

que todavía nos habla de cosas nuevas, plásticas y coloreadas, y de las viejas, tristes y desteñidas; este soñador emotivo, este «Sócrates lírico» que así pulsa la guitarra de la serenata morisca, como la mandolina del café concierto; este viejo niño cojo, por efecto de la anquilosis que deformó una de sus piernas y cojo de las virtudes de sus melodías ascéticas; este «degenerado circular», como lo clasificó irreverentemente Max Nordau, ¿vivirá al igual de todos los grandes yates que la gloria cegó de la verde rama segada en la floresta de Apolo? Pobre y sublime Verlaine, tu verso ingenio y lamentable, hechicero y soleado, musical y fragante a opopouax; tu verso magistral, inocente y hasta santo, no dejará de henchir de admiración los corazones sensibles, mientras lata uno en la tierra, serás para él un celeste orfeón de lloros y risas.....

Si Verlaine pudo exclamar como Lamennais un día de sincera reprobación de sus errores: «Mi alma ha nacido con una llaga», también tuvo derecho a hacer esta franca y sencilla declaración que es al mismo tiempo una protesta contra los que que pretendían infamarle por sus flaquezas: «Desearía que se supiese que no soy un bebédor de ajeno, ni tampoco un pesimista, y que no tengo veleidades de misticismo; soy, y lo repetiré hasta la saciedad, un hombre muy digno en el fondo, reducido a la miseria por exceso de delicadeza, un hombre con debilidades y con mucha hombría de bien, pero en todo y por todo *gentleman*, *hidalgo*.....» I es que el altísimo poeta saturniano no fue un bebedor sediento del dulce veneno que se llama *absinthe*; no lo ingería por habitud malsana como lo propalaban sus enemigos para restarle afectos y admiración; era sólo un hombre de gustos íntimos y delicados, si se quiere algo extraños por temperamento y por literatura; un convencido más de que no hay belleza sin un dejo de exotismo, sin un halo de rareza; un exquisito indiferente a todo lo que no fuere de su mundo interior, de su Jerusalén libertada hecha de piedras preciosas en que triunfaban, al modo de luceros de sangre, los granates. Rachilde después de transcribir las célebres palabras de Verlaine: «Sí, chiquilla, el chocolate es mejor que el ajeno, es reconfortante, delicioso, y familiar: es de la hora gris», añade este juicio exacto de la borrachera de Verlaine: «Creo que más ha dejado correr el licor, que lo ha bebido». Así era, si se tiene en cuenta dos expresiones del genial poeta a menudo opuestas por él a las reprimendas de Coppée y de otros amigos. «¡Qué hemos de hacer!, cuando se recibe en casa, uno no es dueño de sus actos».—«Las copas han de ofrecerse con la solitud de los cigarros».

Jóvenes generosos—porque es a vosotros principalmente a quienes me dirijo—¿creéis que Pablo Verlaine es un gran poeta, el príncipe de los poetas modernos que se ha ido a la fosa embal-

samado con esencias extraídas de los jardines de la inmortalidad poética, con su corona de mirtos de Chipre y de rosas de Francia, sin dejarle a nadie su cetro-tirso de oro? Sí que lo creéis, porque lo demuestran elocuentemente la admiración que os inspiran sus versos sensitivos y el respecto con que cubris al Maestro cuando, más dichoso que Noé, se duerme en brazos del alcohol, desabotonado el paletó oscuro que bien vale lo que el manto abierto del Patriarca.....Honrar al vate y amar al hombre, esto hacéis con sinceridad, como buenos, como nacidos en la estirpe santa de los poetas. Sabéis que no se tiene una gran cualidad sin una lamentable imperfección: el sol, sus manchas a pesar de su luz benéfica; el hombre, sus miserias a pesar de su genio. Lucano aduló a un déspota histrión, pero ¿no es el autor de LA FARSALIA? Cellini era iracundo hasta el homicidio, pero ¿no salieron de sus manos adorables, figuras gallardísimas, relieves de palpitante repujado, joyas vaporosas? El conde de Turenna padecía del miedo de la soledad, pero ¿ne fué sobre el campo de batalla el más consumado de los mariscales de «la guerra entre encajes»? Lope de Vega tuvo hijos sacrílegos, pero ¿no es «el fénix de los ingenios» hispanos? Molière soportaba con el alma hecha trizas las infidencias de su mujer, pero ¿no pobló la escena universal de tipos eternos como el Avaro, el Impostor y el Misántropo? Sacrílego es quien se atreve a maldecir de estos nobles mensajeros del Espíritu: quien pretende retocar la obra divina, desnaturalizarla, colaborar en ella con parcelas de vulgaridad terrena. Quédense como saltaron del molde sagrado esos modelos titánicos, así, chorreando limo y metal derretido; con su noble aspecto de ángeles y bestias. Respetemos el misterio que entrañan.....I a los que objeten nuestra veneración por el Pauvre Lélian, a los que pretendan ganar patente de *gigantismo*, difamando la memoria, después de haberle amargado la vida al hombre que obtuvo la «imponderable misión de representar la poesía contemporánea al pie de la Cruz» (1), rechacémosle con las apacibles y terminantes palabras del Pontífice Pablo III, protector decidido de Benvenuto Cellini: «Sabed que los hombres únicos en su profesión como mi genial orfebre, no deben estar sometidos a ciertas leyes, y él menos que nadie». Aquí viene de perlas también el histórico *Roma locuta est, causa finita*.

Porque supo, como nadie, cantar a los ojos negros o azules, a las manos liliales de las vírgenes, a las mejillas ardientes de las cortesanas; porque supo decir en voz baja, con arrullos de torcaz amante, las cosas más íntimas, las más conmovedoras; porque tuvo el secreto maravilloso del paisaje bañado por la luna, a la orilla de los piélagos mediterráneos en que las velas asumen

(1) Leon Bloy. «Un Bre'lan d' Excomunié.—Le Lépreux».

la forma de un seno joven; porque nació con el poder hechizante de vestir sus sueños de impoluto blanco como para una procesión de Corpus que desfila en la calma geórgica de la tarde, al són de la campana que hiende las brumas del valle; porque fue—según su pintoresco lenguaje—«un nuevo *gulf stream* en que hubo corrientes de agua helada y de agua hirviendo, restos de naufragio, arenas y también flores»; porque amó mucho y sufrió hasta la abnegación; porque fue bueno entre los malos que le rodeaban; porque confesó valientemente su fe a un siglo hipócrita; y porque siendo grande y altivo como un león, por sus méritos, se hizo humilde cordero que dejó enredados sus vellones sangrientos en las zarzas del camino; por todo esto, jóvenes míos, Pablo Verlaine será siempre vuestro poeta, como es Musset, el de las novias de todas las épocas.

EL PADRE DE ROLLA

París y el mundo están viendo, a la continua, en el ángulo como un camarín de una brillante avenida, la estatua que los escultores Mercié y Falguière hicieron del popular autor de NAMOUNA. Allí está la doliente y excéptica figura de Musset con sus labios húmedos de vino, sus dedos voluptuosos, su juventud enfermiza..... ¡Salve, poeta de los tristes!

En notre mémoire
De tes belles amours
L'histoire
T'embellira toujours.

¿Quién no conoce a Musset? Sus NOCHES son el breviario de las almas sentimentales. Esas páginas desbordantes de amores de un día y de carcajadas desenvueltas, han hecho palpar de entusiasmo el corazón de un siglo, y no pasarán de moda mientras haya mujeres y poetas, seres exquisitos por su temperamento y educación.

Los versos de Musset huelen a festín, olor característico formado de varios tonos en que alternan el blando aroma de la violeta y ese *perfume de piel* que hacía las delicias de otro bardo célebre como el nostálgico Alfredo, por su inspiración sublimemente exótica y por aquel carácter de distinción, urbanidad y «chic», que eran los cautivadores prestigios de ambos poetas. La musa del cantor de Lucía es una bacante vestida de encajes, pálida y nerviosa como una de esas lindas grisetas endebles que mueren de hambre y de adhesión en las buhardillas sin lumbre del Barrio Latino.

Musset contaba entre sus ascendientes a Juana la Libertadora, numen virginal y fuerte que le inspiró tal vez su vibrante respuesta al RHYTHME ALLEMAN de Becker. Este canto patriótico lo conoció el poeta una noche en casa de la señora Girardin. Allí estaba Musset herido de muerte por el alcohol y las decepciones, devorado por el insomnio, enflaquecido, pero siempre bello. Su rostro tenía entonces la expresión dolorosa de Cristo, y cuenta una de sus amigas de aquellas horas de angustias crueles, que parecía que sobre la cabeza pensativa del poeta agónico estuviera suspensa una corona de espinas refulgentes....

Las personas que asistían a la velada acababan de oír leer las provocadoras estancias del vate alemán. El despecho iba ganando poco a poco las almas, las voces se alteraban, y el insigne Musset seguía soñando en un ángulo del salón, sin darse cuenta del entusiasmo general. La dueña de casa, mujer de las más sobresalientes de su tiempo, se acercó al bardo que en ese momento alzaba su hermosa frente despertando a los sonos enérgicos del canto enemigo; comprendió que hasta el pecho desgarrado de Alfredo se había abierto senda la estocada del insulto dirigido a la patria, y, presentándole una pluma le dijo con voz de mando: «¡Vengadnos!» I salió de punta en blanco de ese cerebro que pronto iba a osificarse, la indignada contestación a Becker....

¿Sabéis como nacieron sus Noches? ¿Habéis saboreado esos poemas blandos como los frutos desprendidos del árbol, en donde amarilleaban entre los follajes espesos?.... Musset había caído en la sensualidad morbosa y su obra literaria fue desde entonces una glorificación del placer. Su vida tenía que parar en el sufrimiento, en la desesperación y en la locura. Tuvo alucinaciones, vértigos, *phobias*. Por la noche corría las cortinas de su lecho, encendía los candelabros, adornaba con flores la chimenea, y al sentarse a su mesa de trabajo, en donde no faltaba el retrato de la encantadora princesa Belgiosa con sus «ojos terribles de esfinge», veía venir sobre él como una forma blanca y amorosa, su musa, que le dictaba aquellos versos sollozantes que los jóvenes y las mujeres no olvidarán nunca....

El sufrimiento lo engrandeció. Tropezó y se hizo trizas el alma en las asperezas del camino, pero fue gallardo en sus caídas. Toda su persona ofrecía a las miradas el consorcio feliz del equilibrio y la armonía que constituyen la distinción.

Poco tiempo antes de su muerte, una princesa Bonaparte lo había invitado a su mesa en junta de otras personalidades de la época. Musset, cuya voluntad anémica no podía substraerse a las tentaciones del Café, se presentó tarde al palacio en donde se lo esperaba con exquisita deferencia. El poeta beodo, pero correcto en el traje y en los modales, se acercó tímidamente a su asiento, saludó con severa distinción y se quedó dormido.... Las náuseas

de la embriaguez alteraron sus rasgos de hermoso busto griego, y con pasmo de los asistentes al festín, saltó el vómito de esa boca que la ambrosía del verso no había podido hacer olvidar las groseras fruiciones del vino..... Musset, despertando del marasmo por un movimiento de instintivo decoro, se irguió con la irreprochable apostura de un *gentleman* que le era peculiar, y después de tributar a los convidados una última reverencia, salió del refectorio sin proferir una palabra, solemne, lívido hasta la angustia, cada vez más enfermo.....

Hay en las MEMORIAS de Listz una página conmovedora. Encontró un día a Musset encorvado, envejecido, inconocible. Suben los dos a casa del célebre músico, que se sienta al piano a improvisar, mientras el poeta sollozaba y se desvanecía en un diván. Vuelven a la calle para tomar el aire libre, se separan con visibles muestras de viejo afecto, y, después de un momento, Listz ve a Musset entrar a una taberna asquerosa frecuentada por marineros y gente de mala traza.

Su vida fue rápida y devoradora. Lo mató el mal del siglo, esa contagiosa *accidia* que se respira en la popular autobiografía que escribió de sus vicios, de sus virtudes y de su bello ingenio.....

El Musset descrito por Lamartine nos atrae por la fuerza sugestiva del parecido y la magia del estilo de tan consumado retratista. «Era, dice, un hermoso maneco de cabellos blondos flotando sobre el cuello, de rostro admirablemente encuadrado en un óvalo largo, y un poco empalidecido por los insomnios. Frente más bien descuidada que pensativa, ojos que oran dos estrellas más que dos llamas; boca de comisuras finas en que luchaban la sonrisa y la tristeza; continente levantado, talle flexible que parecía llevar, al doblegarse, el peso de una juventud fatigante, de una madurez prematura». Un silencio habitual y una modestia sincera completaban el encanto de este verdadero elegante de 1835; de este efébo-poeta que David Angers immortalizó en el soberbio medallón que se ofrece como una lámina devota en el primer volumen de sus obras completas editadas por Alfonso Lemerre.

La fantasía de los admiradores de algunos ingenios que han tenido predilección manifiesta por un sér u objeto cualquiera, les han formado a estos linajudos de la inteligencia un sello heráldico para reconocerlos en medio del grandioso coro de hombres superiores que se destaca en el proscenio de la historia de la humanidad. Byron, por ejemplo, luce en su escudo nobiliario, además de los símbolos de sus gloriosos antepasados, un laúd y una espada, Baudelaire, una gato tendido a los pies de una beldad negra; Poe un cuervo meditabundo descendiendo sobre un yelmo de Palas; Leconte de Lisle, un cielo azul con águila que viaja al país de las pagodas y de los lotos. El triste Musset os-

tenta en sus femeniles manos un anillo de ónix con este singular «cachet»: una losa sombreada por un sauce llorón....

El árbol de los cementerios fue siempre muy amado del poeta, que le dedicó una dulcísima composición, tal vez la más conocida después de su admirable «Lucía». Musset reclamaba de la piedad de sus amigos un sauce de ramas melancólicas para su tumba, y quien visite el camposanto del Padre Las Casas, hallará cumplido el último deseo del amante desgraciado de Jorge Sand. Allí está el sauce testigo de sus coloquios con Miss Smolen, ese viejo árbol querido que oyó al bardo modular más de una vez estas suaves palabras, mientras el sol dejaba el horizonte:

M'aimes-tu Georgette, m'aimes-tu?

Musset es el poeta de la juventud y del amor. Sus cantos lo saben de memoria todos los que han sentido la picadura de esa abeja del paraíso que produce la fiebre de los sacrificios dulces en aras del sér querido. No se le ha admirado, se le ha amado. Era más que un poeta, un hombre como lo crea pocas veces la naturaleza para glorificar el sufrimiento humano. Todo lo cantó, pero todo lo que invitaba a amar; desde una conversación de artesanos en el taller sobre los deslices de una linda muchacha del pueblo que al lavar las baldosas enseña unas formas que envidiaría la Venus de Milo; hasta la fresca y risueña mañana en el bosque, por donde va una pareja de enamorados a caballo; sueltas las bridas y acercando los cuerpos para besarse, mientras arriba el Padre Eterno de toda vida, de todos los amores, de todas las cosas, oculta su faz radiosa bajo el brocato de las nubes....

La más espléndida recompensa de Alfredo de Musset es la que le profetizó Jorge Sand en estas palabras que no ha merecido después otro poeta: *Las mujeres del porvenir serán tus hermanas y tus amantes!.....*



LOS CUENTOS DE DAUDET

AL EXCMO. SR. ED. CLAVERY, MINISTRO DE FRANCIA EN EL ECUADOR.

Al viajero que pasa junto a las imponentes ruinas de la vieja abadía de Montmajou le es fácil descubrir en un collado vecino el que pudiéramos llamar castillo de los ensueños de un hombre: el molino de Alfonso Daudet.

¿Le conocéis? Creo que no. Pero sí habéis oído hablar de él, como de una torre encantada, de donde partieron páginas deliciosas que han dejado en el ánimo la impresión de un reguero de pétalos de oro en una mañana de otoño..... Allá, iba el noble escritor a restablecer su salud quebrantada por los arduos trabajos de la pluma; cuando enfermo del mal que con frecuencia ataca a los organismos exquisitos,—del que consumió la graciosa margarita que Dumas hijo ha tratado de reanimar al amor de invernadero de su drama, le decía con voz desfallecida a su esposa, artista como él:

—Acaba mi pobre libreo!

I el molino de aspas desvencijadas, con todo, no llegó a ser de Daudet! El quiso adquirirlo, y la honrosa pobreza en que vivía no se lo permitió. Un buen día, el animoso escritor hizo que se extendiera a su favor una acta de venta en la oficina de un notario de Fonville; mas, como Daudet no pudo consignar el precio, el documento quedó sin firmar. Sin embargo, nadie osó disputarle la posesión de su modesto retiro, que más bien parecía una ruina que un sitio de recreo. ¿Queréis saber lo que era este lugarejo que han vuelto célebre las lindas cartas que conocéis? Daudet os lo dice con su habitual buen humor: «un montón de

piedras, de hierro y de tablas viejas. El molino yace allí con los miembros rotos, inútil como un poeta, mientras que todo al rededor prospera en medio de una esquividad que me embelesa».

Hasta este despojo llegaban los perfumes silvestres y los murmullos ligeros de la campiña, y el poeta se sentía revivir percibiéndolos con intensa efusión, escuchando las voces interiores del recuerdo que hablaban a su imaginación ardiente de las cosas que fueron, de la íntima poesía sugestiva que hay en las escenas de la vida humilde; de esa paz dulce, confortadora, emocionante, celeste a fuerza de ser piadosa, que constituye el alma sutil de Daudet; del ingenuo abandono de todo lo que se marchita y desvanece en un estremecimiento angustioso, sufrido con apacible heroísmo; estremecimiento simpático de mirlo blanco que sabe que su última arpada nota las recogerán las auras del bosque nativo; de flor que siente escapársele la savia que le daba brillo y lozanía; de lámpara que parpadea en la sombra, agotándose el aceite que fue su espíritu y su belleza; estremecimiento que es un reflejo de gesto, de lágrima y de estrellita de Noel; todo esto muy nevado, pero muy vagoroso, muy tenue, casi fluido; y entre las mallas de esta bruma de ópalo, unos «ojos con aspecto de hojas», ojos divinamente asombrados, joviales, pequeñitos como puntos, como trocillos de esmeralda, filtrando a través de la gasa movediza rayitos intermitentes que derraman su luz serena, como gotas de sol heladas al caer de los cielos polares..... Tal es el sabor literario de Daudet que conoceréis cuando hayáis leído el abundante tesoro de sus cuentos, hermoso género en que su numen fresco y su verbo sanamente humorístico se han prodigado con más entusiasmo; el que como una maceta en que se cultivan flores del terruño, exhala los verdaderos aromas del suelo natal; sinfona hechicera en que se mezclan todas las formas bellas de la vida; el espíritu de la montaña, de la noche, de las plantas, de los animales, partículas todas desprendidas del Gran Espíritu que *tiene un nombre, el Eterno, y una obra, el mundo.....*(1)

Yo quisiera en estos momentos de regocijo, hablaros extensamente de tan amén escritor; revistaros todos sus libros hermosos, ponerlos en evidencia sus primores, haceros casi tocar el terciopelo de su frase; en fin, revivir esta dulce personalidad difunta, mostráros la sobre fondo de oro pálido en una vidriera del Renacimiento, para que contemplaréis con veneración el rostro más dolorido que ojos vieron, más semejante al del excelso Mártir de Nazareth; un rostro que estaba perennemente rodeado de un nimbo de humildad, resignación y tedio celestiales, como que sus dolores, su fortaleza, sus alegrías fugaces, la enfermedad que lo devoraba con crueldades de fuego lento, habían proyectado ese res-

(1) Racine—«Esther», Acto 3º.

plandor lívido de santidad que hizo que Ernesto La Jeneusse lo llamara «un pontífice indigente»..... Pero ya que no es posible, en tan corto tiempo, seguir al hombre en todos sus pasos por la tierra, y al artista en su vasta obra literaria, me contentaré con daros un esbozo de lo que fue este adorable narrador de cuentos, este mago de la emoción y del matiz local, para quien había una estrecha concordancia entre el lirismo y el buen humor, entre el asunto de sus pequeños relatos, que lo constituyen escenas de la vida en las casas de campo; y los juegos de luz en el olivar polvoriento, el sonido de las campanas a la hora de Angelus, el olor a especias de las tiendas en las calles oscuras, frescas y estrechas de su pueblo; y, sobre todo esto, el canto solemne del mar cerúleo en la lejanía de la ribera que ondula como una inmensa serpiente de plata....

Daudet, el autor de incomparables novelas de costumbres, como JAC, EL NABAB, EL INMORTAL, PROMONT Y RISLER, y de bellísimas poesías que tienen la seducción de una brisa aromada y musical de las praderas que baña el Ródano; Daudet dramaturgo notable en EL ÚLTIMO ÍDOLO, LOS AUSENTES, LA ARLESIANA, EL SACRIFICIO y otros trabajos no menos hermosos; es más popular por sus cuentos, por estos encantadores dramitas en que a la luz del relámpago de la ironía más discreta, en pocas líneas, palpita un corazón, se pone en relieve un carácter, suena dulcemente la nota melancólica de su honda compasión por el infortunio ajeno; y para encuadrar tantas perfecciones, allí están la rica mancha de sol; la montaña llena de rumores armoniosos y de bálsamos silvestres, en que trisea la cabrita del señor Seguin; la pared tapizada de romero, donde cantan los chorlitos; la farándula bajo el platanal frondoso en las plazas de las aldeas y al son del tamboril; y lágrimas y suspiros en los compases de esta prosa cincelada como un vaso etrusco, como un etéreo encaje de Brabante; coloreada como una de esas preciosas telas de imágenes que salieron de los pinceles italianos en los siglos XIV y XV; prosa seductora en que se admira una extrema justeza entre el color y la expresión, entre la cadencia del vocablo y su más sencillo valor filológico; prosa límpida y profunda, como uno de aquellos lagos de Bretaña, en que se cree ver sus arenillas doradas a flor de agua, y bien podría, sin embargo, ahogarse un gigante en sus linfas serenas....

En estos amenos relatos cortos está el verdadero Daudet, el Daudet que tanto amáis, el Daudet de EL SUBPREFECTO EN EL CAMPO, LAS ESTRELLAS, LA ÚLTIMA CLASE, y principalmente, un esbozo del genio que animó la estatua de *Tartarin*, de esa especie de Don Quixote burlesco y regocijado, tipo divertido, lleno de vida y de realidad, que el ilustre novelista formó con grandes elementos de la naturaleza que él ha sabido amalgamar con arte tan

superior, que al mirar por primera vez este gersonaje, violento y alegre, épico y burlesco al mismo tiempo, no se puede menos de reconocer al hombre clásico del Mediodía, a ese compadre hablador y temerario, familiar y buen muchacho, romántico, si se quiere, por el aliento de las empresas que se imaginaba realizar; embustero hasta ser víctima de sus propias ficciones y no saber donde acaba la ilusión y principia la realidad.... ¿No es cierto que ahora mismo repasáis en la memoria los capítulos más bellos de ese libro sabroso con que Daudet se puso junto a Quevedo y a Lesage; y aunque todavía lejos, en el camino por donde transitó la figura gallarda de Cervantes?.... ¿Habéis visto a un temible hombrecillo de barba cerrada y de ojos de fuego, armado hasta los dientes, ir a desquijarrar leones en Argelia? ¿Lo habéis aplaudido sobre el borde de un estanque, ejecutando difíciles equilibrios para acostumbrarse a los precipicios de los Alpes? ¿Tenéis presente la dulce impasibilidad de que hizo derroche la mañana alegre y soleada en que su pueblo, con lágrimas en los ojos, lo vió partir para el Africa tenebrosa? Recordáis el gesto del héroe de Tarascón, su sonrisa impregnada de dolor íntimo, cuando se dirigía al tren que lo esperaba para conducirlo lejos de los blancos muros y de las persianas verdes de su casita de Arlés; cuando no era posible corresponder las saluciones de sus amigos conterráneos, porque se lo impedían los pesados fusiles y los puñales que llevaba encima?....

Ah!, tras la máscara imponente de Tartarín, está el hombre, un tipo de nuestra especie contrahecha o descemunal, una creación a lo Moliere, neta, clara, sólida, moviéndose en plena luz: una figura de carne y hueso, cuya noble idealidad alcanza las proporciones de lo cómico-heróico; tras esas enormes gafas azules cabalgando sobre una nariz desafiante, se esculpa lo que el personaje no quiere enseñarnos, lo que desfiguraría sus rasgos exagerados, al ser conocido por el mundo frívolo, lo que está en todos los ojos: la gota cálida, apenas perceptible, que es un producto de la irritación que nos causa «ver» siempre de frente el dolor.... Esta amalgama de alegría irónica y de ternura casi femenina es lo que constituye el encanto de Daudet; algo alado, nítido, móvil, matizado, que nos hace pensar en las poéticas nubarradas de abril: sol, rocío....

Desde luego, Alfonso Daudet es una cigarra, una adorable cigarra, como lo llama Adolfo Brisson. Pero no vayáis a creer que este nombre se lo ha dado el eminente conferenciante de la Sorbona, por la semejanza de Daudet con el imprevisor insecto de la fíbulilla de La Fontaine que os sabéis de coro: lejos de eso, mis queridos amigos, nuestro inimitable contere, si bien en los albores de su adolescencia, cuando hacía su noviciado de París, con la vida abierta a todos los vientos y en el ciego ardor de una sed de goces

que parecía no iba a terminar nunca, cometió los pecadillos de los jóvenes en ese lapso rosado que todos hemos vivido: amar, reír, cantar y llorar al mismo tiempo y POR Poca cosa. Si alguna vez entonces, y sólo para olvidarse de los «días de negra miseria sufrida en el fondo del Languedoc, donde era pasante de escuela». Daudet tomó asiento de los últimos al rededor de una orgía, como la que describe Balzac en la PIEL DE ZAPA; este desliz y otros no menos excusables para el mundo, para el que ha ganado a fuerza de brazos la orilla de la Ciudad-Luz, medio desvanecido por una fatigosa travesía en un mar de ondas de azul y cieno; estos pasos perdidos, digo, no acusan al mozalbete casquivano que derrocha salud y dinero en fiestas galantes, donde por buscar el corazón, unos deditos de guantes besados encuentran la faltriquera; no caracterizan al insectillo holgazán que se halló, en el crudo invierno, sin grano en frente de su vecina la próspera hormiga..... Daudet fue una cigarra, sí, pero por el canto prolongado: una cigarra de la polvorienta campiña de Nîmes; una de esas trompetas ardorosas del estío, que en Galilea, Siria, Andalucía, Provenza, en todas partes donde la vegetación parece nacida de un inmenso e inextinguible reguero de semillas de luz, cantan a la vida sana y robusta, su eterno himno griego, su letanía delirante que es toda brasa, amor, esencia.....

Daudet fue un niño pobre, uno de esos ángeles pálidos y andrajosos, tímidos y enfermizos, con que tropezamos en las aceras a la hora en que es más atronador el ruido de pitos, cascabeles y carruajes de la Nochebuena. Creo que todos sabréis lo que es un niño pobre; pues bien, eso era Daudet. Demás está decirlo que el pequeño Alfonso pasó en la casa paterna esas duras privaciones que al cabo de los años dejan en el pecho un sedimento atenuado de pesar, que al fin acaba de extinguirse con la gratitud que debemos a nuestros padres..... Considerad cuánto no sufriría esta almita impresionable y sincera, como el cristal de una fuenteçilla, al ver entrar en casa con demasiada frecuencia a ese personaje siniestro, ruín ujier de la miseria, que se llama el Alguacil; cuánto no le mortificarían las discusiones con el SEÑOR PROPIETARIO, cansado de esperar que la pobre familia mejorase de situación; y cuánto no lloraría mirando correr a su madre al Monte de Piedad para conseguir un pedazo de pan a trueque de las joyas, de los muebles, de los restos de la antigua comodidad..... Pero doblemos esta página mojada con lágrimas de la infancia mártir, y sigamos a Daudet en otros pasos de su interesante vida.

Alfonso va a la escuela! Allí sus vestidos humildes despientan la risa de sus condiscípulos. Sin embargo, se impone por su viveza instintiva, y por su clara inteligencia, que le allanan el aprendizaje de las materias más áridas. Cuando quiere trabajar, los eclipsa a todos, llega al primer rango, y los elogios de los

profesores son para el arrapiezo paliducho y miope que revela un singular espíritu de observación unido al entusiasmo por el paisaje. Pero el precoz niño no ama el estudio con el fervor de sus camaradas los burguesitos rozagantes, santurriones y acomodados; Alfonso experimenta accesos de pereza, frenesí de vagar a través de la floresta, y no resiste a la fascinación de un rayo de sol tendiéndose en las blancas rutas, por donde van los carros de mieses tirados por bueyes que espejean en sus pupilas graves y dulces la alegría del campo verde, como en el soneto de Carducci.

Esta visión de los espléndidos cielos provenzales, la conservó Daudet toda su vida, como lo puede comprobar quien haya leído su hermoso libro TREINTA AÑOS EN PARÍS, en cuyas páginas de prosa eufónica y llena de color hay saudades de sus correrías por las montañas nativas en unión de los pastores y sus rebaños; se respira la nostalgia de aquellas inmensas planicies, de las ricas calcinadas por el sol, de las regocijadas cosechas de olivos, del dormir al fresco sobre el césped florido a la luz de un clarísimo cuarto creciente de luna; saudades casi lloradas de todo el azul y de todo el verde de esa paleta rica del diapasón de rumores de esas campiñas inmarcesibles, del perfume de esos rosales silvestres, de los espejismos intensos y variados de esos horizontes magníficos que ofrecían a sus miradas abortas, ora un escuadrón de centauros trotando en una floresta blanquísima, como si estuviera sembrada de lirios; ora un oasis con palmeras de oro y con pozos de amatista en que abrevan dromedarios y girafas gigantescos, conducidos por beduinos con armaduras de cobre y barbas de guedejas carmesíes; ora, en fin, los combates de los guerreros de Ofir: una gentilísima vidriera ojival abierta como una inmensa flor de nubes; una procesión de vírgenes con túnicas de plata, llevando, como las canéforas en el célebre friso griego, bandejas cinceladas repletas de espigas rutilantes..... La frescura de estas deliciosas sensaciones del cielo, del campo y de la calle, constituye la magia del estilo de Daudet, el secreto de su emoción contagiosa..... Los versos que suspiró entonces están impregnados de la ternura ingenua y encantadora de su alma enamorada, como las alondras y las cigarras, del sol y del espacio.....

I el jovencillo provinciano, el soñador vagamundo de los campos y las playas llegó a París....., a París, olimpo de la gloria para todos los que tienen sed de ella; en cuyo estercolero brotan flores de corolas de oro; donde se rueda y se sube a estrujones y puñetazos; donde el suelo está formado por una greda solidificada de sangre, alcohol y fango; donde se habla tronando y se trabaja gimiendo; donde no se puede arrojar un alfiler a la calle, porque no hay sitio para él, sino un vasto hormigueo de cabezas locas; donde no se ve el cielo en toda su imponente amplitud, porque lo impiden los muros y las brumas; donde el sol es una linterna morteci-

na, y la luna, una hoz teñida del amarillo de las placas de sangre coagulada de la tierra; donde está la colina de Montmart, ese pequeño parnaso de los poetas malditos, como Verlaine, el fauno místico, y como Musset, «el hermano y el amante de las mujeres del porvenir»; donde ¿quién no sueña vivir siquiera una noche?.... Allí fue, bajo esa majestuosa encina centenaria se sentó el muchacho provenzal, rico de estro y de ilusiones, pero pobre, muy pobre de dinero. «Qué viaje!», exclama Daudet, refiriéndonos su llegada a la ciudad famosa, sólo de pensar en él, treinta años después de haberlo hecho, siento todavía mis piernas como aprisionadas en un témpano de hielo, y me veo acometido de calambres de estómago».... Hambre y frío intensos padecía; pero más grandes eran sus esperanzas, más fuertes que la miseria y que lo desconocido, su vocación, su destino.

¡Cuán conmovedor es el relato de los primeros días de su vida en París! La generosa asistencia de su hermano Ernesto, le dió abrigo en la buhardilla de un quinto piso de la calle Tournen; y allí embriagado con el barato *champagne* de las ilusiones juveniles, comiendo unas veces y otras pasándosela en flores, compuso un tomito de poesías, al que dió el nombre de *Amorosas*, y que, después de muchas decepciones, hizo imprimir por el librero Tardieu. Os juro, amigos míos, que, si es bellamente musical, como el susurro del aura entre las hojas, la prosa de Daudet; sus versos fáciles, ingenuos, fragantes a tomillo, aéreos como una melodía de Bellini, cautivan el oído y dejan en el alma una sincera emoción, una alegría primaveral, el encanto del colorido y del ritmo sabiamente combinados. Sentiría mucho que vosotros no hubieseis saboreado la pulpa aromática de sus CEREZAS y de sus CIRUELAS, porque entonces serían vuestros paladares los que darían fe de la dulzura de esos glóbulos de rubí....

Bien pronto, la ruidosa esplendidez de orgía en que vive París; el sol, mago divino de los tristes, y el zumo de vid de la poesía que produce en los espíritus sensibles la embriaguez dionisiaca de las esperanzas doradas; acabaron por reconciliar a Daudet con la crudeza de su destino, y por hacer que se fuera desvaneciendo en el recuerdo del joven Alfonso, el grupo de los tres seres queridos que se quedaron sollozando en los muelles del Ródano, una mañana alegre y perfumada como la pastora que describe Boileau en el canto segundo de su *Arte Poética*; como esa fresca aldeana, que en los días de fiesta ataviaba sus trenzas airosas con sencillas flores de su huerto, y no con piedras falsas y cintas de colores chillones.... Oh!, cómo fueron difíciles los primeros pasos del escritor en el «diablo mundo» de París; cuánto sufrió esa alma soñadora al sentir las asperezas de la realidad hostil en los mismos lugares que ella se imaginaba inocentes y apacibles, como el edén perdido; cuánto impresiona todavía el ánimo de fascinación candoresa de

esta juventud rica de ilusiones, que todo lo miraba poetizado por el azul de los horizontes provenzales! Tan adorable deslumbramiento lo hacía ver el Odeón con el respeto de un templo: los salones de la comediente Agustina Brohan, en los cuales estrenó su histórico primer frac, los franqueaba con la alegría radiosa del que tuviera la dicha de asistir a una velada ducal; y los autores jóvenes, los estadistas de café, el terrible Villameessant despidiendo plumarios de cartel con una brutalidad que ofendería a lacayos, eran ni más ni menos que los dioses Lares de la buhardilla: en que el adolescente poeta trabajaba con entusiasmo para lograr la suprema dicha que se había forjado su imaginación: «el derecho» de pasar con los diemās por la puertecilla falsa, nuevo arco de Triunfo, por el que desfilaban literatos, artistas y dependientes de la casa en las noches de representación, cuando el teatro ardía como un palacio de hadas, y llegaban de palcos y plateas, mezclados con olor a moho y a escape de gas, los vahos enervantes de trajes y de pieles, y los cuchicheos de los corrillos, incansables como un ruido de élitros en la floresta....

Tal es el Daudet de los veinte años; el Daudet que al pasear en junta de su hermano por las apacibles avenidas del parque del Luxemburgo, creía ver que las blancas reinas de mármol de esas terrazas pobladas de tristes recuerdos, se inclinaban para darle la bienvenida; para convidarlo tal vez a una cena misteriosa bajo aquellos bosques centenarios, a la luz de la luna, y oyendo «el dulce lamentar» del Polifemo que en el célebre bronce del escultor Ottin, descubre los amores de Acis y Galatea; amores constantemente celebrados por los céfiros y las fuentejillas, que no saben dormirse nunca en los brazos de sombra de la Noche, como se duermen los niños al arrullo de un cántico de Navidad, en los brazos de sus madres.... Tal es Daudet del que Teodoro de Banville ha hecho este retrato que hallaréis hermoso: «La cabeza es maravillosamente bella; la piel de una palidez cálida; las cejas, rectas y sedosas; las pupilas, húmedas y brillantes, como perdidas en un ensueño perenne; la boca, llena de voluptuosidad, ligeramente rosada; la barba, infantil; la abundante cabellera negra, derramándose en bucles encantadores; la oreja, pequeña y encarnada; en fin, un conjunto soberbiamente viril, a pesar de su gracia femenina». ¿Qué os parece el tipo? ¿No creís estar viendo una lámina a colores de un príncipe de los cuentos de Perrault? De seguro que vais esta noche a soñar con Daudet, y cómo gozaría él si lo supiera!....

En estas armoniosas colecciones se destacan las principales cualidades de Alfonso Daudet, y, particularmente, la bondad, esa amable ternura que lo asemejaba a Dickens, y que procede del recuerdo que el escritor conserva de su dolorosa entrada a la vida. En cada línea de su áureo relato podéis ver, como sobre los péta-

los de una azucena, el aljófar que se desprende de la pluma de Daudet; ese rocío de lágrimas dulces e inocentes que tienen la virtud de embellecer el dolor; que lo mismo las vierte por el hombre que por los demás seres de la Creación; verdadera simpatía universal que es el rasgo característico del ingenio de este autor incomparable. Pero sucede con frecuencia que el escritor cambia de dirección y hasta de carácter, a raíz de una violenta crisis; y que si bien no pierde del todo las que fueron modalidades de su espíritu, se advierte que las circunstancias le han modificado tanto, que apenas guarda como ligeros vestigios del semblante que tenía.... Esta fue la evolución que se produjo en Daudet durante el lapso angustioso que el Padre Hugo llamó *Año Terrible*. Después lo veremos reír alguna vez: la cigarra cantará con intermitencias las pompas del sol y las horas de la siesta, como la flauta de Pan en los campos; empero, ya no serán alegres y brillantes todos los días, los habrá en que deje el surco para ver lo que pasa en la pradera, donde las espigas se mustian, los nidos callan, las nubes, como crespones, cuelgan de los árboles.... De esta época son LAS CARTAS A LA AUSENTE, LOS CUENTOS DE LOS LUNES, EL SITIO DE PARÍS, y una serie de interesantes escenas de la Invasión, de la Comuna, del hambre, del frío y de la muerte que, por el relieve de gloria que las distingue, pueden competir con los cuadros de Meissonier y con las vibrantes leyendas de Jorge d'Esparbés. En sus últimas producciones, se revela ya el genio literario de Daudet en toda su hermosa madurez: el estilo es más seguro, el color menos subido; y a la gracia decente que era el hechizo de sus cuentos, la ha reemplazado la indignación cívica que se exhalaba en intervalos en sollozos breves, en iras santas, en rasgos de humorismo vindicativo; prendas todas nuevas de este escritor que resume en su atrayente personalidad la firmeza moral y la lealtad que con el *esprit gaulois* y el buen sentido, forman el alma fuerte, armoniosa y simpática de la Francia.

Ah!, dejad que me abandone a la blanda influencia de los cuentos de Daudet; que corra en imaginación por la pradera que al beso del sol humea como un incensario; que me regale con los azucarillos deliciosos que lleva siempre en su faltriquera este buen amigo de los niños.... Cabrita del señor Seguin, tú saltas ahora delante de mí: tú, Poquita Cosa, te lanzas a mi vista en la barca que espera en un muelle de Lyon, una mañana brumosa, y te vas remando, como un sonrosado grumete, a correr mil peligros, ya entre las ruedas de un vapor, ya en el choque con una lancha cargada de carbón, ya arrastrado por el oleaje contra los pilares de un puente. Tú, Subprefecto en el campo, te sientas en el césped florido, cerca de mí, que te estoy observando entre un grupo de hayas frondosas; y comienzas a escribir tu célebre discurso que interrumpen a cada paso los diálogos de ruiseñores,

violetas y fuenteceillas; tú, Herr Klotz, allí estás maltrando brutalmente al pequeño Gaspar, en presencia de tus escolares atorrados, porque no quería el pobrecito aprender el alemán, sino el francés de sus padres; y tú también, Tartarín, te ofreces a mis ojos, como te vieron los fastuosos horizontes tripolitanios: con tu calzón ancho de tela blanca que adornan botones de metal; tu ceñidor morisco; tu birrete rojo con la borla azul temblando nerviosamente; tu fusil y tu enorme cuchillo de caza..... Sí, mis amigos; todas estas figuras las veo moverse en ronda fantástica, con sus tipos y trajes propios, cantando como un coro de Aristófares la alegría de vivir; y más allá, en una grata penumbra del crepúsculo de la tarde, sentado en un sillón, detrás de la gran mesa cubierta de hojas manuscritas y de periódicos, como protegido por una muralla de libros abiertos, de elegantes estatuas y de cuadros de un apacible colorido, está Daudet con su faz delgada de dios enfermo, los cabellos alborotados por la brisa, las lívidas manos de falanges nudosas en actitud de bendecir una cabeza de infante, apenas perceptible en la sombra, entre una claridad vaga; asistiendo con indolencia a la muerte del sol, que se hunde detrás de las tapias de su jardín de Champrosay; y con la frente bañada por los resplendores cárdenos de su astro querido, que se los hubiera tomado por gotas de sangre que brotaran de las heridas hechas por una corona de cardos de oro..... Y esta cara, en su agonía, era irreprochable: los ojos no traicionaban la crueldad del sufrimiento íntimo; parecían dos llamas que iban amortiguándose con la calma de las estrellas al acercarse la aurora; y así Daudet se ponía cada instante más pálido, más angusto, más sutil, en su sacrificio lento, como si el resto de luz nacarada que quedaba sobre el rostro procediese de su resignación, de su dolor y de su piedad por el mundo que se creería iba a dejar....

UN LIBRO FUERTE

—Señorita, tenga Ud. la amabilidad de buscar correspondencia del Interior para mí.

La jovencita dejó el taburete en que estaba leyendo un ejemplar de la *Novela Semanal*, creo que era «El Fiscal» por Luis Cánovas, y arreglándose la falda con gracia inocentemente provocativa, me preguntó:

—¿Cómo se llama usted, señor?

Otra señorita que me conoce le dijo mi nombre, y entonces la empleada buscó en el casillero; hizo un lindo mohín, añadiendo mientras me extendía la mano blanca y primorosa:

—Sólo ha tenido usted este impreso de Quito.

—Mi interlocutora era una chiquilla llena de gracia, de ojos con humedad de agua clara, tranquila, frente limpia de flecos de cabello, combada con primor, iluminada con reflejos de oro mate, digna de un beso breve, silencioso, artístico, como de la boca del campeón mundial de la besomanía, Andrés Brulé, clasificado en el salón de baile del Casino de Biarritz como el hombre que mejor sabía besar en el mundo, por cuya habilidad este supremo exquisito fue obsequiado con un objeto de arte salpicado de diamantes, que recibió diciendo: «Estoy encantado», mientras se limpiaba la espumilla perfumada en los labios osculadores....

Vaya que la jovencita de nuestro Correo me ha dado tela para dejar ir la pluma a toda brida, apartándome del camino principal, que no es por cierto, el de la galantería, sino el de una fugaz impresión sobre un libro nacional que «vient de paraître!»

No conozco al autor, ni hace al caso el que le haya visto cerca o lejos, alguna vez. Conozco su libro de cuentos y eso me basta.

Lector, has pasado siquiera ojeada distraída sobre esos buen-

tos raros, rarísimos? Para mí, este cuentista exótico es una revelación dentro de su escuela y su técnica peculiar. Pocas veces se entra así, con envidiable pie derecho en el palenque de la crítica literaria, donde se vea cada paso, por el suelo, lanzones, corazas, brazos, piernas, cabezas tajadas a cercén y hasta tripas de quienes creyeron salir airoso y sin un rasguño, o, por lo menos, con leves heridas a flor de piel que cura el bálsamo de Fierabrás de la ilusión, confeccionado por hadas benévolas al claror lánguido lechoso de la luna y mientras canes de ojos «con destellos humanos y trágicos» ladran vagabundeando por las calles desiertas.....

La colección, casi toda, es buena, bien seleccionada, escrita con cierto ingenuo desgreno de lenguaje, con la rápida seneillez de los autores rusos que han cultivado la literatura impresionante. Al internarme en esta nueva selva oscura, he experimentado el «frisson nouveau, le rayon macabre» que Víctor Hugo, en carta a Baudelaire, dijo que éste había introducido en los dominios del Arte.....

Con este «choix» de pequeños cuentos extraordinarios, su autor se ha colocado en la luz y sólo depende de su esfuerzo personal enderezado a dirigir acertadamente sus facultades, el que broten de su pluma obras de construcción fuerte, genuinamente naturalistas, de una sola pieza, con ese sabor de terruño que nos place tanto a los que admiramos estas bellas prendas en el ingenio de Maupassant, quien, según lo expresa el fino sentido crítico de Anatole France, reúne las tres grandes cualidades del escritor francés de pura cepa gala: claridad, claridad y más claridad.

Cuando cayó en mis manos el libro ADÁN Y EVA de Eca de Queiroz, me pasó lo mismo que hoy al abrir el volumen de don Pablo Palacio. El título del primer cuento es el de toda la colección: ¡UN HOMBRE MUERTO A PUNTAPIÉS! Su autor nos dice que con guantes de operar ha hecho un bolo de lodo, que lo ha echado a rodar por las calles y los que se tapen las narices al verlo pasar, es porque han encontrado en la pelota «carne de su carne»..... Vaya que es para alterar al más flemático la afirmación anterior. Este señor Palacio parece que fuera hombre de bisturí y de un neumogástrico a prueba de malos olores. Así me expresé en días pasados en presencia de mi amigo Simonds, sorprendido agradablemente, como yo, por la aparición de este nuevo pintor de la mueca humana en sus diversos estados de psiquis, trabajo en el que son ases Poe, Hoffman, Dostoiwsky, Andreiev y otros. I el protéico periodista, fecundo como un patriarca bíblico, bohemio como si acabase de salir ungido por los aguijones de la materia y las influencias de la luna de los matorrales de la Valaquia, me observó:—«No me han dicho que le

gusto hacer mangas y capirotos del bulto humano. Me pareció un modesto joven intelectual cuando me lo presentó el doctor Homero Viteri Lafronte. I no sé más. Lo que es el librito que usted tiene en la mano es algo de lo mejor que ha producido la juventud literatizante de estos tiempos».

Estamos de acuerdo con el estimable Adolfo. Muy superior a la cursilería galante que se espacia en versálinas cantaridescas que serían capaces de enardecer, para mórbidos placeres de extravío sexual, los mármolés célebres de diosas y reinas de los museos; por encima de la abundantísima generación espontánea que viscosa, enclenque y específica invade con demente osadía los estadios amplios y soleados, a donde sólo debe acercarse la prole literaria de «mens sana in corpore sano», están siempre páginas de la factura y tonicidad de las que nos ocupamos en este artículo.

El primer cuento es de lo más interesante. ¡Con qué tino el autor conduce el hilo de la narración, hasta que nos damos cuenta de que Octavio Ramírez, murió víctima de la perversión del instinto genésico!

Ese laconico «era vicioso», abre al lector una perspectiva sugerente de pantano moral, el «por qué» de la muerte de un hombre a puntapiés por un motivo ridículo a fuerza de ser insignificante: la pedidura de un cigarrillo....

Los rasgos físicos de Ramírez, qué verdaderos, qué característicos, qué bien trazados para reproducir el tipo del degenerado, del «caso» anormal, del depravado sexual desde pequeño. Las expresiones empleadas por el autor para dar una idea del «exterior» de Ramírez, son de lo más gráficas y retráticas: grueso y de carnes flojas; busto cuyo pecho tiene algo de mujer; impulsos de arrojarle sobre el primer viandante, lloriquear, quejarse lastimosamente, hablarle de sus torturas; pavididad temblorosa de niño, de ratoncillo, de alimaña que busca la sombra espesa de la noche; ¿no estáis viendo redivivo al invertido histórico?....

La crítica tiene que aplaudir a don Pablo Palacio por el artístico desempeño de este cuento escrito con la menor cantidad de «pose» literaria, a pata llana, con algo de la sencillez de los cuentistas de la vieja Francia.

No quisiera yo sufrir una pesadilla en la que oyese el ¡chaj! de la suela de un zapato haciendo alicós una nariz larga, descolorida y sudorosa, mientras «mil lucesitas, como agujas, cosen las tinieblas»....

Los demás cuentecillos del manojo son cortados por el mismo patrón: lo exótico es el alma de la obra literaria. Así leemos, «El Antropófago», que nos hace recordar «La Vampira» de la colección de Hoffman. I cómo es terrible hasta la obsesión angustiosa la cabeza de la bestia humana, asemándose enorme, tem-

blante, medusina, por entre los barrotes de la cárcel. Comerse a dentelladas a su hijo, como dizque lo hizo Saturno más de una vez; sentir fruición intensa en rasgar, con los molares filudos como cuchillo de carnicero, el cartílago blando y oloroso del chiquitín quo se lamenta; morder con avidez un seno de mujer, duro, grande, y pendiente; estremecerse en los alentores trágicos de una cópula consumada entre los gritos del dolor que producen heridas abiertas como las bocazas rojas de los mascarones; todo esto hay en el calofriante relato del hombre-fiera, al que el autor piensa que los jueces no deben castigar, porque «eso de ser antropófago es como ser fumador, péderasta o sabio».

«¡Las mujeres miran las estrellas!» ¿Habéis oído algo más diabólicamente sensacional que este cuento? No se ha podido tratar un asunto tan propio para «enemistar con las señoras» con más tacto? Qué distancia entre los dos paréntesis! «El pecado está en no hacer nada.....» El lector por muy escrupuloso que sea, ha de convenir en que el «hecho» cuya crudeza natural es indudable, no ha podido ser narrado en una forma más conveniente. I esto se le toma en cuenta al señor Palacio para separar su saltante personalidad literaria, grave y singularmente penserosa, de la que caracteriza el cardumen de escritores jovenzuelos que ponen la monta en mojar los calamos en la sanguaza de carne que fue en vida cuerpo torneado en bello estilo, o en la linfa morbífica de repulsivas tonalidades de color.....

Paso a don Pablo Palacio, de quien me he informado a última hora que es lojano y estudiante de medicina, en la vetusta gran vía por donde van, a pie, en hombros, a trompicones o en carroza, los que prefieren la gloria con sus espinas y costaladas, a las mieles empalagosas de una vida normalmente sanchopanceca.....



CARTA LITERARIA

1929

Señora Doña

Rosa Borja de Icaza.

Presente.

Muy distinguida señora:

A pesar de que, por prescripción facultativa, se me ha prohibido todo esfuerzo mental, y, en particular, el trabajo literario que, por pesimista que sea la visión del momento, tiene goces y esplendores espirituales que anestesian el dolor, no quise excusarme del encargo que la bondadosa amistad de Francisco Manrique me daba en nombre de los simpáticos prestigios que tiene para mí la persona de Ud., hija del Maestro en letras humanas que fue un positivo valor científico y artístico y una grandeza moral de estilo clásico, que hacían del sujeto de tan altas virtudes un civilizador y una energía fructuosa al servicio del Bien....

Así, pues, dejando aparte quehaceres de poca monta y reposo obligado de mis nervios, acepté con placer la faena de verter a nuestra habla los hechiceramente moldeados versos de la señora de Noailles, que trasuntan, con elegancia de alma y devoción de artista de la rima, el pensamiento sensitivo, delicado y casto del trovador de Asís.

Cada vez que he emprendido una labor como ésta, lo he hecho con todo el entusiasmo de que soy capaz, arrastrado, por decirlo así, en la corriente de belleza y armonía que fluye de las obras

maestras con rumores castalios. Yo no sé qué encanto, qué sugestión subyugadora hay en atreverse a tocar lo que uno no puede embellecer; porque eso es traducir imperfectamente, como lo hacemos, la idea radiante que vive con ritmo de inmortalidad en el original..... Mona Lisa *posó* cuatro años ante Leonardo de Vinci, periodo en el que este genio portentoso se consagró al retrato de aquella mujer llena de gracia, de hermosura con alma a flor de labio, de alegría íntima de sentirse turbadoramente bella, de adivinarse amada..... La obra salió acabada del pincel que fulgía en acuerdo con la estremecida inteligencia de un corazón. Había, el eximio artífice, aprehendido la hechicería fugaz de esos ojos y de esa boca que sonreían de la misma manera, idealizados por sombras impregnadas de luz; sonrisa dulce, espiritual, única; guño. éxtasis y caricia con sortilegio de misterio, de otra vida más feliz bajo cielo de ensueño propicio al amor de la gloria..... I, sin embargo, Vinci no estaba satisfecho del estupendo retrato, y decidíase con pena de artista enamorado de su modelo: «¡Jamás llegaré a copiar esa sonrisa!»

Traduttore traditore, no es del todo cierto, cuando el enamorado del primor con que ha sido trabajada una de las *joyas ajenas* de renombre literario, se esfuerza con laudable empeño en darla a conocer, aunque sea exponiéndose al riesgo de aumentar los defectos y de menoscabar los aciertos. La ILIADA, en la traducción de Monti, no ha perdido el sello de grandeza de primera clase que coloca la EPOPEYA HOMÉRICA al frente de las maravillas del espíritu humano en esa segunda gigantesca Creación en que el Hombre, como imagen de Dios, sacó y continuará sacando, al través de los siglos, obras divinas de la nada con la sola eficacia de su palabra *mis au centre de tout comme un écho sonore*..... Don Juan de Jauregui, haciendo suspirar con la misma dulzura la zampón de *Aminta* de Torcuato Tasso, y Gerardo de Nerval recibiendo de Goethe este elogio: «Desde que usted tradujo mi Fausto, solo lo leo en francés», no pueden ser baldonados como traidores, porque no los determinó mezquino impulso a poner mano en las ilustres preesas, sino alto intento de la voluntad consciente de su poder, inspirada en generoso anhelo de procurar a los demás nobles y exquisitas emociones, como las que sintieron ellos al contacto ardiente de la obra bella, que los embriajó con el canto de la sirena jónica o con la invitación rendida de la Amada del poema salomónico.

No pretende un traductor artista dorar oro de ley, ni perfumar una rosa, al verter a su habla la producción de otro; es una función de simpatía, de voluptuosidad purificada que lo obliga con sus imanes arcanos a repetir bajo una presión dulce, como la de morbido brazo sensual, las mismas delectaciones que el autor primero experimentó al vivificar su obra dentro de la acción zo-

diácal del arte que, con lucés de ternura violeta y resplandores de hoguera, guía los pasos de «la tribu iluminada» y «los que desja vellones de carne en el yermo» «sin oasis de la indiferencia» «a la y padece sed de ideales» que no alivia «el vinagre de la literatura»... *abundancia en la abundancia en la abundancia en la abundancia*

«Hasta ahora me sugestionan con su patetico pelada cadencia los lindos sonetos de Petrarca y de D'Annunzio que comienzan a sonar

la que es una Tu solami piaciavi la obli elud am la obli
convalecente d'exquisite mala; no me aza en el colirio
 que son dos gotas fulgidas, caídas al soplo de la musa erótica que trisca en las carmenes, bañados por ondas azules yumorosas y, en la concavidad de las coquedades, maceradas con olores de otoño que hacen desfallecer el corazón... Hasta ahora, al repasar los pequeños grandes poemas de Heredia, que he vertido al español, vuelvo a estar sometido a la fascinación que me compungió a interpretar con voz desapacible esos cantos que no han dejado, para mí, de tener el os magna sonatorum de los nobles metales del Verso que como la estatua de Memnón, cantan triunfalmente cuando los hieren los rayos del sol del estro....

Sentido y pensado así, cómo me enorgulleciera la idea de aperibir mis moldes para vaciar la randa vaporosamente deslumbadora que la señora de Noailles tegiera con oro puro del melodioso, poverello, que, al lomo de su jumento, recorrió pálido, enfermo y exangüe las campiñas de la Italia de la Edad Media. Siempre me ha conmovido la figura dulcemente dolorida de ese Santo que el Apocalipsis anunció con estas expresiones: «He visto uno semejante al Hijo de Dios». Después de Jesús que fue, héroe y cantor de una odisea de sacrificios insignes, ningún otro de la resplandeciente pinacotea celestial es más interesante que el Seráfico llagado que platica con el lobo, sostiene justa África con el ruiseñor, en la que, reconociéndose vencido, acaricia al ave cilla canora, y a pesar de que el lumiar divino no deja de quemar sus párpados enrojecidos y purulentos, él lo ensulza con el magnífico himno «FRATE SOLE», émulo, como lo observa la Condesa de Bazar, por la vehemencia de la inspiración, del cántico de Azarías y sus hermanos en el horno de Babilonia.

Alma grande y generosa la de este monje cándido que lo amó todo con el inmenso desbordamiento de la Divinidad providente; que vivió en pleno milagro pasional sin desmayos ni preferencias, y que atormentado a todas horas con la visión de la desigualdad social que convierte la existencia de los humanos en un infierno de torturas morales, halló en su padecer cotidiano, en el martirio sublimado de su carne, concentrado elixir de poesía, patéticos desahogos de una esperanza ingénuamente melancólica que excluye lágrimas y es sólo gozoso esplendor de imágenes y sentimientos

impulsividad lírica de artista que recibió, al nacer, la facultad de poematizar el dolor.... ¡Qué hermoso es este ensayo de socialismo universal predicado a toda la naturaleza viva a sonos de salterio! ¡Cómo nos conmueve a los que somos de *veire pour gémir, d'airain pour résister*, esa exuberancia de alma clamada a toda voz con un pudor infantil, esa esquivia elegancia de escorzo que le hacía gustar la parda pluma de la alondra, porque se le asemejaba a su sayal de matiz humilde de ceniza!

Todo el que haya leído el himno sencillo y fervoroso que el Seráfico de Asís entonó en loor del ALTÍSIMO OMNIPOTENTE BON SIGNORE, no podrá sino convenir, con nosotros, en que la inspiración de la señora de Noailles ha hecho labor de opulento orfebre con la pristina materia franciscana. Las peregrinas estrofas francesas de «*LA PRIÈRE DEVANT LE SOLEIL*», están trabajadas con un estetismo habilísimo que auna el desempeño virtuoso que busca el epíteto único y bello, casi inhallable, a la airosa agilidad de ala o flecha que hiende el espacio con musical zumbido. Conocemos los aciertos de esta mano tañedora de bordones magos, y sólo pedimos que se nos perdone la osadía de haber querido interpretar su pensamiento orquestado sabiamente por su arte, como

Fanfare étincelant, élan de flutes d'or.....

Ojalá, distinguida señora, que el gusto literario de Ud., acendrado con la lectura de los modelos clásicos que no pasarán nunca de moda, porque su perennidad deriva de su excelencia, encuentre siquiera aceptable mi trabajo emprendido con la sinceridad de mi idolatría por el arte, esa porfiada pasión que es fuerza cautiva pronta a estallar dentro de nosotros quebrando las paredes que la guardan, con el peso de su incontentible dulzura. Bien quisiera desasirme de esta garra poderosa que oculta en la intimidad su acción retráctil, un femenil despotismo maníaco; bien hubiera querido hacerlo desde antes, desde que comprendí que es locura vivir y morir todos los días en primavera, cuando afuera es invierno y la lluvia parece llorar la canción de Jorge Manrique....

Ofrezco a Ud., con el homenaje de mi respeto, mi amistad muy considerada.

(f.) F. J. FALQUEZ AMPUERO.

PIERRE LOTI

A J. RICARDO PALMA.

En su casa solariega de Rochefort, el niño Julián Viaud, tenía para encanto de los ojos, lo que él llamaba su «museo». ¿Qué era éste?.... Un cuartito corrongo como un camarín, cerca de su habitación, en donde el precozmente andorrero infante había reunido todo lo que podía hablar a su imaginación de países lejanos, de tierras tropicales, de estepas deslumbradoras, de conchas, algas y fucus, de pájaros vistosos, de islas solitarias siempre verdes, de ídolos, armas y vestidos exóticos, de aromas de flores silvestres y especias enervadoras; de todo eso que vive impregnado del que llaman los marinos SABOR DE MAR: del tesoro que hay derramado con lujo de «amateur», en sus libros de viajes, entre admirables efectos de noche, de aurora, de crepúsculo, de lluvia y de sol.

Desde la ventana de su habitación, que nos hace recordar lo que fue ese raro camarote del «San Mauricio», en el libro inquietante de Rachilde,—el pequeño Julián, por encima de los vetustos tejados de la vecindad, contemplaba la natal ribera «d'ou les navires s'en vont a l'océan»; de donde debía salir, más tarde, el peregrino de Angkor y el turista galante de los harenes; y en donde el hombre provecto de hoy, contagiado de la desolación de las ruinas que ha visto, desea cerrar los cansados ojos, oyendo el canto magestuoso de las olas detrás del acantilado, en la ensenada querida bordada de espumas.... Este niño es Pierre Loti.

Las primeras líneas de una de sus más célebres obras sobre el Oriente, nos dan la explicación de su genio literario. «Yo no sé, dice, si muchos hombres han, como yo, desde la infancia, sentido toda su vida. Nada me ha pasado que yo no haya pre-

visto desde mis primeros años. Las ruinas de Siam, recuerdo que se me aparecieron en visión una tarde de abril un poco soubria».... Al oír esta confesión de un escritor que habla de un estado peculiar de su psiquis con tanta sinceridad, con tan atractiva llaneza, tenemos que creer que la vida de Loti, variada como sus viajes, en la que se ha reflejado todo el universo visible, se ha desarrollado con una continuidad sorprendente, con un ritmo isócrono que nos hace soñar en la naturaleza armoniosa de la filosofía bergsoniana, tan admirada de los espíritus de *élite*, como Pierre Loti, puro y gran romántico, excelente pintor de lo triste del mar, poeta de la «desgracia encarnizada e inmerecida, narrada con el tono penetrante de una sensibilidad compasiva».

La pasión de lo desconocido en lejanías fastuosas; una facultad singular de interesarse por todos los que sufren, por la niñita que en Damasco se hirió delante de Loti, y por los corderos que cayeron en una hecatombe pascual que no quiso presenciar en una aldea de Levante; un don superior de visión y de impresión; la virtud del paisaje idealizado por la nostalgia de lo que fue y por la evocación de vidas anteriores; un talento delicado, femenino, distinguido, para pintarlo todo; una muchacha tunecina en el puerto de Marsella, un patio morisco, un oasis, el desierto; un estilo evocador y sugestivo, y por decirlo de una vez, un azul de cielo andaluz en la paleta, son los prestigios casi únicos que caracterizan a Pierre Loti, y justifican el favor que el público dispensa a sus obras.

Si las costumbres de abordo; los ligeros amores; durante las horas pasadas en los puertos; las noches en el mar; oyendo ver surgir de las aguas nuevas constelaciones; los pescadores de Islantía; las cautivas de los serrillos en las crisis de sus ocultas neurósisis; un lienzo de cielo en el que se destacaba cúpula de nieve, de un volcán herida por la aurora del país de los crisantes; son asuntos que han inspirado a Pierre Loti páginas deliciosas de irreprochable factura; por encima de todos estos efectos mágicos en que rebosa el estro del artista en la embriaguez del aire libre y de la mancha de color; por encima de las telas macilvillosas de sus mejores libros descriptivos, el desierto y *Herusalem*, obras maestras que dan testimonio de la honda turbación y del encanto con que Loti ha visitado esos lugares famosos para el hombre pensador y sensible; está la grande y dolorida imagen de la madre, tema de suavidad virgiliana que Pierre Loti se complace en tratar con la inocente dulzura de que está impregnadas las hojas de la novela de un niño, *Un niño de la India*, una emoción filial, diario íntimo de una alma cuyos primeros recuerdos aparecen dorados por «blandas llamas rosas» y en el que el amor no existe sino en el estado de sueño impreciso.

¿Por dónde no hemos ido en compañía de este hombre inquisi-

to y simpático, de este contó demonio familiar que se decía escapado, entre una nube de incienso, de la áurea copa de la fertilísima granación arábiga, como los genios amigos de las mil y una noches? Con el comandante de la pequeña cañonera «Javelot», hemos visitado el país vasco, del cual, juntamente, es la epopeya pintoresca. Con el peregrino, lleno de curiosidad anás, que de fe, hemos caminado por las rutas monótonas de la Galilea, y sobre sus valles pedregosos, bajo la indicación del amable encantador, nuestros ojos han creído ver alzarse la dulce visión del Niño de Nazaret, medio esfumada como un pastel antiguo, entre el negro naciente de las edades que van a comenzar, «aprés la mort des grandes reves célestes»; con el tirista audaz de las vastas regiones muertas, de las tranquilas soledades imponentes, hemos hollado las arenas del Sahara, bajo la acción de lo que él llama *Pépouvant sidérase, le vertige de l'infini*; hemos asistido a una audiencia de la gran Esfinge, esa figura soberbiamente alzada en actitud de interrogar, por los siglos, el horizonte vacío; los últimos días de Prín nos ha sido dado pasarlos con el marino obsequioso, que nos llevaba de la mano por las calles de la Ciudad Violeta, cubiertas de cadáveres y de cenizas, por los bordes encantados del Lago de los Lotos, tinto en sangre de los boxers rebeldes; por las elegantes balaustradas blancas sostenidas por cabezas de monstruos fantásticos; por las galerías de vitrinas de colores, en que arden los oros del día, las porcelanas, las sedas imperiales sembradas de pájaros, dragones y nubes. Todo lo ha visto y lo ha tocado Pierre Loti: todo lo hemos visto y lo hemos tocado por él.

Pierre Loti es dueño de nuestras sensaciones, como lo es de nuestra visión individual o panorámica. ¿No hemos experimentado, más de una vez, la resignación bienhechora de una muerte apacible, en medio del dulce agonizar de la tarde, al son del ángelus, entre rosales de otoño y tumbas campestres? ¿No han derramado, en nuestro espíritu, su alegría infantil, las campanas de Navidad, en la frontera española? ¿No hemos llorado con Loti, en la plaza de toros, ante un viejo caballo muerto, en la sacna sangrienta? ¿Los gatos, esas bestezuelas elegantes y patiborias, no nos han interesado, como al bondadoso Pierre, no hemos sentido el roce sedoso de su piel inmaculada, no hemos adivinado, tras las esmeraldas claras de sus ojos, los anhelos de sus almitas barbañas? Nadie mejor que Loti ha sentido lo fugitivo de la vida, ni nadie parece que haya escuchado con más atención, que él, la urgencia exasperante del Aspal Anual de Bossuet.

Hay un libro feliz, libro de oro en el que Loti ha prodigado más que en ningún otro de su abundante acervo literario, las tesoras de su inspiración tierna, inocente y hasta santa, es el LIBRO DE LA PIEDAD Y DE LA MUERTE. ¿Qué sentimiento más humano, más noble, más eficaz que la Piedad? ¿Y qué resultado más grande, más

temido, más augusto que la Muerte? Por la piedad nos ligamos a la vida con hilos de simpatía, que mantienen en vigor suficiente el fluido precioso que salva al cuerpo de los desmayos de la materia activa; y, por la muerte que entramos, como por una puerta sombría a la claridad eterna, sabiamente graduada al espíritu que la absorbe y la asimila en una serie de ascensiones perfectientes, que tienen el impulso del nacer y la complicada economía del crecimiento? Un libro que habla de cosas tan sublimes no puede dejar de ser admirado; es una bella IMITACIÓN sin gestos ni gritos pavorosos, sin ese fúnebre dejo medioeval que está diciéndonos: *Primus in orbe Deos fecit timor*, en lugar de prorrumper en un salmo rutilante a la Muerte-libertadora, a la Muerte fecunda como una hermosa madre joven; a esa divinidad griega y cristiana a la vez, que Armand Silvestre, el poeta de los sepulcros, como Hugo Fóscolo, ha cantado en los mármoreos sonetos de LA VIDA DE LOS MUERTOS.

Leo y releo estas páginas de Lotí, y cada vez las hallo más dulces, más puras, más húmedas de lágrimas, más fragantes a óleo consagrado, como las nítidas y suaves hagiografías de Fray Domingo Cavalca, que tienen la virtud de sublimar a tal punto la mente del lector, que la sostienen por mucho tiempo como respirando en una atmósfera de místico bienestar, en que la gasa azul del cielo adquiere tan exquisita tenuidad, que el alma espera por momentos ver hasta las profundidades de sombra del Sancta-Sanctorum..... No exagero, no supongo, no fantaseo: TOMAD Y LEED. Allí hay una mina de poesía benigna, gloriosa, espiritual, que conforta como un baño de luz rosada, como la caricia de azahar que se desprende de lejanías desconocidas..... ¿Hay algo más evocador que ese «sueño», esa vaga remembranza de una mujer que bien podemos llamar con Verlaine, NI TOUT A FAIT LA MEME NI TOUT A FAIT UNE AUTRE, entrándose en la imaginación soñolienta, como «un reguero de sol por una ventana abierta», y, luego, extendiéndose discretamente con el ritmo de la sierpe que busca el ángulo más obscuro, sin comprender que va copiando la misma sombra que ocultar quería? ¿I ese despertar penoso como el esfuerzo de quien ha estado en el sepulcro por mucho tiempo, y osara de repente volver a respirar, recoger su último aliento, coordinar sus ideas dispersas, mirar sus materias disyectas; no es la más gallarda alegoría de la apoteosis del espíritu, del avatar de esta inmortal crisálida?..... ¿I el encanto tan poderoso de esos ojos de criolla que lograron extender, a través de generaciones de marinos, un reflejo de adorable simpatía en el cerebro de Lotí dormido, qué otra cosa es sino una sonorísima vibración de la afinidad a distancia entre los seres, de esta ley hermosa que Goethe estudió en otro libro, como éste, rico de verdad y de poesía?

Pierre Lotí es, ante todo, un paisajista genial, pero esta facul-

tad maravillosa que le ha valido una justa fama, no impide que su alma delicada y vibrante, cuando expresa el amor, la piedad, el ajeno sufrir, la melancólica ventura de los humildes y el dolor resignado de los animales; encuentre acentos dulcemente desgarradores, como los que consagra a un galeote que vió desaparecer bajo la estela del navío que lo llevaba a Nueva Caledonia, el cuerpillo tembloroso de un gorrión que había criado con el negro pan del presidio; y los que emplea para gemir un responso ante el tumulto de paja de un viejo gato roído por la sarna, como un mendigo anciano que ostentara la púrpura de la lepra que hizo sagrado a Job.... ¿Este privilegio singular, no es el don de lágrimas que rebosa de la obra de los místicos antiguos?

Tenemos a la vista la más reciente producción de Pierre Loti, intitulada *LA HIEVA RABIOSA*, que publica en formato grande 18-, la reputada casa editorial Calmann—Levy, de París.

Es un libro cálido y tónico, en el que por un contraste delicado, un milagro del patriotismo en el arte, Loti cambia de llave, y en lugar del dulce encanto selecto y de la melancolía sugestiva, que son sus prestigios literarios propios, nos ofrece una muestra de elocuencia civil rápida, enérgica y vindicativa, que nos hace pensar en la de Maurice Barrés, el fervoroso alsaciano de pluma candente.

Hasta aquí el capitán de navío de reserva Julián Viaud, sólo había compuesto libros de peregrina literatura colorista, como los de su bella trilogía *EL DESIERTO*, *GALILEA*, *JERUSALÉN*, y novelas de amor y de esperanza para los adolescentes y las muchachas románticas, novelas cuyas páginas, que son una caricia perenne de aromas exóticos, nos hacen añorar esas exquisitas muñecas que se llaman *Madame Crysanthème* y la oriental *Aziyádé*.... Pero, de improviso, sopla el viento huracanado de los grandes trastornos morales, suena la trompeta de este como juicio final de las naciones, y el marino animoso vuela desde la tartana en que surca las plateadas ondas del Bósforo, al puente de su buque que lo espera en facha dentro de la amplia bahía.... Así también cambió de estilo el escritor.

La colección consta de 25 artículos, todos de igual valor literario: es el preciosismo en la guerra. La entrevista de Loti con la «petite reine» de Bélgica en un modesto albergue de las dunas, es un croquis delicioso lleno de la santa poesía del sacrificio aceptado sin ostentación y con denuedo. El relato de los dos niños belgas que llegaron rendidos de fatiga a tierra francesa, y se durmieron soñando con sus madres desaparecidas en el tumulto de la emigración, comparados por Loti con dos gorriónillos que, lejos de su nido, en medio de los mares de la China, fueron a buscar abrigo en la cámara del navío almirante de una escuadra de Francia; y ese otro poemita de lágrimas que lleva el

título de «Un petit húsar», son tres idilios fragantes, tres perlas, tres floroncitos cimbrantes que Lotí ha añadido a su corona de «Inmortal»....

Por todos estos primores, es Pierre Lotí uno de los más acabados modelos que puede escoger la juventud que se dedica a las nobles y fecundas labores de las letras. Esta prosa tenuemente colorida, entre cuyas mallas de estructura orfébrica centellean, como astros, hermosos pensamientos que revelan una naturaleza sensitiva orientada hacia lo bello por Patria, Amor y Acción; este procedimiento de virtuoso que, como el del héroe de la novela «SEÑORITA DE MAUPIN», era un rendido homenaje al oro, el mármol y la púrpura (brillo, solidez y color); esta devoción, esta fiebre del numen, este encarnizamiento en el trabajo excelso, que hacen imaginar lo que sería en la Italia del Renacimiento, el antro en que roncaba el atanor del fabricante de esmaltes, del forjador de preseas; no se llega a poseer sino con el perseverante entusiasmo, que es casi una *enfermedad literaria*, de ese rey de la pluma que amó todo lo grande y odió todo lo mediocre: GUSTAVO FLAUBERT!



EL FIN DE OSCAR WILDE

Nada hay más doloroso para el espíritu que la decadencia de un bello ingenio, cuando se esperaba de él un florecimiento de ideas nobles, instructivas o gentiles. Por eso nos apena mucho el fin de Wilde, de este simpático artista de la palabra armoniosa, que estuvo de por vida enamorado de una imagen sanguinaria que vistió con toda la pompa de su imaginación efectista: la sobrina de Herodías!

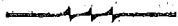
¿Conocéis el libro de Huysman intitulado *A REBOURS*; donde se cuentan con un estilo admirable las rarezas de un joven degenerado, frágil retoño de una vieja cepa empobrecida por los vicios que hicieron célebres a los monjes de Enrique III? Pues bien, la enfermedad de ese ávido *Des Esseintes* que no cesaba de idear matices, relieves y perfumes para sus flores, libros y esencias; es la misma de Wilde buscando con empeño ante las vidrieras de las joyerías parisienses aderezos y brocados para adornar el cuerpo de la perversa bailadora. En su entusiasmo de esteta sensual, le obsesionaba la visión de Sara Bernhardt, rejuvenecida por un milagro del arte, danzando desnuda en el palacio hebreo. I era tan intensa su admiración por *SALOMÉ*; que, cuando de ella hablaba, su voz aterciopelada, armoniosamente solemne, cantaba poemas en honor de su ídolo en prosa rica y eufónica, colorida y palpitante como carne sana y joven; prosa de períodos que se desarrollaban con la esplendidez de un manto de cortantes bordados de oro; habla constelado como la de Gautier que hace que uno de sus personajes sueñe con frases que son bajorelieves de colores.

Este magnífico diletante, flor exótica abierta en un suelo envuelto en brumas perpetuas que apenas dejan filtrar los rayos de un sol sin energía; este nuevo *ARBITRER ELEGANTIAE* que osten-

taba una dentadura negra incrustada de oro: este petulante ingenioso que decía a la juventud en guisa de adoctrinaria: «Que hablen de uno es espantoso. Pero hay algo peor: que no hablen»; este aplaudido escritor de libros hermosos e inquietantes, orfebre también de rimas en que el fuego de los rubíes lo atempera el pálido lunar de los ópalos; después de ser la figura más brillante de los públicos de París y Londres, de cenar a la mesa de los príncipes y de cazar en sus bosques, tuvo su «hora de tinieblas»: el vicio, que es la vía más corta del presidio, lo sepultó en una celda de Reading, en la que compuso *De Profundis*, libro místico de hondo sentir, que nos conmueve con la relación de una miseria soportada durante dos años con dignidad señorial.

Al salir de la prisión lo esperaba un castigo más atroz: el salivazo de un transeunte, tal vez de alguien que sabía de memoria sus más bellos poemas o que había aplaudido delirantemente sus novelas. Después no hizo más que vegetar, dejando ir su verba caudalosa en paliques inmortales: fue el marchitamiento exasperante de un árbol vigoroso; la caída magestuosa del sol llorado por los suspiros de las olas....

En una mañana de diciembre, trece personas se descubren ante un pobre féretro que baja de un dormitorio de arrabal a hombros de criados de hotel, que lo ponen sobre un carro cojo decorado con unas estrellas de plata oxidada. En una capilla tenebrosa de SAINT-GERMAIN-DES-PRÉS le rezan una misa gangueada por labios ingleses, sin que se vean paños mortuorios, cirios llameantes, músicas fúnebres. No hubo sino una corona de perlas bamboleando en la marcha, con esta inscripción: A MI INQUILINO. I el pequeño cortejo seguía el doloroso itinerario de todos los entierros miserables: las vastas avenidas sembradas de palacios viejos, los barrios de hambre y desnudez; más afuera, las fortificaciones, las chozas, las pocilgas sórdidas, y muy lejos, en un horizonte amarillento y en una tierra fangosa, el Cementerio....



UNA RIMA CELEBRE

A PEDRO P. GARAÍCOA.

Era la noche en que llegan los astros a la mitad de su camino, (*cum medió voluntur sidere lapsu*), como cantó ese dulce Virgilio, que el irreverente Luis de Oteiza se ha atrevido a calificar de primo, cuando ya en la Roma de Augusto era conocido por su natural esquividad con el nombre de *parthenia*, (virgen). La versión a lengua española de unos vibrantes yambos de Augusto Barbier me había quitado el sueño. La atmósfera de mi cuarto me ahogaba, y para darme aire me eché afuera seguro de que en la calle encontraría aire fresco y un amigo, o en su defecto, un «conocido», que, como yo, se hubiese desvelado por ésta o la otra razón.

Así fue. Al entrar al paseo que lleva el nombre de ese hombrón de pluma como espada de tajos luminosos que hirieron de muerte la testa soberbia de Don Gabriel y alzaron costras de úlceras en follones con charreteras, me tropecé con un antiguo camarada de aulas que hoy vive con más holgura que yo, por haberse dejado, a tiempo, de verso, prosa y más zarandajas de la neurósis literaria; dolencia incurable en mí y en otros sandios que hemos «arado en el mar» a sabiendas. Mi amigo, con todo, creo que a solas tornea su estrofito de cuando en cuando, para que los fenicios con quienes convive en esto de sacarle al prójimo tiras de pellejo, no vayan a burlarse de su escondida manía poética. Ya lo dijo Gautier en uno de sus bellos libros: quien ha bebido, beberá; quien ha hecho versos, los hará siempre; (*qui a bu boira, qui a fait de vers les fera toujours*). Mi amigo y yo pasamos mirando la figura panida que modeló Veloz y seguimos calle «Pedro Carbo» arriba. Vamos sin ir, sin camino trazado, a la casualidad de la noche

que fría es, a pesar de ser el »mes crítico«, el de la canícula..... El relente humedece nuestras caras con su vaho sutil.

Del tesoro romántico del que es arcón el recuerdo, aunque ya no somos mozarrones de ñeque y remezón, ni nadie puede decir tampoco que un amor excesivo por *ellas* nos trajo nunca a tan mal andar, como al consumado feminista que cantó «el fruto ázimo de la escondida viña negra y la saliva dulce» de Sulamita; de ese *mueble*—decimos—que-cada cual lleva consigo-íbamos sacando ensueños, añoranzas, desencantos, todo lo que fue un día y vuelve a ser por la eficacia de nuestra evocación espiritual, realidad fugaz, sombra de ilusión, temblor de ala blanca o azul que se proyecta un momento en nuestra pupila, que comienza a ver oscuro allí donde antes se hechizó con el divino panteísmo de la luz..... Recordar es, para los que tienen la dicha mutilada de envejecer, la manera de hacerse jóvenes.

I estamos en la plaza de San Francisco..... Más allá el único bulevar que tiene Guayaquil.

La charla continuaba con interés creciente. Los difuntos ilustres, aquellos que fueron ya ancianos cuando todavía éramos niños: las novias cuyas voces calló en sus labios de rosa el dedo helado del ángel de la muerte, y que hoy sólo por las tardes, alguna vez, pasan delante de nosotros, como Ofelias vestidas de blanco, hablando muy bajito de penas o esperanzas, mientras que a lo lejos el Angelus desgrana dolorosamente sus notas en las brumas del valle: nuestros padres muy cerca de nosotros protegiéndonos como un par de alas grandes, límpidas, refrescantes, una copia de la Santa Familia nimbada de esas sólidas y sencillas virtudes antañonas, cuyo aroma es ráfaga de un paraíso perdido en el que quisiéramos volver a respirar su aura tibia, comer sus manzanas no prohibidas, beber sus linfas que derramaban en nuestros cuerpillos la sana alegría de la infancia; todos estos recuerdos, agitando hasta la emoción más viva, haciéndonos gozar y padecer al mismo tiempo, acudían a nuestro cerebro insomne y afiebrado, como un enjambre de mariposas de tardo volar que el tiempo descolorió con su soplos gélidos.....

En uno de los jardinillos de la gran plaza en que se irgue esa columna Vendóme de mi pueblo; en un rincón obscuro, dos rosas como las manos de mi hija adorada que lleva ese nombre, se están mustiando que da pena verlas.... Pobrecitas. Sus dulces *anémulas* sienten el dardo de la muerte sin proferir una queja, sin sobresalto, arrojando por la herida la sangre de su redecilla de venas: bocanadas menudas de aroma que recibimos como desconocidos que nos halláramos, por azar, en el deceso de un par de niños hermosos que se duermen en silencio para no desperdiciar sino en un cielo lleno de violines.... ¡Oh, qué grato es acabarse así, sin bulla, sintiendo la caricia del aire de la madru-

gada, viendo salir, como quería Renán, el sol por el lado del Partenón.

Mi compañero, que se había melancolizado de más, recordó a Becquer y se puso a recitar en alta voz las populares «Golondrinas» que todos sabemos. Dulce y henchida de lágrimas subía por la atmósfera la rima final como música de amor traicionado y explosión de sollozos:

Pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido, desengáñate....
así no te querrán.....¡

Cerca de nosotros, unos pasos procuraban acomodarse al nuestro. Mi amigo, al darse cuenta de que nos seguían, cantó a todo pecho la tierna estrofa de Gustavo Adolfo. Volvimos la cabeza. Una mujer joven, una hija del pueblo y un golfillo con la gorra cubriéndole media cara, eran los que venían oyendo los versos, aprendiéndose quizás de memoria la última delicada rima, diciéndose cosas muy suaves a su manera, muy íntimas, recordando escenas de su vida, probablemente incriminándole él alguna traicioncilla por veleidad pasajera: un capricho de hembra mundana, como llaman entre la gente del puchero *democratizante* esas caídas rápidas en que una pizpireta de buen peso y ojazos negríssimos, amén de unos balanceos capaces de sacar de quicio a un santo, se levanta más arrogante que nunca esponjándose como la gallina luego de ser cortejada por un CHANTECLER de ocasión.....

La pareja de enamorados se alejaba de nosotros, pero iba repitiendo con voz clara la rima célebre.

Conmover así al pueblo, bajar hasta el fondo de su corazón, sacudirlo fuertemente siquiera por breves instantes al lado de la mujer querida, es el más grande de los éxitos a que el hombre de letras puede aspirar. Sólo a este precio se puede ser poeta. Lo demás es humo. Pero hay quienes, por pretender alzarse con el cetro del canto, merecen ser desollados vivos, *della vagnia dell meubre sua*, como cantó el Dante.



JORGE D'ESPARBÉS

A LUIS CASTAGNETTO.

Rubén Darío ha hecho un positivo bien a la juventud amante de la bella literatura moderna, al componer ese libro de crítica y admiración que su verba bautizó con el nombre sugestivo de «LOS RAROS». En aquellas páginas de inmarcesible prosa rítmica hemos comprendido a los sublimes maestros de la palabra ágil y armoniosa como las abejas de oro del Atica: Leconte de Lisle, Richepin, Moreas, Villiers de L'Isle Adam, Augusto de Armas, Rachilde y el maravilloso épico del cuento: Jorge d'Esparbés, que en obras magistrales ha sabido encerrar todo lo más noble y digno de imitarse de su ilustre tierra: Libertad, Honor y Gloria.

Hablemos de la hermosísima trilogía de este *raro*, de sus poemas ardientes y magníficos: «Le Tumulte», «La Légende de l'Aigle» y «La Guerre en dentelle». En estas pequeñas epopeyas vibra el espíritu grande y entusiasmador que las ha dictado; y si como en los coros esquilianos predomina lo terrible, no escasean escenas de ternura que hacen brotar a los ojos la humedad divina de las lágrimas: paginitas bien hechas, inocentes y hasta santas que trascienden a esa poesía fina y saturada de mirra que nos deleita en medio de los arrebatos de Luis Veuillot y León Bloy: lagunas de celestial transparencia por cuyos cármenes desfila una columna fúlgida de serafines cantando en sus tiorbas de marfil aires del Paraíso perdido. No exagero: todo esto hay, si se lo busca con atención, en las tres obras nombradas de este brillante autor. El metal precioso de ley no se encuentra a la mano, pues vive oculto en la entraña del cuarzo, y sólo un obrero inteligente puede sacar esas inasibles chispas primorosas a beber la luz solar.

¡«Le Tumulte»!

Todos los que habéis leído episodios de la grandiosa Revolución Francesa; todos los que aún conserváis en la mente el deslumbramiento que producen esas sorprendentes imágenes; todos los que repetís de memoria las hojas elocuentísimas de Lamartine, Michelet, Carlyle, Quinet, no imagináis talvez que existe en bronce sonoro como el de la estatua de Memmón, la leyenda más noble e interesante de la historia por sus fines altamente humanos. Las plumas que se han ocupado de narrar los hechos casi fabulosos que realizaron los descendientes de los esos temibles galos tan amantes de su libertad para quebrantar los hierros que una Corte insaciable de oro y placeres apoyada por una aristocracia orgullosa y en su mayor parte corrompida le había impuesto, no han hecho otra cosa que componer largos y hermosos párrafos destinados a pagar tributo literario a un siglo que se sacrificaba a las formas en aquella época de duelo y de constante persecución y exterminio. Pero hacer de aquellas efemérides una resurrección, ofrecerlas a las generaciones en alto relieve, pregonarlas por la trompa atronadora de Aquiles y Roldán, éso, sin que nadie lo pueda contradecir, sólo lo han realizado pocos, y entre ellos un español, el autor de los «Episodios Nacionales», y Jorge D'Esparbés, el sugestivo y conciso batallista en cuyo blasón debían estar esculpidos sobre campo de abejas y lises, un águila y un gallo, símbolos del Imperio y la República.

Hay en D'Esparbés un íntimo encanto que hace las delicias de quienes saborean sus bellos cuentos. Los de Bocaccio, regocijados y libres, los de su imitadora la incomparablemente hermosa Reina de Navarra, dejan en el ánimo las heces delicadas de la licencia de salón; pero no superiorizan el espíritu con altos ejemplos de moralidad cívica, ni nos cautivan con las divinas galas del arte moderno. En el cuento es en donde más debe procurar el escritor observar el precepto de Horacio: *lectorem delectando pariterque monendo*.

Las elegantes narraciones de «Le Tumulte» son, sin duda, en las que su autor ha trabajado con más entusiasmo. Aquellas hojas de laurel parecen agitarse al soplo rudo del huracán que descuajó la floresta real por donde en días de bonanza se pasearon ebrios de sensualidad y de orgullo, Enrique II, Luis XIV y Luis XV, dando el brazo a la duquesa de Valentinois, Luisa de La Villère y la ardorosa Dubarry. Es un libro fuerte, ingenuo y noble que no debe dejar de leerse para conservar inalterable y puro el sentimiento republicano. «Le Sueur de Sang» de Bloy es la única obra que se le puede comparar, y aún así no es difícil a un espíritu sereno e ilustrado decidir su criterio por los interesantes cuentos que D'Esparbés escribió sobre la Revolución Francesa.

¿Habéis sentido toda la belleza severa de ese hermoso cuadro que se titula «Les Femmes»? ¿No os parece asistir al episodio

de las guerras espartanas, cuando admiráis a la moribunda heroína que en bautismo de sangre recibió el viril nombre de la Jouve exhalando el último aliento, sin una queja y exprimir sus senos agotados para lactar a dos hijos adoptivos de la República? ¿Qué impresión os ha causado la victoria de los locos sobre las hordas vengadoras? ¿Ese Cristo de la Marsellesa, que desde la Cruz animaba a los patriotas empeñados en lucha horrenda bajo los árboles cubiertos de las yemas fragantes de la primavera, no os ha hecho exclamar también: «La note est au pied de la croix, monsieur l'abbé.—C'est la Patrie»? ¿Habéis leído con entusiasmo ese gallardo y expresivo cuento en que el relicario de plata en forma de granada, donde estaba el corazón de La Tour d'Auvergne, se puede decir que ganó una batalla? ¿No os ha arrancado siquiera una lágrima de orgullo patriótico el cuádrilo tierno de «Les Enfants», en el que se destaca nimada de dulce simpatía la figura generosa de *petit Louis*? No os ha deslumbrado el admirable 11° de cazadores con su gallardo cuadro de trompetas que rugían como el bóreas, cuando Marceau les pasaba revista? Merece o no este regimiento, por su irreprochable marcialidad y su valor impávido, la comparación con otro *sculpté signé Phidias*?

Todo el libro respira el ambiente de los combates y es una verdadera corona de flores griegas ofrendada en el altar donde se consumió el cruento sacrificio de la Gran Revolución. Libro magistral en el que la prosa suple ventajosamente al verso; poema de cláusulas breves y sonoras como un trueno; visión apocalíptica de la Victoria, génesis pujante de lauros, himnos y rayos: no puede envejecer nunca, porque está destinado a inflamar las almas al contacto de la llama sagrada del patriotismo.

Hablemos ahora de esa mágica «Légende de l'Aigle», verdadera epopeya en cuentos escrita con sencillez y dignidad que recuerda la manera sobria y magestuosa de Tácito, cuando describía las grandes batallas en que las legiones romanas alcanzaban grandes victorias después de luchar *todo el tiempo que duraban la cólera y el día*. (1)

¿Quién es el héroe epónimo de este que el autor califica de «poema épique en 20 contes»?—Nada menos que Napoleón, el David de ojos aquilinos a quien el viejo orífice de «Les Orientales» esmaltó en brillante pedrería el terrible *cayado* de sus hazañas; el *cabito* de los *grognards* que con él hicieron temblar la tierra en una marcha triunfal que hasta hoy no ha sido superada; el difunto sublime que bajo la suntuosa cripta de los Inválidos descansa de la imponderable fatiga que produjeron en su cuerpo casi infantil las hazañas que remató y que son tan gigantescas como las que realizaron los héroes de la antigüedad clásica bajo la protección de los dioses.

(1) *Donec ira et dies permansit*.—Tácito—Anales, libro I.

En el hermoso libro que analizamos se nota, desde luego, un ardiente apasionamiento por todo lo que se relaciona con el Vencedor de Europa; y aún en los pasajes horripilantes por la crudeza de la matanza de hombres, el escritor vierte, no las lágrimas del dolor, que son una muestra elocuente de la sensibilidad personal y una inocente protesta contra las injusticias del destino, sino las vistosas flores del entusiasmo por los triunfos de la fuerza, cuando los prestigia el reflejo eterno de la gloria.

Abro el libro, y una claridad viva, como la que se precipita sobre la persiana de una alcoba que ha estado cerrada, deslumbra mis ojos. El primer cuento se intitula «Trois Soldats», y, en mi concepto, por su encantadora sencillez y su moralidad patriótica es de los más interesantes de la colección. Después, vienen a paso de carga, a la manera de una bandada de águilas, los que se llaman «Enfant d'Apollon», que es la apoteosis del enorme tambor mayor Salandrouse; «Mon Plutarque», sublime ejemplo del valor estoico del conde subteniente que sufre la amputación de un brazo y la muerte sin exhalar una queja, leyendo su libro favorito: las vidas ilustres del escritor griego; «Les Vainqueurs de la fin», elegía henchida de piedad y despecho ante el sacrificio de los *Maria Luisa*, que al caer la tarde, sobre el campo de batalla, ofrecían el aspecto de una plantación de lirios segados; «Fixe», ese lienzo épico en que el bravo Lasalle a la cabeza de sus gascones, que aullaban como cancerberos enfurecidos, encontró en la ruta que conduce a Berlín un húsar sangriento y desarmado que, en el delirio bélico, cargaba a puñadas contra un enemigo invisible; «Le dernier tambour», relato lastimero de las penalidades del Gran Ejército que, al toque fúnebre del parche batido por un niño de alma esforzada, se reúnía bajo los estandartes desgarrados por las balas y el hierro para contemplar *les yeux froids de l'Empereur*; «Les Criniers», visión terrible de morriones franceses adornados con penachos de cabellos de mujeres españolas; «Un et indivisible», elogios de la disciplina de un modesto soldado que prefirió exponerse a todos los efectos de la ira de un rey prusiano, antes que renegar de su fe a la causa del Emperador. ¡Qué diremos de ese maravilloso relato que tiene el fuego y la armonía de una rapsodia de «La Iliada», en el que una madre incomparable, de ojos *comme deux soleils*, angusta suicida bebe con su hijo la ponzoña que también mata a ocho rosacos del Ural? ¡El águila armipotenie saliendo del vientre de un caballo muerto en la estepa? ¡Napoleón acudiendo, después del saqueo de Burgos, a pasar una noche con su guardia que le prepara una estufa de emperador con joyas valiosas, cuadros de Goya y Velásquez y encajes de marquesas; y Duclou condecorando a su padre, viejo granadero de las primeras guerras de la República, en presencia de Napoleón atónito ante ese sublime espectáculo; y como remate digno de esta arrebatadora leyenda, aquel inmortal

grito del abismo que resonó en los oídos de Wellington con estas palabras perdidas en la inmensidad del vacío lúgubre: «Oigo gritar...oigo gritar ¡Viva el Emperador!»

En nada inferior a las dos obras que dejo al paso analizadas es la que D'Esparbés calificó de *réponse a l'accolade* en su dedicación a Coppée. Es también un poema épico en veinte cuentos, como la que está destinada a elogiar las victorias del primer Imperio; pero en este libro elegante no se pintan héroes rudos y sencillos de cara de ciclope, ni mujeres del pueblo como la Jouve y la estóica villana de Soisson; sino guerreros de la madera de ese famoso mariscal de Luxembourg que se vanagloriaba de que sus enemigos no podían saber si era o no jorobado, porque *no lo había visto nunca por la espalda*, y damas bellísimas como la Pompadour, *fine como un oiseau lointain*, que no desdeñaba el bajar de su carroza de nácar para enviarles un beso perfumado de galante estímulo a los que se hacían matar por su amado Luis.

Nada más hermoso que esos garzones delicados que apenas oían el hostil eco del clarín guerrero abandonaban la peonza y la raqueta para empuñar la espada de guarnición de oro y pedrería y seguir tras de la bandera blanca, que nunca quedó rezagada en el campo del honor. *La Guerra en dentelles* es un espejo de las brillantes cualidades que adornaban a los descendientes de Bayardo y Duguesclin.

En el primer cuento que lleva el epígrafe de «*Lex deux carros*», se destacan la figura atlética del cochero Stentor, que con voz oceánica hacía agitar los pabellones, y la de ese heroico señor de Pontchartrain que, aunque inválido y anciano, tuvo la ocurrencia de hacerse llevar al combate en su carroza que volaba bajo una lluvia de bombas, como si corriera por las deleitosas avenidas de Versalles. «*Carnaval*» es una égloga que tiene por escenario un campo de batalla, una verdadera pastoral del Tasso en que se mezclan cadencias de estrofas olientes a tomillo y silbidos de balas. «*Mission*» parece un episodio de los poemas caballerescos de la Edad Media, de esa inolvidable época que Verlaine llamó enorme y delicada. ¡Qué cuadro tan bello al par que emocionante! Un pequeño ejército francés sitiado por fuerzas de todas las naciones y lo que es mas horroroso por un enemigo formidable: *l'infanterie blanche, les bataillons silencieux du froid, de la neige!* Situaciones tan épicas, tan bien descritas, tan sugerentes, sólo las puede presentar bajo esta forma breve, novedosa y bella el genio de Jorge D'Esparbés, que si es un consumado paisajista, no es menos excelente en el arte de pulsar las fibras sensibles del corazón humano.

Dijimos que D'Esparbés es un notable paisajista y bastaría a cimentar esta nombradía la sobria y casi retrática descripción del sol en el cuento que lleva este nombre. Aquel trozo admirable pa-

rece escrito con la pluma de Juan Jacobo Rousseau. Un hermosísimo cabrilleo de luces cae sobre alcores, techos, esplanadas y hasta sobre el plumaje de las aves al emprender el vuelo desde el campanario en ruina o el árbol lozano. Todo en este relatito que es una joya primorosa se ofrece humedecido de un aljófar de oro. Otro tanto podemos decir en alabanza del cuento alado y multicoloro que se llama «Les Uniformes». Siempre el mismo derroche de luz alternando con sombras magistralmente distribuidas. ¿Cuándo termináis la lectura de estas dos narraciones cortas y lindas, no os parece estar viendo *au loin le jour emportant son soleil égorgé?*... Esos uniformes carnavalescos contra el reglamento «hechos de banderas enemigas», no despiertan el más vivo interés a la imaginación fantasista del lector? La descripción para que sea efectista debe constar de las menos palabras posibles y sólo de las precisas. Por esta cualidad son tan estimadas las risueñas pinturas virgilianas. D'Esparbés es concentrado y exacto en sus descripciones, por eso quedan largo tiempo grabadas en la mente.

Para concluir el incompleto estudio sobre los méritos que enaltecen la personalidad literaria de este escritor que las musas francesas vieron morir joven y rico de las esperanzas de que era ánfora bella esa cabeza que, como la de Chénier, guardaba algo, mucho adentro, reproduciré lo que sobre tan insigne prosador dice Rubén Darío: «D'Esparbés ha elegido el cuento, este género delicado y peligroso que en los últimos tiempos ha tomado todos los rumbos y todos los vuelos. La prosa, animada hoy por los prestigios de un arte deslumbrador y exquisito, juntando los secretos, las gallardías artísticas de los maestros antiguos o los virtuosísimos modernos, es para él, un rico material con que pinta, esculpe, sueña y maravilla. Batallista de primer orden, conciso, nervioso y sugestivo, supera en impresiones y sensaciones de guerra a Stendhal y a Tolstoi, y si existe actualmente quien puede igualarle—alguno diría superarlo—en campo semejante es un escritor de España, el Pérez Galdós de los «Episodios Nacionales».

RENÉ VIVIANI

A LUIS VERNAZA.

Este ha sido para Francia un año TERRIBLE por las pérdidas que ha sufrido entre sus figuras más destacadas en el campo del saber. Hánse doblado, como grandes corolas tropicales, las cabezas de Anatole France, divino ironista filósofo; Pierre Loti, amenísimo evocador de paisajes que fueron y de melancólicas situaciones del espíritu; Camilo Flammarion, hábil «literaturizador» de la astronomía, cuyo entusiástico cariño por Mireya, hija de Mistral, lo llevó a transportarla al firmamento; Pierre Luis, el popular autor de «Afrodita», libro de la más intensa idolatría feminista que inunda al lector del fresco aromadó y vívido de la antigüedad griega... No hace mucho que el cable nos anunció que la muerte había sellado con su eterna mudéz los labios elocuentes de René Viviani, uno de los más prestantes defensores de la Democracia. La Gran República Europea está sufriendo una irreparable despoblación de hombres superiores.

Michélet, al hablar de Vésale, médico de Carlos V., lo hace en estos términos: «Je dis héros. Yl fallait l'être pour triompher de tant d'obstacles». Tal era en mi concepto Viviani: un héroe de la acción oportuna y fecunda, una voluntad rectilínea que iba derecho a su objeto buscado con ardor y lógica, desde el ambiente apacible del gabinete.

En un famoso discurso académico de don Carlos Calderón, he leído estas expresiones calificando de modo exacto a cierta generación de reformadores del país vecino por el Norte: «Si como a tales puede hacerse algún reparo, es el de haber pretendido hacer por sus propias manos la obra del tiempo, que tiene

la propiedad de no andar más a prisa, aunque se adelanten los relojes de la Catedral de Straburgo y de San Pablo de Londres. Hacer las reformas en su hora y con mano resuelta, es prueba de una visión perspicua, de una mente ecuaníme y de una energía consciente y resuelta. De otro modo, el ideal se malogra, tiene un fugaz esplendor de fuego fátuo, y después, rápidamente, desairadamente, sobreviene la tiniebla espesa que borra toda orientación sugerida vivamente por las aspiraciones de mejoramiento del espíritu humano. En política la aventura es una «espuesta» por la que se escapan esperanzas a prueba de infortunios, conllevados con firmeza y valor morales. Si el hombre es dueño de una voluntad enderezada al bien por una inteligencia razonadora, tampoco puede prescindir, en su labor perfiiciente orientada a la consecución de venturosos fines de la comunidad, de las modalidades imprescindibles del medio y del momento. Ya Gambeta, columna poderosa de la República en Francia, condenó esta aspiración en la fórmula sencilla: «No todo se puede hacer en un día ni en cualquier día».

Viviani ha sido tachado, sin razón, de ser de extraordinaria valentía cuando lanzaba al público sus discursos llenos de fuego, de fe y de patriótico desenfado; pero de falta de estas viriles prendas cuando sobrevenia el «minuto de oro» de proceder en armonía perfecta con sus palabras. No es así, si estudiamos con serenidad la psiquis de tan ilustre hombre público. Bajo la malla de la epidermis ardía una llama constantemente alimentada por una firmeza discreta. Así fue como en los primeros luctuosos días de la «revanche», en 1914, su voluntad y la de Poincaré coincidieron como dos charnelas: cuestión de buen sentido racial, inspiración salvadora de situaciones conflictivas. Doumergue, actual presidente de Francia, quería que se investigara si en las filas de los ejércitos teutones había uniformes austriacos. «No», dijo Viviani, el hombre a quien se le suponía incapaz de «maitriser» sus nervios, es bastante el apoyo a los invasores». Y el representante de Francisco José, recibió sus pasaportes. Otro ejemplo de decisión es el de oponerse a la idea propuesta por algunos colegas de Gabinete que querían salir en autos por una puerta de París, mientras desembocaran por otra las cabezas del ejército de von Kluck, que avanzaba incendiándolo todo como una torrente de lavas. «No daremos este espectáculo. Si es preciso partir, nunca será a la manera de fugitivos». Y así se hizo. El Gobierno dejó la Capital en orden y con los honores que le correspondían. Viviani no se mordía la lengua, dice uno de sus admiradores, cuando era necesario hablar la verdad. Ese valor más esforzado que el que «se ríe de la muerte y se arroja a las espadas», es el que distingue al verda-

dero estadista, del diletante que solo tiene ideas vagas de la naturaleza y operaciones de la ciencia del gobierno.

De todas las figuras reunidas a las márgenes azules del *Le-mán*, después de la gran guerra, la de René Viviani es la más gallarda por la franqueza y acierto con que juzgó algunas deficiencias de la Sociedad de las Naciones. «Si Perú y Bolivia se desgarran entre sí, ha de ser Francia quien vaya a separarlos? Y si Grecia y Turquía se hacen pedazos, hemós de exigir a América que intervenga?» Al oírlo expresarse con tanta cordura como sencillez, no ha de haber faltado quien recordase que de esa guisa, con tal «sprit», acostumbraba hacerlo el viejo cazurro de Frederishrue en algunas circunstancias de su agitada vida pública, como cuando dijo refiriéndose a los asuntos baleánicos: «No valen un sólo hueso de un soldado de Pomerania.»

«Permanezcamos en la tierra», clamaba en medio de los teorizantes platonianos que, en Ginebra, pretendían matar la guerra con artículos de tratado. Viviani sabía como varón de ciencia y experiencia, que a los pueblos, lo mismo que a los hombres, se les educa y no se les obliga con violencias o amenazas, ni se los trata de moralizar con desplantes de innovación contraproducentes; pues así no se conseguirá a firme desarraigar antiguas costumbres que obedecen a leyes fatales como el hábito, el medio y, sobre todo, el ancestro, factores para cuya desaparición lenta y segura destierran, los sistemas educativos modernos, la concepción ineficaz y se inspiran, por el contrario, en suaves procedimientos culturales. El profesor Ferri es uno de los más notables tratadistas de esta materia y sus doctrinas han hallado favorable acogida en todas partes donde el espíritu de reforma obra fructuosamente desprovisto de odiosos caracteres coercitivos. Eduquemos el mundo, decía Viviani, sometámoslo a una fuerza moral y así evitaremos los violentos ademanes de los pueblos, como se evitan los violentos ademanes de los individuos. Palabras son estas que descubriendo están en su respetable autoridad al político de alto coturno, no al que se calza las sandalias aligeras de Mercurio de pega para ir de un barrio a otro de la ciudad.

Por eficiente que sea el núcleo de nuestros hombres de acción, no rebajemos ni excluyamos de la gestión política a base de preparación sólida, de sinceridad probada y de energía sin asomos de imperio, a nuestros hombres de pensamiento y de verbo. Ellos constituyen el más brillante prestigio que podemos presentar ante las miradas del mundo civilizado, que condena todo lo que es agrio, predatorio, «prusiano», y sólo rinde homenaje a la inteligencia cultivada para el bien y regida por una voluntad perseverante. Entren al palenque el mayor número posible de actividades fructuosas, no se aparten a pretexto de que casi siem-

pre brotan cardos allí donde se dejó la semilla que halaga con la elcosión de una flor; antes bien resistan con ánimo a prueba de reveses las diversas faces, algunas veces favorables y las más contrarias, de esta pugna honrosa por el progreso y el bienestar de los pueblos. Genuinamente entendida no hay gimnástica más digna de las fuerzas del ciudadano que la política, ni tema de más elevada consideración que ella, «higiene de las naciones» y arte de las artes. Arrimen el hombro a esta obra patriótica los más decididos, aquellos que iluminados por las luces de la civilización moderna se han emancipado de las añejas normas, que si tuvieron su hora de influir en la conciencia humana, pasó su época para dar cabida a nociones cónsonas con el vivir actual de las sociedades en la más rica y compleja de sus estructuras. Hagamos, pues, la acción cada día más noble y científica, más existiana, si se quiere, toda vez que esta función cívica no es pujilato a muerte, ni están proscritas de ella la misericordia y la justicia.



LA PENA DE NO SER HOMBRE

NOTAS A UN LIBRO RARO

A MODESTO CHÁVEZ FRANCO.

No me acuerdo quién me preguntaba, en días pasados, si había leído la obra de acre sabor naturalista del notable CHRONIQUEUR que se oculta bajo el ya popular pseudónimo de «El Caballero Audaz», y cuyo nombre de sugerente modestia es «La pena de no ser hombre»..... Hasta entonces no conocía yo esa novela corta *vertement* concebida y echada a luz; pero hoy sí; por eso, con toda sinceridad, paso a esbozar una impresión de su lectura.

Obras de la riqueza emocional de la que me ocupo, se recomiendan por sí solas como un alcalóide de avasalladora virtud dormitiva, para hablar también la lengua de Molière; como un licor capitoso que no deben probar labios ávidos para cerebros débiles. Libros así necesitan llevar en lo alto de la primera página en blanco, a la manera de un cartel clavado a un poste cercano a un «vórtice que crispa», la advertencia que Lorraine, con laudable probidad de escritor, dirigió a todos los que se determinaran a leer, por primera vez, las artísticas páginas de acerbidad tónica de su «Monsieur de Phocas».....

Nolli me tangere. Pasa de largo, sin siquiera mirarme, lector que no gozas del beneficio de paladar y estómago enérgicos en la medida que el libro lo exige; que, leyéndome, te inocularías locamente altas dosis regeneradoras de tu morbilidad catuliana, con perjuicio de la elemental moralidad de tu ANIMULA que se iría de brucees al infierno de espirales rojas, azules y verdes de los «paraísos artificiales»..... No me leas, anciano cartujo: lee-

me, mujer de la chapa de las que hicieron las delicias de los filósofos griegos; mujer de los nervios de esa seductora Thais que, en la divina novela de France, es tipo de belleza, esplendor, pasión, neurastenia, de toda la gama de prestigios de qué es capaz el cuerpo femenino en el ápice de la sensación.... Léeme, varón que vives bien hallado con el yugo de oro del amor que te imponen, entre zalemas y zarpazos, Onfales y Herodías: sí, léeme tú qué te tomas de solo a solo con las novelas de psicología, galante de Octave Mirbeau y de Marcel Prevost; con los idilios y elegías de Chenier, truncados como maravillas de la plástica antigua soterradas durante siglos y vueltas a la admiración del mundo bañadas por el beso de luz blanca de la Hélade eterna; léeme poco a poco o de un tirón, como quieras y puedas, jovencillo, penseroso que sedas la red de pulsaciones asiebradas, salvajes, tal vez inocentes, sin duda derivadas del ancestro, con los opúsculos eróticos de Montesquieu, las cartas apasionadas, de la «Julia» de Rousseau y los desahogos del inmenso Diderot.... Un actor de robusta entonación lírica, lo mismo que un libro escrito con sangre del espíritu, como aconseja Zaratrústa componerlos, no deben tener otro PÚBLICO....

Bien. ¡La pena de no ser hombre!.... ¿Quién la sintió? A cualquiera se le ocurre que a un hombre, a un espécimen adámico que, por circunstancias tales, experimentó el gran dolor moral de no ser o de no parecer, un individuo de su género. I bajo este último punto de vista—el más triste—gira el argumento de la novela que me ha inspirado estos renglones, que escribo sin la vanidad de imaginar, siquiera que se los pueda estimar como un intento de crítica. Son impresiones de una primera, lectura hecha, como todas las de su clase, dominado por la novedad del argumento o por la magia del estilo. Así, pues, nadie espere de mi pluma sino fugaces anotaciones al margen de un libro nuevo, como ya hubo quien las hizo al margen de los libros viejos, con el arte consumado de su fina observación *gauloise*.

Que el hombre sienta pena honda, hondísima, pena reforzada con la idea de lo que pudo hacer siendo lo que conocemos por «un hombre», es natural; y de compadecerle es porque sufra esa indecible tortura que le roe la existencia con la insaciable voracidad del huitre prometeano. Ahora, que haya quien sintiéndose muy capaz de jugar el fructuoso rol de hombre, y así lo desempeñe sin la aparatosa suficiencia que, o es signo de depravación o síntoma de un recóndito mal inconfesable; y que por este honroso encógimiento, la maledicencia le baldone con los epítetos de apocado y menesteroso de virilidad, cuando no le prenda en la espalda el inri de las perversiones monstruosas; todo esto, lector amigo, es para quitarle la razón al más cuerdo, si no se la deja la diabólica providencia que sigue nuestros pasos con tenacidad

de fiera fámelica, para que se dé cuenta de que la vida así es un suplicio a base de refinada sevicia....

¿I ¿por qué no puede, una mujer, sentir también la pena de no ser hombre?.... Hemos oído, más de una vez, brotar de labios femeninos esta exclamación intensa, confusa, inexplicable: «¡Como fuera hombre!».... ¿Qué quiere expresar la mujer que tal dice?.... Lógico parece, a primera vista, que el sér nacido para la inmola-ción en aras de la supervivencia que le fue otorgada a la huma-nidad, como prenda segura de su fecundo trabajo perficiente, deje escapar, entre hipo de sollozo impreciso, un anhelo que es como el enunciado de un misterio de su alma.... Pero dejemos digre-siones y volvamos al asunto.

El caso que nos absorbe es concreto: un hombre experimen-ta la pena de que el mundo crea que no lo es; y a fe mía que, en este dolor humano, demasiado humano, hay un sedimento de amargores que no son capaces de extinguir las escasas gotas de almíbar con que la mano invisible del destino de cada individuo mistifica los bordes del vaso de la vida cotidiana....

Julio Escobar, niño como hay muchos, eriado al amparo de las faldas maternas con un exagerado mimo de hijo único, es el tipo de la infelicita en grado que despierta una viril piedad hacia quien se vió condenado por la pública opinión a pasar por mujer, cuando era hombre....

Julio, modisto y transformista consumado, se hacía admirar con el nombre de Ramuncho de Rossi. Producía la ilusión de una danzarina famosa con voz de sirena. Su cuerpo de elegancias fe-meninas, era objeto de las hablillas intencionadas de los mismos que le aplaudían a rabiár, cuando aparecía en las tablas de los principales teatros madrileños, bailando su obra favorita, su crea-ción coreográfica más espléndida: la «Danza Oriental». Imitaba el gesto, la ligereza y el gracejo de la mujer incitadora, con una fidelidad sorprendente, hasta el extremo de que no faltó admira-dor que creyera que ese busto de irreprochable factura; esa espalda algo musculosa, de lácteo blanco; esos brazos ágiles y gordozue-los; esos ojos negros y rasgados, eran los de una fémica bella y vi-ciosa, de una guapísima «estrella» de la época, y no de un hombre hecho y derecho, tan varón que hizo exclamar a su querida atóni-ta de oír a los que dudaban de la masculinidad de Julio Escobar: «Es más hombre que ustedes.... ¡Si lo sabré yo!»

Sin embargo, el mundo no creía lo que aseguraba Magdalena Brenón. Julio era para la generalidad un invertido genial. Na-da valieron, para deshacer tan funesto prejuicio, ni el lance con el linajudo que desde la primera fila de butacas le escupió este san-griento denuesto: ¡Zaraza!, ni el varonil comportamiento que des-plegó matando a su querida y al amigo desleal que la sedujo, quan-do esa mujercita zalamera y ardiente constituía el único encanto,

el más dulce solaz del artista célebre, del hombre joven y robusto que odiaba el vicio y sólo rendía culto a su arte, ese arte llevado por él a la perfección y que fue causa de su lamentable infortunio,

Para convencer al público de su error y ganarse fama de hombre, Julio concurría a farras estrepitosas, en las que bebía, fumaba y corría la berbena con hembras mercenarias. Pero todo era inútil, porque el mundo no estimaba tales pruebas, sino como una mascarada, como desplantes de efecto para ocultar la vergüenza moral de no ser hombre.....

El lector comprenderá el calvario de esta alma que compró sus triunfos, sus alegrías, al precio de lo más caro y digno de respeto que tiene el hombre: el honor de serlo y parecerlo ante la agena opinión que nos hace y modela a su antojo.....



LA DEL ALBA SERIA....

A TOMÁS R. GRANADO GUARNIZO.

Hoy, como en la madrugada de casi todos los domingos, me eché a la calle para gozar de la sana alegría de andar a esas horas, cuando el paisaje de afuera consona con el de adentro, porque en ambos hay ecos de júbilo y despertar de un sueño venturoso. Es el día por excelencia, el día del sol dominguero; el más bello y musical de todos, día de misa tempranera, de pascua para el espíritu apesarado por el contratiempo de la semana, de cántico de campanarios, de olor a flores recién abiertas, a sabanas impregnadas de equívoco aroma....

Paso por una estrecha callejuela suburbial semienvuelta por gasa blanquecina que comienza a dorar una larga pincelada de la aurora. Los gallos saludan esa luz vaga y dulce, mensajera de otra claridad más precisa que llegará pronto como un hermoso presente del buen Dios, que en su reino de ARRIBA está de fiesta.... En la mitad de la calleja, hay una casita verde como un arbusto de abril, cuyas ventanas—apenas son dos—están cerradas. De la casita se escapa el adagio de una sonata en LA tocado en el piano, con sentimental hechicería, por alguna mujer enamorada y caprichosa que ha madrugado para disipar las zozobras del insomnio erótico con las sedaciones del silencio, de la frescura y de la música.

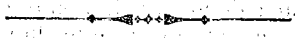
El gendarme de guardia en la esquina de la callecita, acurrucado junto a la puerta de la casita armoniosa como una ortofónica, se despierta al sentir el ruido de mis pasos, y, saludándome cortésmente me pregunta con malicia:—«¿Conoce, señor, a la que toca? Dicen que es una viuda linda. Anoche—me contó la

criada, que es mi amiga y paisana— ha llorado como una bebe, porque se le murió un canario que cantaba a la ventana todo el santo día....»

Despédime del «chapita», obsequiándole un par de «grillos» para que hiciera la mañana, y me alejé pensando en la viuda misteriosa, bella y artista que llora por una avejilla que se murió tal vez de un mal desconocido entre las blondas de su corpiño de seda lila; que tiene la ocurrencia de tocar al piano un aire melancólico, suave, evocador de una de esas arrobadoras brisas de los jazmineros en flor, bajito como una confidencia de pecadillos amorosos que están reclamando la absolución de un sacerdote poeta, benévolo y galante; y que es lo más probable que no se acuerde ya del marido que, desde el retrato, en el saloncito hermético y elegante, la está observando con su mirada soberbia, magnética, negra, en espera de que lo trasladen al desván para no importunar a la que, perdida como la onda, ha buscado quien la consuele de una pérdida tan común en la vida....

A chorros se derramaba por todas partes la luz del sol de invierno. Ya no percibía los ecos gratos de la sonata en la. Me acordé del pajarillo expirando en el seno abrigado de la linda viuda desconocida, y luego repetí a media voz el verso catuliano tierno como un suspiro que se escapa sin trasuntar la magnitud de la pena que lo causa:

Lugnete, o Veneres, Cupidenesque.....



DOBLE VENGANZA

AL SR. DR. LUIS PEÑAFIEL.

El pueblo de Miani, en Florida, ha sido testigo de un drama de sangre y venganza horripilante. Allí, lector amigo, ha pasado algo que sólo se les hubiera ocurrido a Poe, Hoffman o Nodier en sus momentos de inspiración fantástica. Cuando lo leí experimenté el *frisson nouveau* hugiano; y, de botones adentro, me dije: «El mundo moral contramarcha. Volvemos a la edad de hierro del talión. La justicia social está de capa caída».

Un degenerado que se llamaba Guillermo Ward, se enamoró perdidamente de la encantadora señorita Máxima Nelly, la misma que era la prometida del joven Ted Gosh. El criminal, que alimentaba en secreto una violenta pasión, decidió cumplir, de cualquier manera, los urgentes deseos que le sugería la depravada naturaleza. I así lo hizo.

Un día que los novios andaban de paseo en automóvil, Ward los esperó a la entrada de un túnel, donde había estado escondido; y, revólver en mano, les exigió que lo recibieran en el carro detenido ante la amenaza del bandolero.

Ted Gosh estaba desarmado y no tuvo más que ceder. Una vez en el auto, el malvado obligó a su inerte rival a que siguiera el rumbo que le indicaba, amagándole siempre con el arma en guardia. Habían caminado algunos metros, cuando el asaltante adoptó la resolución final de su tenebroso plan de lujuria y exterminio. Dos tiros en la cabeza del pobre Ted, lo libraron del inmenso dolor de presenciar el brutal ultraje hecho a su novia....

El atentado no terminó con el sacrificio moral de Máxima. El terrible Guillermo, para evitar que se descubriese su doble

crimen, resolvió cometer el tercero: matar a la joven que acababa de padecer las injurias de la salacidad del bandido. Cuatro balazos la dejaron tendida en el piso del carro. Después, Ward se marchó paso a paso, satisfecho de haber saciado sus instintos de sátiro homicida, con la tranquilidad de un hombre de bien que regresa a su hogar después de las faenas cotidianas.

Pero la víctima no había muerto. Un auto que pasó por el sitio de la tragedia, recogió a Máxime y la condujo a la población, donde estuvo dos meses postrada en el lecho del dolor. Curada al fin, contó detalladamente el desarrollo de los lamentables sucesos que hemos narrado, y como conocía el nombre de su victimario, lo reveló a la justicia, la que hizo detener inmediatamente al criminal.

Ward, no sólo confesó con cinismo su triple crimen, sino que, al hacer el recuento de sus fechorías, daba muestras de un mórbido placer sensual, al mismo tiempo que se lamentaba de que la Nelly hubiese recobrado la salud. Tamaña monstruosidad aceleró la acción de la vindicta pública, que se tradujo en una sentencia de muerte pronunciada por los tribunales. El asesino debía ser ahorcado.

En el momento de expedirse el veredicto, tuvo lugar un episodio emocionante: el padre de Ted Grosh, un honrado labriego de 45 años de edad, se levantó de su asiento y con voz vibrante y serena pidió a los jueces que le concedieran el derecho de ser el verdugo de Guillermo Ward.... El tribunal accedió a la terrible petición del señor Grosh, mandando que al día siguiente se ejecutara la sentencia.

El cura de Miami, al saber que Ward perecería a manos del padre de una de sus víctimas, escribió al señor Grosh una carta llena de sanos consejos para disuadirle de ejercer las tremendas funciones de verdugo. Entre otras cosas le decía: «Concédame que le recuerde que semejante manera de pensar no puede ser la de un hombre cristiano; pues no hay que olvidar que Cristo murió en una Cruz para enseñarnos a perdonar».

El afligido padre, en el vértigo de su pena, contestó al buen cura de esta manera:

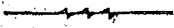
«—¡Perdonar! ¡Qué hermosa palabra! Pero los que esto escriben, no saben lo que escriben. Yo los pondría en mi lugar y entonces veríamos si pensaban de igual manera. ¿Ustedes saben cuáles son mis sentimientos y mi dolor? Yo sé que todo asesino es cobarde. Yo sé que Ward temblará cuando vea el nudo corrido en mis manos. ¡Esa es la ofrenda que quiero hacer a la memoria de mi desdichado hijo: recrearme en el terror del asesino en los instantes que preceden al momento de la muerte. Perdonar! «Cristo murió por perdonar», me ha escrito el cura de este pueblo. ¿Pero el cura conoce mi dolor y mi indignación?»

En los momentos de angustia infinita, cuando en la soledad de la noche cierro los ojos intentando vanamente dormir, percibo, con la mirada del alma, una visión: un hombre colgando de una cuerda, cuya punta se encuentra sujeta entre mis manos. Ese hombre es Ward, el cobarde asesino de mi hijo y ultrajador de Máxine. En medio de mi desdicha, viejo, enfermo y sin mi único hijo, esta visión y esta esperanza es lo único que me conforta, y sólo vivo esperando el momento en que la escena que tengo en la imaginación del instante aquel de la muerte del asesino, se convierta en realidad».

La *vendetta* corsa no es más implacable que la cólera santa de este padre infortunado que, a solas, pensando en el triste fin de su hijo, joven y querido por una mujer bella, adorada por él, puede repetir las tiernas palabras de Gertrudis en el 5° acto de HAMLET: «Esperé cubrir de flores tu lecho nupcial, pero no tu sepulcro.....»

No dice la crónica si se llevaría a cabo la inmensa represalia del señor Grosh, quien parece no ignorar que el gesto mortífero y vindicativo del verdugo puede revestirse de una aureola de belleza, si el acto reúne ciertas condiciones que, con elocuente desenfado, expone ese gran creador de misterios que se llama Rafael Cansinos-Assens en un hermoso y original libro que he leído en estos últimos días.

Raro, rarísimo es el caso, que supone en el sujeto un estado anímico singularmente afectado por el dolor. Pero ya lo hemos visto. Un padre pide ser el verdugo del matador de su hijo. Cualquiera se inmuta sólo de imaginar que puede el destino presentarle una presa así. Pero el señor Grosh no. Antes bien, se da cuenta cabal de la grandeza trágica, de la máscula energía de su misión; y pide que no se le defraude una esperanza, que no se le prive de una visión que es lo único que lo conforta en medio de su infortunio. Este padre es de madera corneliana. Tiene proporciones gigantescas. Ahora, lo que falta conocer es si el dominio sobre su red nerviosa fue tan completo que se desempeñó con la artística sangre fría de aquel otro verdugo, de quien se llegó a decir en su elogio, que cuando ahorcaba lo hacía con tal primor que daba ganas de dejarse ahorcar por él....



GOMEZ CARRILLO

Escribía una cróniquilla volandera, cuando de repente entró un joven, y me dijo, nervioso: «¡Murió Gómez Carrillo!- Escriba algo para ese otro «inmortal» que nos deja».

Sin soltar la pluma, parodiando á Camillo al saber el fin de Mirabeau exclamé: «¡Qué simpática presa la que hace la muerte!» Cuando todo el mundo asiste en París a las fúnebres pompas reales del Príncipe de la Crónica, aquí, en este rinconcito cálido como un nido, pintoresco como un sotillo, un niño me pide «cuatro palabras» para el gentil artista difunto..... I allí van sinceras, modestas, estas pocas frases que, en mi respeto por la memoria del maestro, quisiera que tuviesen el prestigio, la magia, la armonía de las páginas que el noble escritor guatemalteco consagró a la Grecia eterna.

Nadie como él supo decir las cosas más bellas en un lenguaje hechiceramente sencillo. Bordonero incansable, fue por todas partes encantándose con los mirajes del camino, derrochando la incansable alegría de andar calzada al pie como la sandalia de Mercurio, con el corazón y los labios henchidos de la ambrosía de las palabras suaves que no se olvidan nunca..... Creo que para Gómez Carrillo, la más grata recompensa como escritor galante la interpreta la célebre profecía de Jorge Sand al cantor de Rolla: «Las mujeres del porvenir serán tus hermanas y tus amantes». ¡Qué mayor gloria, qué homenaje ritual más dulce que entrar a la inmortalidad en brazos mórbidos de rosa!....

Ahora que la realidad de la vida es más grosera para los que aman la poesía sagrada del ideal, feliz el que se va como él desde París al Olimpo, llorado por lindos ojos negros o azules, pero todos queridos, todos llenos de la divina gracia irresistible.... Una muerte así no causa dolor, sino más bien una pena atenuada, una tris-

teza apacible como la del cielo y la tierra a la hora que el sol se pone en los cementerios.....

¡Salve, mágico prodigioso de la prosa! Lutecia, que acostumbra a enterrar sus muertos bajo la ceniza de un cigarro y usa respuestas de «calambur», ya puede olvidarse de tí, que la amabas con la locura que supieron inspirar las damas elegantes que en la época de Luis XIV se pulían los cuerpos como joyas..... Tu féretro, a estas horas, ha de parecer una góndola negra empavesada de flores, mientras tu alma, como un blanco vapor de incienso, llega a la mansión tranquila de los Campos Elíseos.....



Discurso en los funerales del Sr. Dr. Dn. Numa P. Llona.

Señores:

En la calma esplendorosa de esta mañana que recuerda las de Atenas embellecidas por los reflejos azules del Archipiélago; cuando esta colina santa se ofrece a nuestra vista bañada en el oro vivo de la luz de encantados espejismos, y de los sitios discretos que sombrean los sauces melancólicos, nos hacemos la ilusión de que llegan, con la brisa tibia de nuestros inviernos, influencias dispersas de las voces queridas que se callaron bendiciéndonos; nada más religioso, más digno de los antiguos ritos moratorios, que esta peregrinación de póstumo desagravio a la tumba de un gran poeta.... Saludémosla, señores, que allí, dentro de la urna de mármol rebullen, al vibrar de mi palabra emocionada, las cenizas del noble lírico que se durmió en el seno rosa de la fusa, ebrio de la ambrosía de sus Sonetos!

Cada vez que cae en la fosa uno de estos luchadores del ideal, una de estas gallardas columnas del templo de la sabiduría humana, percibimos uno como inmenso batir de alas, y el éter acusa en su diafanidad misteriosa un exhudado de zafir: el vuelo pacible del alma! Pero si algo se va, también algo queda; si el espíritu se remonta a su foco, el recuerdo de sus hechos grandes perdura abajo, en donde la estirpe proscrita se acendra en los risoles del dolor humano. Sócrates desaparece entre las angustias del tósigo, y su filosofía triunfa; Homero muere de inanición, sus poemas resuenan inmortalmente en el tiempo; Galileo sumerge en el martirio, y el mundo en un temblor perenne está

acreditando que el sabio tuvo razón sobre sus victimarios; Colón espira cargado de cadenas, y la América joven, rozagante y coronada de mirtos como una nereida del coro de Anfitrite, es el más elocuente testimonio de la excelcitud del genio latino inspirando al hombre. Aceptemos, pues, resignados lo que nos dan y quitan nuestros difuntos célebres. Es así como se forma ese magnifico resultado que se llama Progreso. ¡Laudos sean quienes dejan en la tierra la huella de su planta convertida en surco de opima germinación!

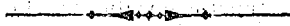
Honremos siempre la memoria de nuestros Civilizadores, no con el exagerado funeral que revive la obsesión dolorosa de la Edad Media, sino con fiestas ingenuas y expresivas, como la que aquí nos congrega; con un remedo siquiera de esas sencillas solemnidades fúnebres que la dulce filosofía ática tornaba en visible lección de lo que es el postrer viaje que emprendemos desde la sombría ribera de la existencia terrena, con rumbo a las playas dilatadas de ultra-tumba que adivinamos emergiendo, como un orbe nuevo, en medio del bello panteísmo de la luz eterna. ¡Cómo consuelan la natural aversión de la materia viva por los horrores de su anonadamiento, estas piadosas romerías a la ciudad de los muertos; cómo se complace la mente transportándose al tiempo heroico de los expresivos sacrificios consumados en el viejo cementerio del Cerámico, al pie de la colina en que alzaba el Partenón su intercolumbio de jaspes dorados, en una clara tarde perfumada con el hálito de los rosales y henchida con el ardoroso canto de las cigarras; cuando el sacerdote en alba vestidura talar, como la evocación viviente de un personaje de los coros trágicos, rocía la huesa recién cubierta con «el agua de una fuente inmaculada»! Todo esto es hermoso, leal, humano; pero cuánto no apenan esas ceremonias de un naturalismo repugnante en que triunfa siniestramente el negro en el canto, en el traje, en el templo y en el espíritu atribulado que compadece. Oh, extravío a los difuntos....

El tránsito tan temido por la sensibilidad que nos liga a la vida y a sus afectos no es, señores, la inmersión absoluta en el «oscuro pozo del Nihil», ni un castigo decretado por la Divinidad que confunde a todos los seres en el inmenso regazo de su amor; es un viaje, como ya os he dicho, el más grave, el más profundo; es una iniciación, casi una deificación! Es por esto que exclamamos hoy, ante esta lápida en que hubiera podido esculpir el burlil de los artistas helenos uno de esos temas de noble resignación que admiramos en sus célebres estelas: ¡LOS POETAS NO MUEREN! Son los ausentes ilustres, respetables; los santos de la devoción nacional, los dioses lares a los cuales se les debe pedir que protejan la ensa, que honren con sus sombras venerandas el sagrado de la cámara en que la familia descansa del afanar del día,

que bendigan la mesa en que se come el pan de la concordia y se bebe el vino que alegra el corazón..... Esta creencia, señores, esta tradición honesta, fortifica los lazos de la familia y engrandece a los pueblos. Es la fe de la tumba.

¡Noble Llona, como Dante con su perfil severo, ceñido de las sacras ramas, ondulando la túnica a los vientos del trópico, me parece verte entre nosotros de regreso del Infierno, a donde te llevó la piedad, hacia el Paraíso, a donde te espera, bajo un zodiaco de estrellas, Bentriz, símbolo celestial del Estro que crea, perpetúa y sublimar!.... Y no sé por qué, señores, me viene de nuevo a la imaginación, la idea de que me hallo en medio de un funeral ateniense, entre su pompa grave y serena. Algo invisible, como un dedo níveo, toca mi frente y abre mis ojos a la ensoñación de una magnífica apoteosis en la Acrópolis, en sus Propileos llenos de luz, bajo sus domos blancos..... Y la oración brota de mi pecho apasionado: creo ver a Minerva en guardia sobre el monte clásico, empuñando su lanza flamígera, calado el yelmo en que despliega las alas su ave favorita; mirándonos celebrar este sacrificio homérico, se puedo decir que inspirando el rito; y yo, extático, reverente, dirigiéndole, con lágrimas de entusiasmo, esta súplica;

¡DIOSA DE LOS OJOS VERDES!, protége al bardo difunto!



EL DOMADOR DE PALOMAS⁽¹⁾

[De "Primaveras" de Jorge de Esparbés]

El pequeño Cocotli era indudablemente el hombre más listo que se haya conocido, y también un taimado e ingenioso domador de palomas, lo que se llama un ladino hasta la punta de los dedos. Además, conocía a maravilla los secretos de su arte, y ambidiestro como era, sabía con incomparable serenidad ocultar al público más inteligente cualquiera falta de detalle que se le escapara.

El tacto y el brío de un virtuoso se adunaban en este sér espiritual, sugestivo, extraño; pero de un virtuoso secretamente hastiado de su arte, de un artista cansado de vegetar en la órbita estrecha de la tradición. Así, por ejemplo, cuando él de pie cerca de la orquesta lanzaba al público sus diez o doce pichones, como se deshoja al viento una rosa blanca, no hacía otra cosa que imitar a los maestros del gran arte. Cuando decía a su favorita, una dulce torcaz de cola de pavo real: «Vete a posar en la espalda de la más amante», repetía servilmente la misma tirada que se oye en todos los circos insignificantes de provincia. Estos manoseados ejercicios no salvaban su vanidad profesional, sino por la irreprochable elegancia con que los ejecutaba. Aquello se podía calificar un milagro del juglarismo.

Cocotli se exhibía en una feria que rodaba de aquí para allá

(1)—El notable batallista que ha sabido trasladar a su prosa fácil y coloreada el arte consumado de Horacio Vernet, el príncipe de los pintores de la guerra, como para descansar de las arduas fatigas que le impusieran esos admirables cuadros que se llaman: «Leyenda del Aguila», «El Tumulto» y la «Guerra entre Encajes», ha compuesto, valiéndose de los suaves pinceles de Gessner, estos bellísimos idilios llenos de luz y frescura, y sobre todo del inimitable *sprit* galo, que es sal de saber y también hierro vigorizador de la sangre joven que mueve en aladas vibraciones los nervios de la literatura moderna.—N. DEL T.

en las grandes festividades de Francia, atreviéndose, algunas veces, a pasar el mar. Durante su juventud el salario que se le concedió fue indispensable para satisfacer las reducidas necesidades de un pobre número, pero al cabo de quince años de esta vida de vivac, al raso, nómade, Cocotli reflexionó un día en su destino:

El momento de cortar por lo sano había llegado, y se dijo:

—Vamos, esta vida no puede durar más tiempo. Ya son quince años que hago los mismos gestos y declamo una sosa partería que se ha vuelto insufrible. Estoy literalmente atascado, y corio peligro de que el público no me halle a la misma altura. Pronto lo oiré exclamar: «Bah! eso es más viejo que el mundo». I me tendré que marchar a paso de polka.

Cocotli se estremecía al razonar de esta guisa. Era la muerte de su porvenir.

—En los comienzos todo el éxito era mío, no me puedo quejar. ¡Qué olfato! ¡Qué tino! Mis palomas obedecían como los soldados de Bonaparte. Pero el público vive de impresiones y hay que dárselas siempre nuevas. Mis cajas de doble fondo, mi saco encantado, mi varilla de Jacob, mi pólvora efectista, él los conoce tanto como yo. Mis tórtolas POMPADOUR que distribuyen anillos misteriosos entre las doncellas, y aún mi pichón disparando su cañoncito, le fastidian hondamente. Lo siento, lo veo así. Por otra parte, ese mecenas veleidoso de los artistas, no me aplaude como diez años antes. Cocotli amigo, es necesario buscar otra cosa.

Esa misma tarde el infatigable adiestrador de pájaros presentaba al dueño de la feria su dimisión en forma.

—Buen viento, dijo el patrón encogiéndose de hombros. Pero desconfiad de la ambición, Cocotli. He visto más fuertes que tá, sucumbir a la versatilidad parisién. Les bastó una noche.

Cocotli se marchó con su pajarera y no se volvió a saber de él.

París era el sueño dorado del artista. I allá fue.

Un año estuvo encerrado con sus palomas en un humilde cobertizo de Grenelle. Al cabo de este tiempo, muy campante por las calles de la ciudad inmensa, vióse trajinar un «inglés» vestido a la DERNIÈRE. ¿Sabéis quién era? Cocotli el domador de palomas que se hace llamar ahora Crown-Vogel.

Parisienses, ojo al telón!

El escenario del "Folies-Bergère" representa un paisaje desolado.—A lo lejos la campiña parece dormida en un amanecer brumoso.—Es el invierno. En primer término, un árbol de ramajes negros.

De improviso estallan furiosos ladridos y un enjambre de aves sale de los bastidores. Una, dos, tres, diez, veinte, treinta, cincuenta, un largo FROU-FROU de alas llena el ámbito iluminado del salón, y formando grandioso círculo regresan lentamente a descansar en las ramas desnudas del árbol.

Entonces aparece el cazador. Vedlo con su gorra redonda de astracán, chaleco de terciopelo, carabina en balance. Crown-Vogel es un mimo genial. Al presentarse con ese traje exótico, el estupor se apodera de la sala. No es el aspecto del fusil del cazador lo que la sobrecoge de terror, es el arma vedada del asesino. Crown se detiene: paf! cae una paloma. Pun! allá rueda otra. Las bestezuelas se desploman pesadamente y el masín las recibe en la trompa para ir luego a dejarlas a los pies de su amo. Ni un estremecimiento se advierte en aquellos cuerpecitos inanimados al chocar en el pavimento. Las descargas se suceden y la rampa se cubre de víctimas. El perro incansable ostenta en triunfo una tortolilla pendiente de una patita en su boca inflamada. La última detonación fue larga y cruel; algunos estremecimientos más, después nada. Todo se ha reducido a una docena de tiros certeros mezclados de ayes desgarradores y ladridos furiosos. El buen público protestó de esta carnicería de inocentes, y las señoras abandonaron llorando los palcos. Diríase que iba a estallar una tempestad de silbidos. Oh!, noche espantosa!

Pero en el mismo momento de la catástrofe la escena cambia bruscamente. El cazador de innoble sonrisa, cansado de su criminal tarea, reposa en un banco. De sus manos hartas de sangre se escapa el morral lleno de cadáveres de palomitas, que cae con flojo ruido. Duerme. Su cabeza en balance sobre el pecho es horrible como la de Medusa. Hombre injusto, cuántas vidas has segado por el placer inútil de matar! Pero la nieve te va a castigar. Sí, la nieve inclemente te cubrirá de sus blancas mariposas desde las botas hasta la gorra.

Neva. ¡Qué frío, gran Dios! El enemigo de las aves, se despierta congelado. Quiere levantarse y sus miembros ateridos no se lo permiten, la sangre se ha solidificado en sus venas. Cae. El público, siempre generoso, no deja de interesarse en la suerte del ingrato cazador y hasta se diría que le compadece. Este comediante remeda sublimemente el dolor y es de ver cómo tiemblan entre angustias de miedo las finas dentaduras de las señoras al contemplar los sufrimientos de Crowd-Vogel, luchando por desasirse de los tentáculos del pulpo de hielo. Es que ese hombre sucumbe, es que la muerte se acerca implacable, se la adivina, se la

palpa. Sí, para esa cabeza verde, para esos ojos verdes pidiendo socorro, es la muerte que avanza PÉRFIDA COMO LA ONDA, lenta, pero segura, atrofíadora. la muerte glacial, la de los conquistadores del polo. Metremecimientos torpes, reflejos..... un brazo que se alza a la manera de un mástil destrozado que sobrenada..... todo ha concluido.....

Pero no, no todo ha terminado, porque cuando el brutal cazador iba a rendir su alma manchada con la sangre de todos esos seres delicadísimos, el grueso morral se mueve....., la vieja tapa de cuero se levanta....., y asoma el pico de un ave. Es un conocido «labrador» que, advertido del peligro en que estaba su verdugo, vuela presto hacia él. En seguida se lanza sobre Crown-Vogel un turbión de palomas de todas las variedades: ahora es un pichón «corbata», luego otro moñudo de soberbio continente, a los que van a reunirse ese que ostenta airosa corona mosqueada y un lindo regordete de pechuga que escarmina la brisa fría de la noche. I la mochila no cesa de vomitar alas y más alas en precipitada fuga. Resucitan y parten en socorro del infortunado enemigo, ¡Caridad eterna de los seres débiles! Esas piadosas almitas han vuelto a sus miembros de filigrana para salvar a su matador. ¡Loado sea Dios!

Prendidas ahora a los vestidos húmedos de Crown-Vogel, ellas, que todavía se resienten del ardor de las heridas, abrigan ese cuerpo amoratado y casi yerto con sus plumones dulces y cálidos. El cazador se presenta revestido de una como armadura de alas protectoras. Alza un brazo o toma el fusil y al punto acuden media docena de impolutas torcaces que convierten el arma asesina en un cayado. Anda y como tocadas por una varilla mágica sus piernas se vuelven blancas. Ninguna de esas vistosas diminutas existencias que están allí como soldadas para cubrir el cuerpo de Crown, mueve el más insignificante plumoncillo. Es un vestido deslumbrante de mil colores vivos y linsonjeros tejido de plumas blondas, lilas, azules, sangrientas, pajizas, nacaradas, de pichones y tórtolas amantísimas que arrullan y acarician a su domador querido, enseñando—lo presumo porque el artista era un sutil filósofo—que si es un deber salvarle la vida al prójimo, es mil veces más humano y bello correr en auxilio de nuestro enemigo.

El asesino de pájaros dejaba la escena como un fantasma vestido de sus víctimas, y pienso que si las lágrimas locas de las mujeres que saludaban la magestuosa despedida de Crown-Vogel no honraron la noble e ingeniosa lección de moral que pasaba ignorada en el deslumbramiento del espectáculo, la salva delirante de aplausos de todo un público recompensaba mejor al exímio fantasista e incomparable domador de palomas.

Crown-Vogel hizo fortuna en poco tiempo, pero ésta duró lo que las rosas del poeta: en un mismo día perdió todo su dinero y enloqueció. Fué preciso recluirlo en un asilo y vender sus palomas; las que pasaron a ser propiedad de un desconocido Simpson. Cuando meses más tarde nuestro personaje dejó la casa de salud, el brillante artista era un anciano, un ÉPAVE.

Sus palomas andaban por Austria trabajando bajo la dirección de Simpson, y era vano empeño tratar de rescatarlas. Entonces, ensayó adiestrar otras, pero como había perdido la memoria desistió de la empresa, y dejando su nombre de cartel volvió a tomar el de Cocotli para improvisarse COLOMBOPHILE. No fué más dichoso en su nuevo arte el viejo domador de palomas, era necesario poseer algunas aptitudes y no bastaba amar a los hermanos pichones como él lo hacía. Cocotli dejaba morir de hambre a sus alados discípulos, y esto no convenía.

La miseria sobrevino al fin y aquello se volvió espantoso. Las buenas gentes del Ingarejo a donde se había retirado Cocotli, le veían salir a la hora del Angelus, triste, cubierto de harapos, arrastrando su pierna anquilótica, pero lleno de resolución, casi augusto.

Ultimamente había llegado al villorrio un circo de algún renombre. El viejo Cocotli leyó el cartel y se dispuso a concurrir a la representación anunciada. Un travieso lo sorprendió llorando, mientras el pobre viejo se hacía LA BARBA a la luz de su ventana.

Todo el pueblo entraba al circo a contemplar la maravilla del día, el famoso Simpson, discípulo del no menos aplaudido Crown-Vogel.

Simpson apareció en la pista. Era un GENTLEMAN. Cortesías a derecha e izquierda, vítores por todas partes, al tiempo que del fondo de su gorra de astracán brotaban en profusión, y con qué gracia! lindísimas palomas hasta el número de cincuenta que, en un momento poblaron el ambiente del delicioso zumbido de sus alas.

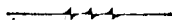
Allá, en un rincón de las galerías, se agitaba un hombrecillo que seguía con entusiasmo los menores detalles del programa. Era el viejo Cocotli, que al ver los giros encantadores que describían las cincuenta palomas, se dijo para sí:

—Buen número. Digno de Crown-Vogel!

Silencio. Ansiedad. ¿Qué hacen las palomas revoloteando por encima del anfiteatro? ¿Qué pasa entre los de TERCERA?.....

Ah!, bien. Espléndido! Es un espectador el objeto del escándalo, un viejecillo bondadoso que se ve asaltado por una legión de palomas que le acarician, le arrullan, le quieren hablar algo íntimo, le buscan entre los andrajos el corazón. Son las discípulas agradecidas que han reconocido a su antiguo maestro en la

muchedumbre, y se van tras de él, sin obedecer a las insistentes llamadas del GENTLEMAN que comienza a enrojecer de despecho. Entonces los de PRIMERA se levantan, aplauden a rabiar, invaden las graderías. El público divertido llega hasta el anciano de la apoteosis y con visible satisfacción le despiende una a una las amorosísimas palomas que se aferran a ese miserable gabán. La policía interviene para sancionar una nueva injusticia: el viejo Crown-Vogel es expulsado del circo, porque aún le amaban sus palomas, y el pueblo le ve impasible hundirse en la noche llorando su gloria perdida....



Crown-Vogel hizo fortuna en poco tiempo, pero ésta duró lo que las rosas del poeta: en un mismo día perdió todo su dinero y enloqueció. Fué preciso recluírlo en un asilo y vender sus palomas; las que pasaron a ser propiedad de un desconocido Simpson. Cuando meses más tarde nuestro personaje dejó la casa de salud, el brillante artista era un anciano, un ÉPAVE.

Sus palomas andaban por Austria trabajando bajo la dirección de Simpson, y era vano empeño tratar de rescatarlas. Entonces, ensayó adiestrar otras, pero como había perdido la memoria desistió de la empresa, y dejando su nombre de cartel volvió a tomar el de Cocotli para improvisarse COLOMBOPHILE. No fué más dichoso en su nuevo arte el viejo domador de palomas, era necesario poseer algunas aptitudes y no bastaba amar a los hermanos pichones como él lo hacía. Cocotli dejaba morir de hambre a sus alados discípulos, y esto no convenía.

La miseria sobrevino al fin y aquello se volvió espantoso. Las buenas gentes del lugarejo a donde se había retirado Cocotli, le veían salir a la hora del Angelus, triste, cubierto de harapos, arrastrando su pierna anquilótica, pero lleno de resolución, casi augusto.

Ultimamente había llegado al villorrio un circo de algún renombre. El viejo Cocotli leyó el cartel y se dispuso a concurrir a la representación anunciada. Un travieso lo sorprendió llorando, mientras el pobre viejo se hacía LA BARBA a la luz de su ventana.

Todo el pueblo entraba al circo a contemplar la maravilla del día, el famoso Simpson, discípulo del no menos aplaudido Crown-Vogel.

Simpson apareció en la pista. Era un GENTLEMAN. Cortesías a derecha e izquierda, vítores por todas partes, al tiempo que del fondo de su gorra de astracán brotaban en profusión, y con qué gracia! lindísimas palomas hasta el número de cincuenta que, en un momento poblaron el ambiente del delicioso zumbido de sus alas.

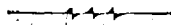
Allá, en un rincón de las galerías, se agitaba un hombrecillo que seguía con entusiasmo los menores detalles del programa. Era el viejo Cocotli; que al ver los giros encantadores que describían las cincuenta palomas, se dijo para sí:

—Buen número. Digno de Crown-Vogel!

Silencio. Ansiedad. ¿Qué hacen las palomas revoloteando por encima del anfiteatro? ¿Qué pasa entre los de TERCERA?....

Ah!, bien. Espléndido! Es un espectador el objeto del escándalo, un viejecillo bondadoso que se ve asaltado por una legión de palomas que le acarician, le arrullan, le quieren hablar algo íntimo, le buscan entre los andrajos el corazón. Son las discípulas agradecidas que han reconocido a su antiguo maestro en la

muchedumbre, y se van tras de él, sin obedecer a las insistentes llamadas del GENTLEMAN que comienza a enrojecer de despecho. Entonces los de PRIMERA se levantan, aplauden a rabiar, invaden las graderías. El público divertido llega hasta el anciano de la apoteosis y con visible satisfacción le despiende una a una las amorosísimas palomas que se aferran a ese miserable gabán. La policía interviene para sancionar una nueva injusticia: el viejo Crown-Vogel es expulsado del circo, porque aún le amaban sus palomas, y el pueblo le ve impasible hundirse en la noche llorando su gloria perdida....



ERNESTO NOBOA CAAMAÑO

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas.....

BECQUER.

I así fué.....Sabía yo de sus dolores físicos, de sus angustias morales, de los íntimos fulgores intermitentes de su alma que se quemaba como mirra dentro de frágil vaso; y, sin embargo, la muerte de este amigo queridísimo, que fue un poeta de verbo fresco, dulce y hechicero como la esperanza, de sonos límpidos como el chorro castalio, de hondo sentimiento humano como un gemido del arpa de oro de Sully Prudhomme, todavía me parece una triste ilusión de mis sentidos, un imposible dentro de las instabilidades reales de la vida, en cuya *selva oscura* fue Noboa Caamaño un ruiñeñor exquisito, cuyo trino deleitoso, sin acometer notas agudas y violentas, se hizo escuchar entre el gorgoeo infatigable de voces sin encanto, de corazones sin emoción comunicativa.

Ernesto, como le llamábamos quienes le amamos todavía por sus altas dotes de vate y de *vir bonus*, prefirió a las sonoridades y resplandores de la existencia calibanesca que mariposea dentro de un *frac* por los salones, la *lúrea mediocridad* que tanto placía al lírico de Venuso. Un espíritu suave y expansivo, una inteligencia amplia y serena como el cielo de la tarde mística que evoca su ya popular soneto, un pecho que fué caja de músicas afectivas, unciosas, ricas, sencillas hasta la extrema bondad del *poverello* de Asís; todo esto había en el estuche delicado, de donde la mano implacable del Ángel de la Muerte acaba de sacar la joya de luces divinas.....A tan hermosas prendas había

que añadir un amable sensualismo del dolor, el tedio propio de toda criatura bien nacida, que se transparentaban en sus ojos tristes y nostálgicos y en la aflictiva inclinación de su cabeza.....

Del talento de Noboa Caamaño, de su saber, de sus virtudes varoniles, de su sinceridad honda y clara como un lago sobre el que no sopló nunca la brisa de la envidia, de su amor por la patria que él quería grande de verdad, ilustrada y fuerte a toda prueba, de su veneración por los maestros y de su afectuosa lealtad con los amigos, *se habló siempre, pero en voz baja*; de sus errores, polvo del camino que sacuden las alas para volar; de los defectos, que es lo humano, efímero, lo de *tierra baja*, de esto, sinó hay, ya habrá quienes los publiquen en miserable bando difamatario.

Hermano muy amado; ojalá que al resolver la eterna duda del monólogo shakesperiano, que fué muchas veces tema de nuestras conversaciones en inolvidables y penosas veladas, hayas encontrado, al fin, vida exenta de dolores inconfesables, de aspiraciones insatisfechas, de tinieblas que llevan a golpes de caída y cicatrices de suplicio.....Ojalá, Ernesto, que en vez de la corona de espinas del poeta, sientas en la frente el tibio beso del halo glorioso; y que, como lo querías en la tierra, tengas la celestial limosna de «unas manos buenas y unos ojos tristes».



A PROPOSITO de un verso de Virgilio

AL SR. DR. ENRIQUE GALLEGOS N.

DIALOGO

Sunt lacrimae rerum.

Si las cosas son capaces de llorar—según Virgilio—es porque se las cree dotadas de una alma blanda, sutil, triste, pudorosa, si se quiere; y ya en este sentido compuso una croniquita adorable María Piedad Castillo, hablándonos del alma de las joyas que parecen añorar, nostálgicas, las orejas, el cuello y las manos de alguna mujer bella y elegante que las llevó por el mundo cautivando con el brillo de las gemas primorosas.

Sí, señores, las cosas tienen su alma, como cada uno de nosotros tiene la suya. Pero aquellas son almitas y las nuestras, almas más grandes. Cuando un cintillo de brillantes deja el pecho mórbido y sonrosado en que destelló por largo tiempo, para ir a amortiguarse sobre una «tabla» ósea, amarillenta y magra, entonces aquel prodigio de fulguraciones gime por las noches en su estuche; y, un oído experto, puede sorprender esos lamentos en el «boudoir» de la fea linajuda que adquirió la joya sólo por vanidad. En cambio, la sortija de esmeralda que se enroscas como viborilla al dedo de una mano rafaelesca, denota su alegría, su orgullo, aumentando el raudal de sus brillosos magos.

—Y ¿a dónde va a parar todo este chorro de fuegos cegadores? Yo no creo en almas ni en almitas, sino en una gran

alma colectiva, luminar de esplendores morales armoniosos que guía los pasos de la humanidad al través de los desiertos de la vida. Por ende, ese llanto de las cosas me parece pura fantasía de poeta romántico. Las lágrimas—como ya lo cantó Bartrina—no son sino secreciones del saco lagrimal. Con lo que está dicho todo.

--No combato tu prosaísmo, porque está muy lejos de causarme frío ni calor. Tú no crees en almas ni almitas; pero reconoces, amas y formas parte de lo que llamas la gran alma colectiva; y esto significa ser dueño—quizás sin darse cuenta—de una alma no como todas, de una alma de un tamaño apreciable...

--Basta de piropos que acabarían por convencirme de que he soltado una estupenda barbaridad.

--No acostumbro «piropear» sino a las mujeres, y esto cuando son; por lo menos, guapas. Lo que noto, con pena, por la falta de lógica, es que no admites la existencia del alma del hombre ni la de esa otra pequeñita, ática, gemebunda o canora, como un mirlo invisible que aletea por dentro de las cosas; pero te das el lujo de creer en que hay una alma colectiva, algo así como la columna de fuego bíblica, una enorme fuerza conductora de pueblos; y si piensas con tan plasmante libertad, con tan novedoso criterio, tienes que no hacer fiska de los que aseguran que todo hijo de Adán, inclusive tú, lleva una alma en su almario: y que, por una risueña extensión espiritualista sin rescancias eternas, limitada a su paso por el mundo, las cosas también tienen una llamita interior que las anima. Asimismo, sería de mal efecto, entre gente culta, que prosigieras maltratando al que vió llorar las joyas, al que oyó conversar a dos chanclos, o al que sorprendió a un clavel de fuego haciéndole la corte a una rosa blanca que se cabeceaba de vergüenza en su tallo. El que tiene ojos para ver estas escenas debe ser creído por su palabra y nada más. A mí también se me antoja lo que pudiera ser una alma de grandores capaces de empujar a la humanidad hacia adelante...

--Estamos ya de acuerdo. Tú ponle alma a lo que te parezca, que yo haré lo más cuerdo: hurtar el cuerpo a todo conato de disputa entre los dos.

--No sería disputa, sino discusión. Y ya que me facultas a dar «soplo de vida de mi boca»—para servirme del Sagrado Lenguaje—a todo lo que yo quiera, te diré que el «chorro de fulgores» de que hablaste en un principio, iba enderezado a infiltrarle una alma a nuestra querida ciudad natal, alma encantadora, si lo permites, «alma colectiva»; pero, en todo caso, alma... ¿Recuerdas los óleos y aguas fuertes de nuestra urbe que compuso el poeta Silva, no el de «Nocturnos», sino aquel que se arrancó

la vida cuando comprendió que no le amaba la chiquilla veleidosa en que había puesto sus miradas? Son de una verdad, de un colorido, de una precisión admirables. Malecón nocturno, calle Villamil, barrio de San Alejo, quinta Pareja, can del turgurio, tarde frente al Puerto, sois de aquí, de ninguna otra parte, de esta ciudad de ceñidor de cerros, de alegres casas de madera que el fuego devora con sensualismos de monstruo enamorado, de la ciudad «pequeña y mía» . . .

Ya ves que las ciudades también están dotadas de alma, al igual que las fuentes, las casas cerradas, los árboles vetustos, todo . . . París o Madrid no la tienen para mí, por muy bellos que son; la han de tener para parisienses y madrileños. Estos, como yo, dirán que las ociedades de Fontainebleau, los bulevares «a giorno», los arcos de triunfo, las galerías del Prado, la puerta del Sol, la plaza de toros en las tardes doradas, todas las bellezas y por qué no las fealdades de aquellos centros de cultura, poder y riqueza, constituyen el «cachet» del alma de sus respectivas ciudades. Cuando en 1913, el pico de los «embellecedores», que los hay en todas partes, se preparaba a profanar la colina sináica de Montmartre para satisfacer las exigencias de la vida moderna, un inmenso clamor de protesta se elevó de todos los corazones que rendían culto a lo bello antiguo; y, en nombre de Verlaine, de Musset, de los simpáticos harapientos de Murger, de las víctimas consagradas por el tajo implacable del fracaso, se obtuvo la gracia de que se postergara la caída del histórico monte hasta que sus «hábitus» se despidiesen de él con una fiesta de piadoso dolor bohemio . . . Hoy que los jardines concebidos y ejecutados con amor por Le Notre, para regalo de los ojos del espléndido amante de La Vallière, han sido devastados con el pretexto de evitar que los árboles centenarios, en un posible derrumbe deterioren las preciosas arquitecturas; París, la Francia entera, el mundo que veneraba aquellos boscajes de sombras de ensueño, aquellas dilatadas avenidas azules y violáceas, los caprichosos cortinajes de «fogllas», tras de los que se escondían los habitantes de bronce y mármol de la «ciudad de las aguas», que allí han sostenido, por siglos, mudo coloquio de miradas; París, acompañado de los pueblos civilizados de la tierra, se ha estremecido de indignación por un acto de salvajismo que nos está probando que el buen gusto agoniza como un cisne caduco en un estanque de légameos sin brillos . . .

Por todos estos motivos, sigo creyendo con fe de poeta, fe más provechosa que el infecundo materialismo de hogano, en la realidad del alma de todas las cosas que, bajo el lampo dulce del sol de la vida, nos encantan con sus pátinas fantasistas y sus sentimientos de mentira . . .

Discurso ante la tumba de la poetisa Dolores Sucre.

Señores:

Inclinémonos ante el sarcófago que guarda el cuerpo de una muerta excelsa, para el cual sólo sería digna sepultura, una de aquellas clásicas estelas del Cerámico, doradas por los últimos rayos de las claras tardes de Atenas.

Yo sé que en una de esas ánforas conservadas por milagro del tiempo, se ve una mujer bella contemplando con sonrisa de honda resignación el cofre de sus joyas. Este símbolo sencillo y elocuente es el que debe eternizar, en nuestro recuerdo, á nuestra dulce cantora y egregia patricia difunta, despidiéndose con la mirada de sus trovas áureas, antes de emprender el viaje a la gran patria del hombre: «la Ciudad de Dios» de las almas!

Nuestros ojos fueron hechos para llorar, pero también para ver ampliada la potencia visual por el amor. Esta fe esplendorosa es la que da á la madre la seguridad de reunirse en otra parte con la hija troncada en flor una noche inolvidable; es la que guió los pasos del Dante en busca de Beatriz por los círculos del infierno y por la vía sacra de las esferas celestes; y es la que nos hace creer que este noble espíritu de la armonía y de la bondad, se ha remontado á su foco vívido, como la llama que siempre tiende hacia el Sol, y como la perla, que vuelve al Océano, de donde emergió como la Venus de las piedras preciosas....

Nosotros nos quedamos en la sombra, Dolores Sucre está ya en la aurora, y todavía nos oye, nos inspira, nos ama porque «si los muertos son invisibles, no están ausentes». No vemos su rostro a-

pacible, pero nos sentimos bajo el amor de sus grandes alas diáfanas. Este prodigio es la belleza de la muerte.

Dolores Sucre tiene en nuestro tiempo y en nuestro país un sitio único. Al lado de nuestros grandes hombres, ella es la gran mujer. Ellos son águilas, ella es alondra. Para todos, el espacio, la luz, los ambientes brisados por auras de amor y de armonía.

Musa decana, santa mujer:

Tu verbo melodioso como el arrullo de las ondas de tu río y como el suspiro de la brisa en tus rosales, quedará flotando permanentemente sobre esta villa galana con el encanto de una tierna serenata primaveral. Aquí nos dejas tu sepulcro como un recuerdo glorioso de tu paso por la tierra. La gratitud nacional y el amor de tus deudos lo han cubierto de flores: Dios le reserva á tu espíritu un nimbo de estrellas....



EL SUICIDIO DE LOS JOVE

A. VICENTE D. BENTES

Recuerdo que cuando puso fin a sus días el joven Agustín Coronel, desde las columnas del diario en que mal o bien pergeñaba yo el PREMIER-PARÍS, dije lo que transcribo ahora:

«¡Un estudiante de medicina se ha quitado la vida!

«El caso no tendría nada de extraordinario en los turbios tiempos que alcanzamos, cuando hasta de niños hemos sabido, que se han marchado los pobrecitos tan campantes y graves como los viejos que, no pudieron más con su osamenta, resuelven, después de mucho darle vuelta a la bola, irse con la música al otro barrio.....Pero un joven que debía ser después de poco un Hipócrates criollo, un luchador por la salud, tronchando así tan despiadadamente la bella flor de unos días que estaban augurándole una era de ventura a la familia, y una esperanza más a la Ciencia....., les para sentarse a llorar a la vera del camino poblado de tumbas como ésta, que hacen brotar del labio de los que soportamos con estoicismo las crueldades de la suerte, el célebre epigrama que Meleagro escribió en la estela de un adolescente griego: ¡OH, TIERRA, MADRE UNIVERSAL, SÉ LIJERA A QUIEN APENAS PISÓ SOBRE TÍ!

«Por lo demás, cada cual sabe su cuento íntimo. Matar-se es cosa que demanda mucha seguridad en la diestra y un corazón de romano. Pero el ejemplo, el contagio moral, la enseñanza objetiva del suicidio, es lo que arrebató de malsano entusiasmo a estas voluntades anémicas y las decide a obrar siniestramente. Pobres «animulas» más interesantes, mientras más flacas, ojalá hallen al fin del enigmático viaje

un cielo lleno de violines, con luces muy suaves y en perenne llover de flores.....¡I qué dolorosa situación, si luego resulta que no hay cielo!

«¡Ah, Kempis, cuánto daño ha hecho tu libro hermosamente triste, voluptuosamente fúnebre! Pero el hombre sano, el hombre consciente de su papel en la tierra, nunca convendrá con la estéril solución del suicidio, y aunque media humanidad se vaya por el foro, la otra mitad hará siempre lo más cabal, lo más viril: «hurtar el cuerpo».....»

Mi inteligente amigo que escribe «de todo y para todos», con el ya popular pseudónimo de Felipe Fabre, ha observado que, en los jóvenes aspirantes a médico, hay una fatal habilidad para saber despacharse el temido pasaporte sin mucho preámbulo ni dolores físicos. I después de emitir algunas consideraciones más sobre esta funestísima aptitud técnica, lanza en pos de soluciones diversas la siguiente pregunta llena de humor y de sentido: «¿Por qué no se suicidará un estudiante de Jurisprudencia?» ¡Ah, querido Felipe, ecco IL PROBLEMA! Vamos a ver si te satisface mi respuesta, voy a filosofar a mi manera, sin los consabidos «niego» ni «distingo», como puede hacerlo todo el que sienta con energía la urgencia saludable de estas voces divinas confortadoras del hombre en medio de sus pasajeras tribulaciones: «trabajar, buscar, encontrar, y no rendirse», lo que no es otra cosa que una paráfrasis de la bella divisa de Herder: «luz, amor, perseverancia y vida».

Pero, ante todo, dime ¿no te apenan hasta hacerte llorar a gritos, hasta querer que se repitan los casos para detener la mano de tan sublimes extraviados, la muerte de Poe, dejándose extrangular por la serpiente del alcohol; la de Acuña, bebiendo el vaso de ponzoña abrasadora; la de Silva, metiéndose una bala en el corazón, cuyo diseño se hizo trazar por un médico, en la ropa interior? Sí, amigo mío, estos tempranos anonadamientos siempre conmoverán nuestro espíritu, siempre nos arrancarán una protesta en nombre de la vida hermosa y fecunda; de la vida orientada hacia la verdad, la justicia y la belleza; de la vida que busca la fuerza para el trabajo, el descanso para la conservación de la actividad del músculo, y que halla en la alegría un dulce resarcimiento de las asperezas de la lucha.

Hay un libro rico de saludables enseñanzas que tienen la frescura clásica de las ideas platonianas; un libro que no deben dejar de leer nuestras generaciones para modelar su espíritu a la antigua, en cuanto a las serenas y generosas virtudes que produjeron los varones ilustres de la Grecia: «Juventud» de C. Wagner, obra que premió, merecidamente, la Academia Francesa. En sus páginas he aprendido que en el fondo de todos los sufrimientos de estos tiempos hay un crimen de lesa humanidad. I

¿cómo es esto? ¿Por qué lejos de haber ido atenuándose la gran culpa al través de las generaciones, resurge así, más temible, más violenta, si cabe, como si se extendiese por un verdadero proceso de herencia? Es que si hemos progresado al paso de gigante en el camino del realismo científico, contesta el autor mencionado, en cambio hemos olvidado muchas prácticas buenas que constituían el acervo de valores morales de la raza. Abandonamos precipitadamente la casaca vieja, en donde nuestros padres nos enseñaron a dar los primeros pasos, en donde se extinguieron estas nobles lámparas del espíritu y hoy todavía flota en la oscuridad de los amplios salones desiertos uno como halo dorado de sus cabezas venerables; en donde quedó como un frasco de esencia evocadora lo más caro que tiene el hombre: el recuerdo y la fe. Entonces sucedió lo que no se había previsto, lo que fué la primera desolación en el aprendizaje de la vida: la casa nueva no estaba dispuesta. Había pompa en sus habitaciones, pero no comodidad; había pan y vestido bajo el techo alzado con todas las reglas del arte suntuario, empero desde Cristo sabemos que sólo de pan no vive el hombre: y ese «algo más» complementario, indispensable, espiritual, faltaba en el régimen conservador del individuo, haciendo inclinar el fiel de la balanza hacia el platillo en que abruman las exigencias materiales. Las cosas mejores se convierten en agentes perjudiciales, cuando salen de sus límites propios.

¿Por qué, después de largos siglos de trabajo no perdido en la cuenta general del progreso, hemos dado de bruces en el materialismo? Cuando debía haberse ensanchado nuestra visión del reino interior ¿por qué apenas si distinguimos en el horizonte un poco de niebla clara con tendencias a espesarse en el carbón del nublado amenazador? La razón es que «la mecánica ha suplantado al alma», que el hombre ha descendido a ser una máquina, después de haber sido una conciencia. Desde que Berthelot gritó como un titán ebrio de triunfo en la cúspide de la montaña fragorosa: «Ya no hay misterios»; toda la sabiduría y toda la ensoñación del pasado, el prestigio ético de la antigüedad clásica, fueron reemplazados por una concepción materialista del mundo, por un realismo inferior que ha socavado las bases de la vida hasta el punto de que al oído del sociólogo no se escapan los crujimientos del edificio que la generalidad juzga seguro, por que su arquitectura es brillante como la de un palacio imaginado por los cuentistas árabes, y porque en el frónsis grabó el artífice engañado la divisa famosa del químico francés, árida como viento del desierto y terrible como un exorcismo medioeval.

Hay, pues, en el fondo de la sociedad actual una abierta pugna entre el realismo científico y práctico, que es un des-

gaste de energía moral, de vigor anímico, y el espíritu moderno, que es el resultado del trabajo fructuoso en los siglos, la juventud perenne, la primavera del ideal. Esta lucha es lo que hace tan variada en contrastes, tan noblemente trágica, tan rica en enseñanzas, nuestra vida sobre el planeta. Esta lucha explica nuestra debilidad, nuestra actuación insegura entre dos fuerzas que nos solicitan con direcciones opuestas. Esta lucha es la causa de nuestra infelicidad.

¿Qué es el espíritu nuevo? Es una amplia concepción de todas las cosas, una voluntad fuerte y tranquila de ver claros los hechos, la vocación de la verdad, en una palabra, el verdadero espíritu científico. Es ese procedimiento de investigación liberal y sereno, bello en sus conclusiones, dotado de un poder de antorcha, humano en sus consuelos, que preside en la obra encantadora como un poema cósmogónico de la India, que escribió Edgardo Quinet con el nombre de *L'ESPRIT NOUVEAU*.

El espíritu moderno es, por parte del sentimiento, una disposición actual franca de no excluir a nadie de los beneficios del amor y la esperanza: una decidida protección a los débiles y a los humildes, a todos los que sufren y tienen sed de ideal y de justicia.

En política, el espíritu moderno es la elevada concepción de una democracia modelo, regida por fuerzas morales de incontestable eficacia para el bien: el derecho y la solidaridad.

Cuando véis de un lado a la multitud con sus gritos y exigencias, y de otro lado a un varón sabio y benévolo que se esfuerza en domar las inconscientes rebeldías y los apetitos desenfrenados de aquel monstruo amorfo, débil y ciego que no sabe lo que quiere ni quiere siempre su bien; el espíritu moderno, que es la verdad en este caso, reside en el hombre en contra del número.

Entre Alemania grande, fuerte y guerrera, y Bélgica pequeña, inermes y pacífica, es indudable que el espíritu moderno está encarnado en la nacioncilla pundonorosa que, con arrestos de David, se irguió en su frontera amenazada y le cerró el paso al gigante arbitrario y brutal que se atrevía a violarla, faltando a la palabra de honor de que fue garantía su firma estampada en un documento solemne.

El realismo materialista y agostador es la negación de todos estos valores psicológicos que dan alto precio a la vida. Así, en los extensos dominios del afecto, el realismo es el inmoderado y excesivo amor al bien propio, sin consideración al de los demás. En política es la glorificación de la fuerza bruta que no reconoce otra ley que la primitiva del combate a muerte. El realismo lleva inscrita en su bandera esta ne

gación absurda: «No hay sitio bastante para todos». Pero la Naturaleza lo contradice elocuentemente haciendo que el sol alumbre en el palacio y en la cabaña, y que la tierra aumente sus cosechas en los parajes que el hierro y el incendio debieron esterilizar.

Esta lucha se refracta, principalmente, con toda su riqueza de tonos en la juventud, que es «el medio en que se distinguen mejor las buenas cualidades y los defectos del conjunto». La juventud, con su ardor nativo, apura las virtudes hasta llevarlas al sublime, o cae en los fondos oscuros del mal, envilecida y degenerada, como la flor lujosa que el viento desprende de su tallo endeble y la arroja al pudridero del barrizal. Cuando la idea es noble, su proyección en este límpido cristal es la de un azul purísimo, triunfal y etéreo, como el que sirve de atmósfera al cuadro la «Concepción» de Murillo, en el que todo aspira a nacer y a amar. Si, por el contrario, la idea reflejada es grosera, la luna acusará una mancha negra gesticulante, sospechosa, fea, como la que se desprende de la figura de Judas en el divino lienzo la «Última Cena» de Leonardo de Vinci. ¡Qué honrosa para la juventud es esta diafanidad! I cómo apenas el alma saber que es víctima de enervador realismo la porción más simpática y llena de aptitudes de la sociedad!

En Grecia, en donde se amó y practicó todo lo que es bello y sensato, la juventud fue objeto de cuidados realmente paternos. Hasta hoy tenemos mucho que aprender de este pueblo exquisito que nació, vivió y se eternizó en el seno de una naturaleza sonriente y armoniosa. Allí, la vida y la muerte se sucedían tan «dulcemente como el aceite que chorrea sin ruido». El gimnasio robustecía al adolescente pugil, la plaza pública era su escuela de elocuencia, el Pórtico le enseñaba el hábil manejo del diálogo, y el teatro educó sus sentimientos; en una palabra, el ritmo le dió gallardía y nobleza a su cuerpo y a su espíritu. En una sociedad así arreglada no podían escasear los ejemplares ilustres que conserva el musco de la historia. De esta educación sólida y amenísima nos dan testimonio los divinos diálogos de Platón entablados al aire libre, entre el canto de fuego de las cigarras, cuando fatigados del ejercicio y apoyados en una columna del templo de la fuerza graciosa, los jóvenes conversaban con los filósofos sobre el bien, la verdad y la belleza.

Algunos hablan de la juventud como de una promesa de cosecha, si abundante, no menos escasa de poder nutritivo. Otros, gastando aires de calaveras en retiro, entre complacientes y severos, la personifican en el mozo tarambana que derrocha su caudal de salud y dinero en los pasatiempos que arruinaron a Fausto y Don Juan. I los hay también que odian a la juventud, ¡oh sacrilegio!, porque saben que es un heredero que está decidido a vivir y a to-

mar su puesto al sol para ensayar sus ideas y sus músculos sanos y fuertes. Unos y otros no tienen el verdadero concepto de lo que vale esta legión del porvenir, ni conocen los deberes que impone la justicia biológica al sér que se retira en beneficio del sér que llega. Amemos a la juventud, sino por lo que de grande y bueno hace en provecho de la humanidad, cuya palanca más vigorosa es, porque nos da siquiera un reflejo de lo que es esa otra juventud eterna del espíritu que llamamos la inmortalidad.

No se crea que deseamos educar a la juventud en el amor exagerado de la vida sin finalidades ni prestigios racionales y decorosos; lo que perseguimos es apartarla de las doctrinas desoladoras que la conducen a la negación y al desencanto. Por lo mismo que ella es el símbolo viviente de ese manantial sagrado en cuyas linfas hallaban los cuerpos fatigados la curación y el refloreCIMIENTO; nuestro empeño se cifra en evitar que el aliento del desierto moral seque esta vena de agua salutífera y fresquísima que salta rimando su canción blanca de esperanzas allá, en el fondo agreste de la selva virgen.....Queremos sacarla de esa atmósfera densa y compacta que no permite que lleguen al sujeto que en ella respira las irradiaciones benéficas del sol; queremos que nunca se le ocurra tomar la pistola de Werther ni el vaso de cianuro de Aeuña; queremos que lea cada día menos la poesía tormentaria de Byron y Leopardi, y que, en cambio, aprenda de memoria los poemas risueños y divinamente inspirados de Hesiodo, Schiller y Hugo.

Quiénes así sienten, quienes le procuran al prójimo tal bienestar, no se ha de decir que le enseñan a temer la muerte, por que lo priva del placer voluptuoso de la vida. Lejos de nosotros esta insensata idolatría que contradice toda la naturaleza por la voz de sus múltiples especies. Justo es que el cuerpo vuelto inapto para la lucha a fuerza del trabajo estenuador de sus órganos, entre a intensificar la combustión del grandioso laboratorio en que los átomos se transforman en otros seres destinados también a vivir y morir, para luego revivir. Hay una satisfacción generosa en saber que parte de nuestra sustancia formará la larva, verdeará en la hierba, será el glúten del grano que otros han de comer, se transformará en la clorofila de la hoja, en la fuerza que mueve el reino del ave, en el vapor de agua de la nube esmaltada, en el fuego que ríela como un demoñuelo familiar en el huerto por donde hemos paseado del brazo con nuestra novia en una noche de verano, bajo dosel de estrellas.....I también dejaremos algo de nosotros en las acciones con que hallamos contribuido al adelanto de la humanidad, y, en tal concepto, cabe asegurar que esta especie de inmortalidad es la más bella, la más fecunda en resultados positivos para nuestra descendencia, la única gloriosa. ¿I el espíritu? Es chispa nacida del Fuego Eterno, y, como tal, vuela y se acendrar por etapas en este o en otro centro del sistema astral, y allí cumple una

misión de progreso, hasta llegar al dominio radioso, al trono de luz vívida, al Sol, meta celeste de estos aladísimos seres quintaeséncicos y péficientes. (1)

La juventud que se conforta con el vino generoso del arte y que aplaca su sed de justicia con las linfas claras del Derecho; la juventud que se vigoriza en el gimnasio y que llena de gracias discretas retoza en la pradera de la vida, nutriendo sus pulmones de aire sano y de átomos de luz pura; la juventud que, para gozar espiritualmente, no tiene más que leer una hermosa tragedia de Sófocles o ver un cuadro del Greco; la juventud que no ha rasgado nunca su piel fresca y rosada con la aguja que le trasmite las ponzoñas letales del sadismo de los «civilizados» de hogaño; la juventud no contaminada del tedio irónico a base de hondo desencanto que produce el trato diario con el esqueleto; la juventud que no olvida la fe de sus padres, que los honra con sus virtudes tranquilas, con su saber de cosas alegres y útiles para el hombre, con su entereza consciente; la juventud que escribe su nombre en las listas de honor de todas las causas santas triunfantes siempre al precio de su sangre fecunda como un rocío abrileno; la juventud, en fin, que se hiere las plantas en las espinas del viaje de ensayo, y que experimenta más vivamente que nadie las desilusiones del contraste entre sus sentimientos y los del mundo que aún no conoce como realidad, sino como un ensaño de exquisitas impresiones; esta *élite* de la raza no esperes, querido Fabre, que se vea atacada de la fatal neurastenia del suicidio consumado con toda la técnica de uno de esos diestros envenenadores del Renacimiento italiano, o con los muelles ademanes de Rolla que, según los versos célebres del poeta,

.....«laissait le vent seconer sa jeunesse,
comme une feuille séché au pied d' un arbre mort»!

Esta juventud es la conmovedora profecía de una humanidad mejor: es el mañana, es la aurora!

Agosto--1918

(1) Louis Figuier.—«Le lendemain de la Mort».

EL TIGRE

JORGE CLEMENCEAU

Mais.... Mirabeau se meurt! Mirabeau est mort! *De quelle immense proie la mort vient de se saisir.*

Camille Desmoulins—«Les Révolutions de France et de Brabant».

¿Le había yo olvidado? No. ¡Qué iba a caer el TIGRE a esa fosa común de los seres que no son de su talla hercúlea! Con este hombrón de Francia me pasa lo mismo que con Bossuet y Víctor Hugo: la garra férrea en acto, los ojos llameantes de águila y el cohete de mágicas combinaciones deslumbradoras, ejercen sobre mi psicología profunda influencia a la que no puedo substraerme. Durante la gran guerra de las Naciones le seguí con entusiasmo, como lo hubiera hecho con uno de nuestros estadistas, si alguno hubiese tenido *l'élan*, la energía incontrastable, la visión ecuaníme que relieves la figura de este varón extraordinario que, como Saul entre su pueblo, sobrepasaba a todos con los hombros....

Modelado su espíritu en la severidad de las normas paternas, que le prescribían ESTUDIAR Y TRABAJAR para asegurar el éxito de la venganza filial, Clemenceau abrazó la misma carrera que su padre, separándose de ella sólo para dirigir sus vigorosas facultades físicas e intelectuales que se imponían a su voluntad con el empuje incontenible de una catarata o de un ciclón de llamas que favorece el viento. Se sentía capacitado para la dirección en

jefe, como para el asalto; lo que pedía su naturaleza desbordante de lozanías masculinas era la acción ponderosa; esa que fue toda la vida el sueño del gigante de Alemania; el poder absoluto de hacer el bien a su patria a pesar de la intriga a sueldo del enemigo disfrazada con el semblante de filósofo socialista y de la mediocridad pretenciosa que, al respirar en las regiones tempestuosamente combustionadas de la política, se *gouille et crève*, para servirme de una frase expresiva de Beaumarchais en su famosa «Memoria cuarta».

Clemenceau, como Bismarck, tenía la debilidad del hombre fuerte, que no es ambición ni vanidad vulgares, sino necesidad de actuar, gusto invencible de dirigir y también certidumbre íntima de triunfar. Por eso intervino desde joven en los asuntos públicos de su país, recogiendo no laureos y sonrisas de los que se beneficiaban con la eficacia de su labor; sino el cardo arrojado con malevolencia en su camino para herirle las plantas y el gesto de repulsa por la elevación moral de su alma estoica.

Nunca se dijo que Clemenceau sintiera las cautelosas lasitudines del miedo. Pasión tan baja no encontró, si lo buscó algún día, espacio en un pecho en que libraban batalla continua sentimientos de Prometeo. Como Dantón, se entregaba al regocijo tonificador de la audacia; su diosa protectora, su nave segura en medio del vendaval, su caballo de batalla que acibillado de heridas como su dueño, al sentir el grito de guerra se le restañaban las heridas y volvía con su paladín sano también de las suyas a la lucha en que a la postre salía con la victoria.

No le arredraron los reyes con sus bayonetas ni las multitudes con su algaraza. Fue para sus adversarios hasta el último momento, como el espectro de Banquo para la mujer de Macbeth. En su piel de corteza impenetrable se embotaron todos los dardos, y los que durante las horas de rayos y sombras de la guerra mundial, cuando vencía en los campamentos y en las Cámaras legislativas, le disparaban de la calle de Valois, no consiguieron sino una fugaz contracción de colmillos en medio de la selvática abundancia de hebras grises. Clemenceau sabía por haberlo leído y meditado en Maquiavelo, que *perché la Fortuna e donna, ed e necessario, volendola tenero sotto, batterla ed uirtala*.....

Con estas virtudes de romano de la época heroica estuvo combatiendo a todo el poder de su brazo infatigable este *tombeur de ministères*, en su larga carrera de triunfos y derrotas célebres y dignas, nunca pequeñas y miserables. París recuerda su fructuosa actividad cuando ejerció el cargo de Alcalde en Montmartre. Aquel lapso tenebroso, fue una prueba de energías fecundas y peligros conllevados con una fortaleza espiritual asombrosa, que mereció elogios hasta de sus mismos enemigos. Como diputado a la Asamblea de Burdeos, no estuvo con la aristocracia complaciente

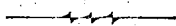
que quería la paz a todo trance para volver a la vieja privanza, ni con los que seguían las aguas de los flamantes aburguesados. Pero votó con Luis Blanc que se oponía a la perentoria suspensión de las hostilidades.

Imponía verlo solitario, irreducible, pronto al brinco exacto y al rugido que hacía estallar el tímpano del adversario que acababa entre las formidables acusaciones de esta voz tremenda por declararse vencido o abandonaba el campo. Un cuadro notable de Rafaelli lo representa perorando una tarde en que predominan el amarillo del crepúsculo y el negro borroso de una sala de sesiones. Todos resultan pígmicos al lado de esta figura robusta movida por la red de nervios que obedecen a la corriente eléctrica acumulada y renovada sin cesar bajo el cráneo destacado con elegancia sencilla sobre el tronco enhiesto. Daniel Halevy ha sorprendido en la cabeza arrogante de Clemenceau la característica bárbara, francamente mongol que la edad ha recalcado. Julio Huret también observó en Verlaine unas pestañas que cubrían la mirada verde y profunda; un cráneo enorme y oblongo de mongólico aspecto. Así, quiso la Naturaleza conformar las dos preciosas urnas, llenándolas, la una de altos pensamientos políticos y la otra, del numen que se complacía en traducir los dolores de su vida en cantos melancólicos como el otoño y suavemente hechiceros, como los trinos de las aves que endulzaron los últimos momentos de Adán arrepentido, pero dichoso bajo los follajes en flor....

No conocí personalmente a este hombre superior que se pasó toda la vida jugando a la fiera. He leído sus discursos parlamentarios que son rigidores, aplastantes, sembrados de imágenes esquilanas. Alguien que lo escuchó con terrífica admiración en la tribuna de la Cámara de Diputados, me decía recordando a Esquines, después de recitarles a sus discípulos de Rodas la inmortal arenga por la Corona con que lo venció Demóstenes ante los jueces de Atenas: «Si tú hubieras oído bramar al león!» Pero Soiza Reilly que, valiéndose de un expediente de cronista, ha conseguido pasar los días en la jaula con el tigre, nos hace saber que no era el monstruo tan feroz como lo pintan y que detrás de sus ojos pequeñitos, verdiazules, amorosos, buenos, estaban el niño y el poeta... Así debió ser, porque el elocuente discurso que pronunció en 1906 en la Roche Sur Yon, región de la Vendée donde nació Clemenceau y el indulto generosamente concedido por el grande hombre al idiota que en febrero de 1919, atentó contra su vida disparándole nueve proyectiles, de los que sólo uno hizo blanco, están demostrando que, no obstante los bigotes felinos y las cejas peludas, el médico-político amaba la belleza en sus espléndidas manifestaciones naturales o artísticas y

no era, como se lo creía, enemigo de los hombres cuando éstos se señalaban por su patriotismo, valor y sinceridad.

No tengo nada que observar en el acto de osadía reporteril de que se valió don Juan José para conseguir un reportaje de Clemenceau, porque estaba en su derecho al proceder de esta suerte en favor de los intereses de «Caras y Caretas»; pero debe tener la certeza el amenísimo escritor uruguayo de que la estatua imaginaria de Palermo la erigirá Francia para eternizar la silueta magna de quien, hasta en la tumba, quiso estar de pie como soldado que ganó la guerra que HIZO TEMBLAR LAS COLUMNAS DEL MUNDO.



LA NOCHE EN EL NORTE

A JACINTO JOUVIN ARCE.

Miradla. ¡Oh, qué hermosa es! Bajo su palio estrellado cuán pocos son los que se puedan llamar felices!...Así estuvo ataviada cuando Ovidio partió para el destierro...Su indolencia suntuosa tiene mucho de la coquetería de la viuda que se complace en despreciar el dolor de sus adoradores. ¡Qué espléndida desolación! ¡Cómo son bellas las noches de Ucrania! ¡Se diría que ha llovido plata!. La llanura es una lámina recién pulida. Todo duerme en la divina somnolencia a que está convidando la fresca y perfumada languidez astral que fluye incesantemente de la bóveda del cielo. La tierra, como una gigantesca esponja, absorbe esta luz argentina y la emite luego sobre las cosas. ¡I es el invierno!... Los árboles escuetos se cabecean como mástiles que el vendabal combate. Hasta aquí ha sido solemne la calma del paisaje, mas, de improviso, se oye el alegre resonar de las campanillas del trínco que pasa dejando un reguero de virutas albas al rayar con sus exactas paralelas la sabana de hielo. Desde su nido, en un matorral que tiene aspecto de colmena de nieve, el ruiseñor de las estepas canta la balada de lo blanco eterno, en la que hay arpegios con rumores y olvido y pausas hondas como sollozos... En un repliegue de la colina, cubiertos de escarcha los techos, barrido por el viento helado de la noche como si estuviera encantado, se alza el villorrio... Las líneas de las chozas despiden un resplandor polar. Un inmenso calofrío corre por este cuadro anegado en lumbré de un lácteo intenso. Junto al cementerio que parece un verjelillo, aulla con grito famélico una banda de lobos tísicos. La iglesia proyecta en el cristal del llano su torrecita ruinoso. Las gentes

honradas descansan de las faenas agrícolas. Aquí y allá brillan los vidrios de una ventana empañados por la neblina. Los gorgoros magestuosos del mirlo son cada momento más conmovedores; y parece que la luna hubiese salido de las nebulosas profundidades del cielo para escucharlos.... En el umbral de una cabaña sórdida, la familia de un pastor retardado acaba de comer y ora.... Esas cabezas arrobadas con sencillez se diría que las rodeara un halo azul. Es la sagrada familia del Norte. ¡Noche encantadora y divina!



LOS APUROS DE PARIS

Pocas veces se ha visto a Guayaquil tan entusiasta, tan convulsionado, tan irritable, como en esta ocasión en que la cosa se reducía a diputar una de sus arrogantísimas chiquillas al palenque de la belleza que se efectuará en las playas de Miami. A mí me parece que todo se podía haber desarrollado en un ambiente apacible saturado de ese privador PARFUM DE FOURRURE que respiramos en el soneto inmortal de Baudelairo. Pero los eternos «intereses creados», que en todo andan metidos, han alborotado la atmósfera que debió ser de zafiral aspecto, como el vestíbulo del Purgatorio dantesco, y la han puesto en temple de ascua de oro, en combustión de etéreos átomos, en sinfonía de Niágara, que nos obligan a responder como el poeta de las «Rimas» a la pregunta de: ¿QUÉ SUCEDE?—¡ES EL AMOR QUE PASA! Sí, lectores míos, el Amor es el que ha pasado por este cielo inflamándolo con su aliento a la manera de un cometa desconocido, impulsando los caracteres de suyo levantiscos de esta zona a extremos que se hubieran desarrollado en forma de huracán asolador, determinando un agudo estado de ánimo en las masas frenéticas de adoración por los trocillos hechiceramente esponjosos del tipo de mujer tropical que más le ha cuadrado a nuestro pueblo; espécimen, en verdad, de amables sugerencias democráticas, de florecimiento de gracias que no subyugarían al Areópago, como en el caso de Friné, pero que bien merecen el elogio de que ellas valen tanto como la misma belleza....

No conozco a la simpática representante de nuestra tierra en el torneo galante de Miami, sinó por los muchos fotografiados que se han hecho de su figura esbelta aureolada de esa deliciosa apacibilidad que tienen nuestras tardes en los postreros días del verano, cuando llegan de los campos, que comienzan a hu-

medecer los primeros rocíos, las brisas cargadas de los perfumes silvestres de las flores recién abiertas y los frutos maduros. No la conozco en vera efígie; pero eso no obsta el que mis ojos, buenos todavía para apreciar lo bello, vean como élla es, como la hizo la Naturaleza en un momento de luz y magnificencia, para servirme de una frase de Mirabeau en alabanza de Sofía. Comprendo que ante el delirio popular por Mis Ecuador resultará pálido el brillo de las gemas que en esta crónica le ofrece mi consideración respetuosa; y yo, a fuer de artista franco y sin vanidades, que las he tomado del resto de un tesoro que descomponía en sus facetas lumbres de miradas hoy abiertas a otros cielos o melancolizadas por íntimos penares, confieso que las aguas de mis piedras preciosas se ven eclipsadas por el resplandor esmeralda del granate y el límpido relámpago del diamante con que este noble pueblo ha galardonado a su hija predilecta. Me doy por vencido en el empeño de celebrar la belleza criolla de Sara; para salir airoso ya no es tiempo, la escarcha de los años ha destemplado las cuerdas del laúd, y si me obstinara en arrancarles los arpegios que se fueren como bandadas de avecillas canoras, sólo conseguiría producir sonos tal vez desagradables para la beldad que en estos momentos, se puede decir, que respira en una atmósfera de armonías y perfumes que la circundan como esas nubarradas de oro y azul en que se destacan las diosas y las santas de los pintores clásicos. No basta la prosa por sonoros que sean sus broncees para elogiar a la criatura-símbolo de nuestra Patria en la justa de Yanquilandia; el verso apenas podría eternizar en cadencias que recuerden la divina plasticidad de los bucólicos griegos, los encantos de Sara. I aún siendo poeta inspirado el canto resultaría débil para la celsitud de la embajadora de las fecundas comarcas ecuatoriales, en donde cuelgan sus nidos sublimes el ave de luz, el sol que abriga el Chimborazo, y el cóndor que posa en sus plintos de argento para descansar de las fatigas del vuelo. Se necesita algo más para llenar esta misión, y ya lo dijo Boileau que, a pesar de la fama de censor de que él mismo se ufanaba, no por eso dejó de comprender que para expresar bien los felices caprichos del amor, *c'est peu d'être poète, il faut être amoureux...*

Al saber el resultado de la elección que favoreció con el dichosísimo título de Miss Ecuador a una seductora trigueña que por su gracia ingenua y fértil en tropicales impresiones traduce a maravilla la belleza y el sabor de la tierra, no lo creí en el primer momento, porque otras eran las informaciones que reiteradamente llegaban hasta el amable rincón en que me encontré el querido amigo Carlos Alberto Flores, según lo cuenta en un bello artículo de su pluma de tajo cervantino. Pero, a poco rato, la verdad del hecho alumbró el capuz nocturno, pasaron los «autos» en veloz carrera repletos de partidarios de la gentil homena-

jeada que proclamaban el triunfo con voces entusiastas, y de un balcón vecino al mío, que tiene marco de enredadera, y al que no dejan de llegar albas y gordezuelas palomas con mensajes ¿de quién?: una etérea cabecita negra se asomó a darme la buena nueva con su timbre habitual de gorgoros y clines apasionados.

Bajé a la calle congestionado de pueblo, iluminada por innumerables reflectores que parecían escudriñar los semblantes que no simpatizaran con la recién ungida, con la garbosísima morena «amasada con besos y sal de la mar»; como esa sugerente y turbadora Carmen, que cantó Gautier en las primorosas estrofas de «Esmaltes y Camofoes». Abajo, ya la noticia era moneda corriente. En todas las bocas, el nombre de la primavera! chiquilla corría con rumores armoniosos de fontana que desliza su plata bajo acopados árboles frutales. Yo pensaba, entre tanto, en la comprometida tarea que acababan de cumplir los jurados ante los que habían comparecido las cuatro ninfas que escogió Guayaquil de los coros que triscan en sus jardines eliseanos. Según cuenta Luciano, con su discreta ironía, París se vió en apuros indecibles para discernir, la manzana de oro sazónada a los cuidados de las Hespérides, entre las tres grandes diosas. Juno, hermana y mujer de Júpiter, si no era una beldad maravillosa, tampoco se podía decir que fuese de rostro y proporciones corporales desapaçibles. Minerva representaba la sabiduría y el valor, y si hemos de creer a la «Odisea», era también dueña de un par de ojazos verdemar que petrificaban a los de ánimo cobarde y vertían embelesadoras claridades en los pechos de héroes como Ulises. Sobre las dos divinas fémbras tuvo de sentenciar el venturoso pastoreillo a favor de la TERCERA, que para conseguir la victoria, se valió de los encantos del mágico ceñidor que recibió como presente al nacer de la sangre de Uranos mezclada con las espumas del piélago.... ¡Qué compromiso el de París! Palas y la consorte de Jove, temiblemente poderosas; pero Vénus inmensamente bella, provocadora, saliéndosele de los ojos hasta ya no poder ser más azules esa poética languidez enfermiza que les da a ciertas mujeres un ligero perfume de esclavitud: sino indeclinablemente dulce para él as que las mantiene, como a la Otilia de las «Afinidades Efectivas» de Goethe, subordinadas, absorbidas, enlazadas al modo de enredaderas al hombre que adoran, y mueren el día en que les es forzoso desasirse del tronco que les absorbe en deliquio suicida, con la savia, la existencia que es sólo ya por su diáfana levedad una fantasma de actitudes amorosas, un vapor celeste de contornos bellos, una creación de Poe, la sílfide que canta la poesía germánica en las noches de luna a orillas del Danubio....

EN TORNO DE UN OFICIO

(AYER Y HOY)

Yo siempre he mirado una farmacia grande o pequeña con cariño y a veces con respeto. No sé a qué obedezca este sentimiento en hombre tan desaprensivo como el que escribe estos renglones. También Azorín y Paul Bourget se complacen en libros de un singular encanto rural, que es muy de mi agrado, en las descripciones de los sitios y las ceremonias que revisten esa sencilla apacibilidad que es muy cónsona con los estados de alma que huyen del MUNDANAL RUIDO. Creo que he leído una docena de veces, por lo menos, los capítulos «Una lucesita» y «Las casas cerradas» del notable escritor español, y esas vistosas y modestas pinturas de procesioncillas de aldea en que el novelista francés moja su pincel en los tintes más alegremente claros de su paleta. Así me acontece con las llamada boticas, esos puertecitos que en altas horas de la noche se nos denuncian por el popular farol rojo que parpadea en las sombras de la ciudad desierta, como la estrella del Belén que nos lleva en pos de la salud, que casi siempre la recibimos de las manos morenas y callosas de un buen chico del pueblo que se gana el pan despachando recetas de todo el que sabe y puede formular.

¿No habéis sentido, con desgraciada frecuencia, un dolor de muela, de oído, de callo, o lo que no le deseo a nadie, una de aquellas crisis agudizadas con tormentosos aspavientos de agonía de réprobo que desgarraron a Musset y que están, desde los tiempos de Noé, matando a diario a más de un prójimo aquí y en las estepas de Rusia, como en el centro abrasado de la Africa? Pues bien, si no sois ingrato, lector, al beneficio que oportunamente recibisteis por la pobre ventanilla de la botica de turno, debéis,

por lo menos, sonreír en signo de grata recordación al pasar junto a uno de esos buenos muchachos o joviales veteranos que se claustran por las noches en las farmacias para atender, entre un ronquido o un bostezo, al parroquiano que acude en busca de remedio para los males que son patrimonio de esta carne que se comen a bocados fauces de mascarón o coloraditas aberturas con regüeldos fragantes.

Desde chiquitín me han sido familiares las boticas. Recuerdo que mi abuelito materno, un señorón de muchas campanillas, tenía la costumbre de ir a la tertulia que los domingos por la mañana se desarrollaba con pintorescas peripecias en la farmacia del respetable francés don José Payeze. Allí me llevaba el viejito culto y festivo, que al decir de lenguas que historaban sus fazañas, había sido un militar GALANTOUÑO, un modelo cumplido del caballero armado. Yo, mientras los mayores de la reunión charlaban a todo trapo, me abría, con recelo de una reprimenda de mi ascendiente, a media calle para ver cómo elevaban los chorros primero negruzcos, luego blancos, los pitones de las bombas que terciaban en el ejercicio reglamentario. Una vez me fuí de bruces en un lodazal cercano de la botica, y sangrando la nariz me llevaron adentro los brazos de un zambito robusto y cariñoso para aplicarme unos algodones humedecidos con vinagre arcnático. No hay para que añadir que mi abuelo se sulfuró un poco con el percance que me había sobrevenido por mi entusiasmo bomberil, y hasta me amenazó con una azotaina de las manos adorables de mi madre, sanción que me hacía espeluznar como si fuera cosa del otro mundo; porque, aunque la buena señora no acostumbraba a zurrarme la badana, cuando con dolor de su corazón se resolvía a hacerlo, me dejaba tan tundido que ni el bálsamo de las caricias con que después se proponía reparar mis fuerzas de niño engreído conseguía otro resultado que aumentar mi sufrimiento.

De entonces para acá, cuántos progresos en el ramo, desde el plan de estudios universitarios hasta la presentación material de la botica. Ayer los que se dedicaban a farmacéutico eran pocos, que por la brevedad de la carrera la preferían a las otras profesiones que demandaban mayor número de años de aprendizaje: medicina y abogacía. Por los claustros de la antigua casona del San Vicente, sitio en donde funcionaban las aulas de FACULTAD MAYOR, no se veían estudiantes de farmacia, porque los cuatro gatos que se dedicaban a ella tenían que ir a lomo de mula a la distante Quito para recibir sus cursos y optar el correspondiente diploma o licenciatura; mientras tanto, de mostrador adentro se estaba formando esa simpática legión de mántricos que ya casi se ha extinguido, cediendo el paso a muchos trabajadores y diestros en el manejo y dosaje de las sustancias que nos inge-

rimos para la cura de las dolencias que hacen presa de nuestro organismo sujeto a la acción demoledora del trópico.

Hoy las cosas han variado de aspecto. Los estudios son más detenidos y los alumnos más numerosos. De todas las Universidades de la República, especialmente de la de Cuenca, salen muchos profesionales que escogen las farmacias de la costa para ejercer la representación de ellas con sueldos aceptables para la penuria de la época que hace recordar lo que debieron ser los años que simbolizaron las siete vacas flacas del sueño faraónico. He tenido ocasión de ver cómo se desempeñan los actuales representantes de botica, y a decir verdad, que no es muy pesada la labor que tienen que hacer, pues los prácticos, los que aprendieron la MECÁNICA desde muchachos, son capaces de preparar una pócima hasta dormidos, lo que les aligera la labor a los titulados.

En la presentación del establecimiento farmacéutico moderno, también ha introducido el tiempo adelantos importantes. Ayer bastaban a constituir una botica unas pocas docenas de frascos enormes, de redomas de colores chillones, de vasijas conteniendo víboras en alcohol, fetos de aspecto repugnante y una serie de ungüentos y yerbas que la credulidad de las gentes del pueblo buscaba para enfermedades que la ignorancia había bautizado con nombres ridículos que hoy hacen reír y compadecer a los que los sufrieron entonces, porque no se vaya a creer que los males aquellos han desaparecido de la observación clínica, sino que ahora matan lo mismo que antes bajo denominaciones que están en armonía con los progresos de la ciencia médica.

Las farmacias y droguerías actuales dejan muy poco que desear en lo que dice relación a su tren exterior e interior. Donde estaban las pomas opiladas de aguas coloradas, las botellas de galón o litro, se exhiben en correcta ringlera los envases elegantes de las especialidades de Europa y de Estados Unidos, que tienen al lado las que se fabrican en los laboratorios nacionales, cuyos productos no desmerecen si se los compara con los extranjeros. Ayer eran cuatro o media docena a lo más las boticas que atendían al público paciente; hoy el número es crecido y con tendencias a aumentar, lo que quiere decir, cuando menos, que se nota un desarrollo patente en los sentimientos humanitarios de los que se dedican a estas actividades.

Como nota informativa de los gajes del oficio de boticario, no dejaré pasar la ocasión de contarle al lector que anoche, al retirarme a mi olivo, después de PELICULAR (nuevo verbo de factura de un viejo camarada de vida literaria) en el cinema Bolívar, es decir, luego de ver películas en este teatrillo, presencié una escena que relievra la actuación de las boticas de la urbe. Una señora entrada en años y una chiquilla que debe frisar en la que un predi-

cador francés llamó desde el púlpito L'AGÉ DANGEREUSE tocaban de una manera insistente a la puerta de la botica que está en la parte baja de la casa que ocupo. Como la niña daba síntomas de padecer una crisis nerviosa, me acerqué a la madre y le ofrecí, por mi cuenta, como amigo del propietario del establecimiento, hacer que abrieran para atender más cómodamente a la enferma que tenía un rostro agradable y se quejaba, como la Clara del drama célebre de Goethe, de que el corazón le latía HASTA AQUÍ, señalando el cuello con ademán gracioso. Golpee recio el ventanillo con mi bastón y asomó su modesta cara trasnochada en la que cabalgan unas viejas gafas de oro o doradas el buen Simón, a quien le soy deudor de una oportuna intervención que me cauterizó en breves momentos una tremenda brecha que me infirió en el cráneo cobarde mano que no tuvo valor para herirme de frente. Ya adentro, madre, chicueta y el que os habla por escrito, procedió el jefe de la guardia, mi amigo muy de veras, ayudado por el referido Simón que goza de fama de mago o brujo entre sus parroquianos, a deshacer los lazos que olorosos y celestes sujetaban el corpiño de la paciente, cada vez más conmovida por los nervios en un grado patético que ya nos afligía a todos.... ¡Qué tesoro de formas el que ocultaban esos arandelas sutiles y albos! No duró mucho tiempo la felicidad que el acaso le deparó al PRÁCTICO de farmacia. A los dos o tres sorbitos de una posión polibromurada la enferma reaccionó, disminuyeron las palpitaciones fuertes, sobrevino la esperada sedación de lágrimas que salieron sin que las enjugara el ingrato que las hacía correr en una noche de invierno que no tuvo los prestigios de un canto callejero o los acordes de una sinfonía triste al piano. I se fue la hija apoyada en los brazos temblorosos de su anciana madre, rehusando el galante ofrecimiento de los míos, que la hubieran transportado con un esmero de atenciones que talvez alcanzarían la limosna de una de sus miradas dulces de convaleciente bella....

EL NUMERO 8

Au moins ce ne fut pas la faute de la littérature, qu'il'aurait comblé d'or et d'honneurs, mais bien un peu la sienne propre et celle d'autrui, n'es-tce pas, chère madame?-s'il s'était trouvé a l'hôpital.

Paul Verlaine-«Mes Hopitaux».

El Hospital. El número 8. Pobre Lélian. Recuerdos emocionantes de mi paso rápido como el de una golondrina por esta sala de San Luis, amplia, ventilada, limpia, risueña de sol; enjambrada de los píos de las avecillas que la visitan durante el día convirtiéndola en una caja de música y la dejan cuando Sor Angela con su vocesita de arrullo, de rodillas, humilde, unciosa, desgrana esos dulces rezos que llegaban hasta mi lecho de dolor como un rocío que viniera de un paraíso perdido que aquellas suavísimas preces tuvieran la virtud de reabrir....

Eran las 10 de una de esas mañanas frías, brumosas en que el hombre, según la frase de Larrea, ni sabe ni quiere saber nada. Víctima de intensa crisis nerviosa que casi me impedía andar, llegué en un camión automóvil frente a la clínica del pueblo. Era tan angustioso mi estado, que apenas podía sostenerme en el brazo de un amigo de la infancia que se ofreció a conducirme a la sala prenombrada, donde a la vez que cura las dolencias del prójimo, vierte con verbo sabio y discreto sus conocimientos el doctor Izquierda Pérez a una chiquillada inteligente y animosa,

a la que estoy muy reconocido por las atenciones que me prestó durante los pocos días que visité ese PALACIO DE INVIERNO....

Desde que llegué me señalaron lo cama número 8, un aseado lechito con SAUMIER cerca de una puerta abierta de par en par, por la que entraban y salían en armonioso torbellino átomos de luz y aire mezclados con effluvios de corolas que habían roto sus broches al humedecerlos los aljófares de la madrugada. Era el mío un bello sitio al sol, del que no me olvidaré nunca, especialmente si mi mala estrella me arroja el día menos pensado en una mazmorra o en un chiribitil arrabalesco. Dos simpáticos muchachos que responden a los nombres de Víctor y Segundo, respectivamente, me despojaron de la impedimenta de calle y me echaron encima una larga camisa mareada con el consabido número 8. Esta operación la hicieron con mucha delicadeza, porqué tenía las piernas hinchadas y como si me las hubieran brumado a palos. Todo este democrático ritual se cumplía bajo la mirada apacible y maternal de la mujer delgada y trigueña que cuando se presenta toda de blanco hasta los pies vestida, al deslizarse cautamente a lo largo de la sala en penumbra, semeja una visión protectora que bajara de los cielos que comienzan a ensombrecerse en un rayo furtivo de la luna en creciente....

El jefe del servicio médico, que es mi compadre y amigo, al verme en tal estado de postración se puso más rojo que Miguel Ney sobre el campo de batalla. Yo, según me dijo después mi sobrino Alfonso, que es interno de esa sala, estaba cuasi inconsciente y apenas si podía dar los informes que se me pedían. Al terminarse la visita reglamentaria, volvió Izquieta con su séquito a mi cama y me llamó, como él acostumbra: «¡Panchito, compadre!» Entonces, cesó ese como pasajero eclipse de la conciencia y pude darme cuenta de que estaba en un hospital, entre amigos bondadosos, mezclado con los desheredados de la fortuna, inerme ante la garra del dolor que me arrancaba gritos inenarrables, a merced de las contingencias de la suerte, que para mí, desde hace algún tiempo, no tiene cara de pascuas. El practicante Calero, un buen chico que me parece de vocación para el oficio, me examinó prolijamente y luego escribió la receta que le dictaba el médico. A poco rato volvía la HERMANITA con la medicación y Segundo, con una jarra de cristal con agua helada.

Al pasar cerca de mi lecho el capellán del establecimiento le llamé para solicitarle el servicio de que me prestara un libro ameno con que matar el tiempo; y tuvo la gentileza de enviarme un ramillete de preciosos cuentecillos escritos por reputado autor francés y traducidos al español. ¡Cuánto me solazaron aquellos relatos cortos en gallarda prosa que servía de velo de oro a elevados sentimientos morales! Pero la enfermedad seguía fatalmente su curso aterrador un tanto moderado por los efectos del

la indicación medica. Entre los que se atendían en San Luis encontré a mi amigo el joven azuayo Humberto Malo, quien me prestó solícitas atenciones y venía a menudo a mi cama para conversar sobre cosas agradables, pues me apesadumbraba sobremanera el verme privado de la comunión espiritual de la palabra, tormento que espesaba mi sufrimiento hasta el punto de enloquecerme.

Entre las angustias de mi tenaz insomnio, saludada por los coros de avecillas de los pajareros en flor, encendió la aurora sus apagados terrones de incienso, al mismo tiempo que con paso leve y tranquilo se alejaba por corredores y escaleras la hermana vigilante acompañada de un viejito y una sirvienta, a los que alumbraba la senda un chicuelo con una linterna débil y opaca. Cuando menos la esperáis, se os aparece junto al lecho la toca blanca y os brinda con voz de soplos un vasito de agua de canela tibia con bromuro para calmaros y la bolsa con hielo o con agua caliente, según sea la prescripción facultativa. La falta de sueño me mortificaba grandemente. Ideas lúgubres y extrañas cruzaban por mi cerebro torturándome el espíritu que comenzaba a zozobrar como un naufrago en alta mar que mira por momentos acelerados hundirse a lo lejos el barco en que viajaba. Hice llamar al practicante de turno, que no vino por estar en el laboratorio muy ocupado. Esta circunstancia acabó de exasperarme....

¡Mi mal seguía con síntomas alarmantes que atraieron sobre mí los cuidados de la hermana Angelita, del amigo Malo y de Segundo, que procuraban calmar la fiebre que anardecía mi cabeza. ¡Qué momentos más dolorosos para mi extenuado organismo! ¡Cómo debí sufrir mi ánimo con ese lento y fatal desarrollo de la cinta extravagante de las alucinaciones! Sobrevino un compás de relativa tranquilidad y pude dormir, aunque con sobresaltos, un par de horas que me sedaron un poco y cuando desperté en medio de una pesadilla que me transportaba a lugares y épocas que me fueron gratos, era la noche. ¡Oh, insondable selva obscura de misterios sabáticos y ritos sagrados, de goces voluptuosos que culminan en el delirio del amor y de dolores que apuran las crueldades mórbidas del sentimiento trágico! ¡Cuánto bienestar vierdes, Noche, diosa de piel de negro terciopelo, en los pechos que buscan el palio de tu sombra para aderezar el deleite con los prestigios del silencio, de la penumbra tenue saturada de fragancias que vienen de todas partes, de los contactos seducidos que producen dulces enervamientos! Para comprender la extensión de tus encantos es necesario ser Miguel Angel que te inmortalizó con sueño eterno que no es sino vigilia interior colmada del placer venturoso de no ver las cosas de afuera, de sólo sentir las como el rumor oceánico de una tempestad lejana....

De esta noche no conservo ni un recuerdo atenuado de las pe-

ripecías que me sobrevinieron. Lo que sé y narro al lector es porque me lo ha contado el amigo Malo. Me dice que mientras el interno de servicio me estaba examinando con toda atención y procuraba informarse por mí mismo de lo que yo sentía, llegó un portero anunciando la visita del personal de «La Semana», a lo que confesé con irónica gravedad: «Diga usted a esos señores que estamos haciendo relación», añadiendo luego: «como acostumbra despedirme el estimado Alfredo Ledesma cuando le voy a ver a la Corte». No hay para que manifestar que Augusto San Miguel, con sus vehemencias naturales y el chiquitín Gabriel Hidalgo Pérez, caviloso como un lego de convento pobre, entraron a la sala y se sentaron al rededor de mi cama procurando sosegar me por los medios más humanos y afectuosos. Cuéntame el colorado San Miguel que hasta que él estuvo presente no dejé de apuntar mis sarcasmos contra el que se me venía en mientes, llegando oh, mi máximo infortunio!, a conspirar de palabra contra el benévolo doctor Ayora, en cuanto es regidor de la dichosa ínsula en que comemos el pan más nutritivo que otrora, boca no probara.

LA DEL ALBA SERÍA, cuando la hada del sueño con su mano de nieve sacudió la rama de adormidera sobre mis alterados miembros, sumiéndome en una quietud letárgica, que duró hasta que el médico con su estado mayor de mozállones despiertos y simpáticos vino a revistar a los que esperábamos la salud, que es la alegría y el optimismo, la razón de la vida con sus actividades múltiples, la poesía hecha a base de ilusiones que se marchitan para reflorecer por milagro del recuerdo y el amor, rocío y llama de las cosas; el azul inmenso bajo cuya campana sonora el corazón humano palpita lo mismo que el astro que emite su luz con ritmo inturbable. Sí, bendita sea la salud, fuente de Juvenio que tiene su origen en ese gran río de linfas áureas y musicales que la musa de Chateabriand descubrió en una de sus espléndidas visiones corriendo junto al trono resplandeciente del Eterno; bendito sea una y mil veces este sublime bienestar que nos permite el goce en pleno de la belleza y lo que vale más, de la gracia, de ese reflejo espiritual que con suavidad acariciadora envuelve a la persona que vino a la existencia con este precioso fluido. Hasta en las letras humanas es indispensable que la producción lleve ese sello de amable distinción; y ya una autoridad indiscutible en la materia, Teófilo Gautier, formuló el canon en estos términos: «En literatura, como en teología, las obras no valen nada sin la Gracia».

Ya un tanto reposado por efecto del bromuro y la digitalina, me vestí para recibir a los amigos que me habían anunciado visita y los esperé al borde de mi lecho oloroso a limpio por obra de las manos incansablemente hacendosas de Sor Angela que había cabiado los cobertores. Allí fueron llegando poco a poco, cariñosos, tristemente afectados por mi situación, sinceros, haciendo lo

posible por devolver a mi alma el libre juego de sus alas heridas al caer en la carrera del mundo.... Me parece que me veo esa tarde rodeado de mis camaradas perorándoles ni más ni menos que cuando nuestro señor Don Quijote se iba de todas ante su auditorio alongando uno de sus temas favoritos. Ellos debieron escucharme serios y apenados de que todavía me durasen estos síntomas inofensivos de la terrible enfermedad. Yo, según los datos casi taquígráficos tomados por Gabrielino, les hablé así:

«No matemos la gracia, amigos míos. Ella es más que la belleza, porque ésta no alcanza los éxitos de ese divino privilegio con que nace la criatura humana. En una aladísima crónica de Gómez Carrillo he leído que las mujeres más adoradas no han sido ayer, hoy ni nunca lo serán las más bellas. La historia saca verdadero al incomprometido CHRONIQUEUR. Diana de Poitiers, esa encantadora de dos reinados, cuyo solo nombre evoca, como el eco sonoro de un cuerno mágico, las galantes deidades del Renacimiento esparcidas en cuadros y esculturas peregrinas; esa fátima poderosa que tuvo el secreto de conservar hasta una edad avanzada el lustre de sus hechizos, no fue un dechado de perfecciones físicas, sino un sér gracioso, una muestra de esa otra belleza que reside en la mirada, la sonrisa, el ritmo de las formas, la expresividad del cuerpo entero. ¿Qué salutación más digna de la mujer que la de la de la dulcísima oración: «Ave, María, llena de gracia?»

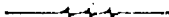
«Cleopatra, la VIBORA DEL NILO, fue pequenita como una estatuita, como una muñeca con labios de flor, con ojos de gema, con ropaje de icono. No la presentan las medallas de los museos ostentando perfiles regios, líneas irreprochables, hermosura artísticamente incitadora. Julieta de Récamier, ángel de los ensueños de René, no es más admirable en la rosa en que la consagró el pincel de Gérard, que haciendo exclavos de su irresistible simpatía a los varones más bien chapados de su tiempo. Por la gracia la mujer es reina del mundo. ¿Lo sería por la belleza? Entre merecer homenaje de diosa y recibir caricias, arrullos, ternuras, creo que élla, «vida, dulzura y esperanza nuestra», prefiera estas suaves muestras de la plenitud del corazón.....

«Todos los triunfos, todos los reveses se olvidan, pasan SICUT-NUBES. Sólo es eterno el amor. Sólo queda el momento en que un hombre y una mujer, como la pareja del Edén, mano entre mano, con el vértigo sagrado en los ojos, buscando sombras discretas para su idilio y olvidándose de todo lo que no sea la felicidad que esperan resultará de su unión, renunciarían al jardín de delicias eternas por vivir juntos en el jardinillo del hogar.....»

Mientras así decía yo en medio del recogimiento piadoso de mis amigos, observé que una garrida muchacha que había ido a visitar al enfermo de la cama número 6, había estado oyéndome con aire de azoramiento y malicia con la yema del índice izquier-

do en una de las fosas sonrosadas, sumergida quizás en el gozo de algún olor conocido y sugerente....

Al siguiente día de esta tenida en una sala de hospital, como me sintiese recobrado de algunas fuerzas para regresar a mi cuartito de tosea piedra, después de hacerme poner una inyección de estrienina, contrariando los buenos deseos de la hermana Angela que quería que continuase mi curación en San Luis, con un paquete de ropa y otro de libros, apoyado en mi bordón bohemio, cojeando todavía, bajo un cielo gris que me recordaba el de la acuarela de la retirada de Rusia por Meissonier, emprendí el regreso diciéndole a la santa casa que dejaba la despedida de Verlaine: «Yo os guardo un recuerdo único entre tantos infinitamente ingratos que la vida exterior me ha reservado y me guarda todavía en sus sorpresas».



UN RAMO DE PRIMAVERAS

(A MI AMIGO EL SEÑOR
DR. CARLOS V. COELLO S.)

*Cerré los brazos, pero ya había
perdido a aquella que abrazaba.*

Salmista.

Sobre la cuna, a la que nos acercamos sonrientes, y ante la tumba, a la que nos llegamos con respeto, hay que dejar, en la primera, las rosas purpúreas que pedía Virgilio en su celebrada égloga IV, y sobre la lápida que bañan los destellos del día y lavan las lluvias del cielo, un manojo de esas flores amarillas en forma de quitasol que, por una exquisita elegancia que ocultaba un elevado símbolo espiritualista, llevó siempre en el ojal de su casaca uno de los hombres públicos ingleses más prestantes de su época.....

Doloroso es para los que aún quedamos en esta ribera asistir a esa como siega de cabezas bellas que van arrebatadas por el oleaje incontenible del silencioso río de lo desconocido; y lo más cruel es que hasta nos está vedado el melancólico consuelo de aquel personaje de Lucrecio que, en medio de lo agudo de su pena, secaba su llanto con la contemplación del paisaje de la mar distante suavemente colorido por reflejos que tenían vagas apariencias de lo que debe ser la ventura que el hombre encuentra al pasar bajo el arco de triunfo de la muerte.....

Aunque subíamos de la implacable dolencia física que había, por decirlo así, rajado a la manera de la campana de la balada

germánica ese delicado organismo, al recibir la noticia de su deceso no pudimos dejar de exclamar con el poeta de la Antología: «¡Lamentable extinguirse el de esta lámpara votiva!» I era así, luz de su casa que llenaba de las puras alegrías que fluyen de la virtud a base de la conciencia del deber, más que aprendido, producto de las secretas fuerzas propias del alma, gala y simpatía del individuo, timbre de esa gloria apacible, sin fulguraciones chocantes, que envuelve al que la posee como una gasa de lumbre tenue y fragante, a la manera de esas nubarradas de oro y azul claro que rodeaban el cuerpo adorable de las diosas, cuando se presentaban a mortales ojos.....

Por estas gallardas prendas, la pérdida de la señora doña Isabel Valdez de Coello tiene el volúmen moral de un infausto suceso para el hogar ecuatoriano que sabe honrar con cristiana piedad los nobles prestigios de la mujer honesta y distinguida. Hoy se han cerrado detrás de su figura corpórea las ruidosas puertas del mundo; pero se abren con solemnidad las del recuerdo, las del paraíso, en cuyos dinteles la reciben con fraterno cariño las esbeltas sombras blancas que en la tierra fueron bellas y buenas.....

Al seguir con recogimiento su féretro que dejarán sus deudos y amigos en el repecho de la colina santa que vemos verdear no lejos de la ciudad en que el vértigo de la vida acerca al hombre paso a paso al sepulcro, cumplo el deber grato y sagrado a la vez de depositar al pie de su tumba un ramo de primaveras, la flor predilecta de Disraeli, esa «amable hija de la tierra» que lleva en su nombre armonioso la cifra de lo que es risueño, inmortal, dulce como los rocíos de la estación del despertar de la naturaleza y hermoso y vívido como el sol, que es la mirada de Dios sobre sus hijos.....

FIN

INDICE

POEMAS Y TRADUCCIONES

	Pág
Una carta más	8
Hojas de Acanto	11
El Cristo del Bohemio	12
Refinamiento	14
La Reina Margot	15
El Niño Descalzo	17
La Casa Vieja	20
Consumatum est	21
La Luna	24
A un amigo	25
La Canción bajo las Palmas	26
Al pie de tu reja	29
Italia	33
En la Ciudad doliente	34
A la manera de Petrarca	37
Una mujer del Trópico	38
La Oración ante el Sol	39
Navidad de Hospital	41
El Beso	44
Perfumes Antiguos	48
Homenaje	50
Homenajes Fúnebres	51
El Polichinela	53
Cuatro Estampas	54
Silvia	57
A S. M. Luisa I.	58
Agua Fuerte	59
LAS PRINCESAS por Th. de Banville	63

PROSAS ESCOGIDAS

L'EMPEREUR A LA BARBE FLEURIE	89
Pablo Verlaine	94
El Padre de Rolla	103
Los Cuentos de Daudet	107
Un libro fuerte	117

	PÁG.
Carta Literaria	121
Pierre Loti	125
El fin de Oscar Wilde	131
Una rima célebre	133
Jorge D'Esparbés	136
René Viviani	142
La pena de no ser hombre	146
LA DEL ALBA SERÍA.....	150
Doble Venganza	152
Gómez Carrillo	155
Discurso en los funerales del Sr. Dr. Dn. Numa P. Lloná	157
El Domador de Palomías	160
Ernesto Noboa Caamaño	166
A propósito de un verso de Virgilio	168
Discurso ante la tumba de la poetisa Dolores Suere	171
El Suicidio de los jóvenes	173
El Tigre	180
La Noche en el Norte	184
Los apuros de París	186
En torno de un oficio	189
El número 8	193
Un ramo de Primaveras	199

